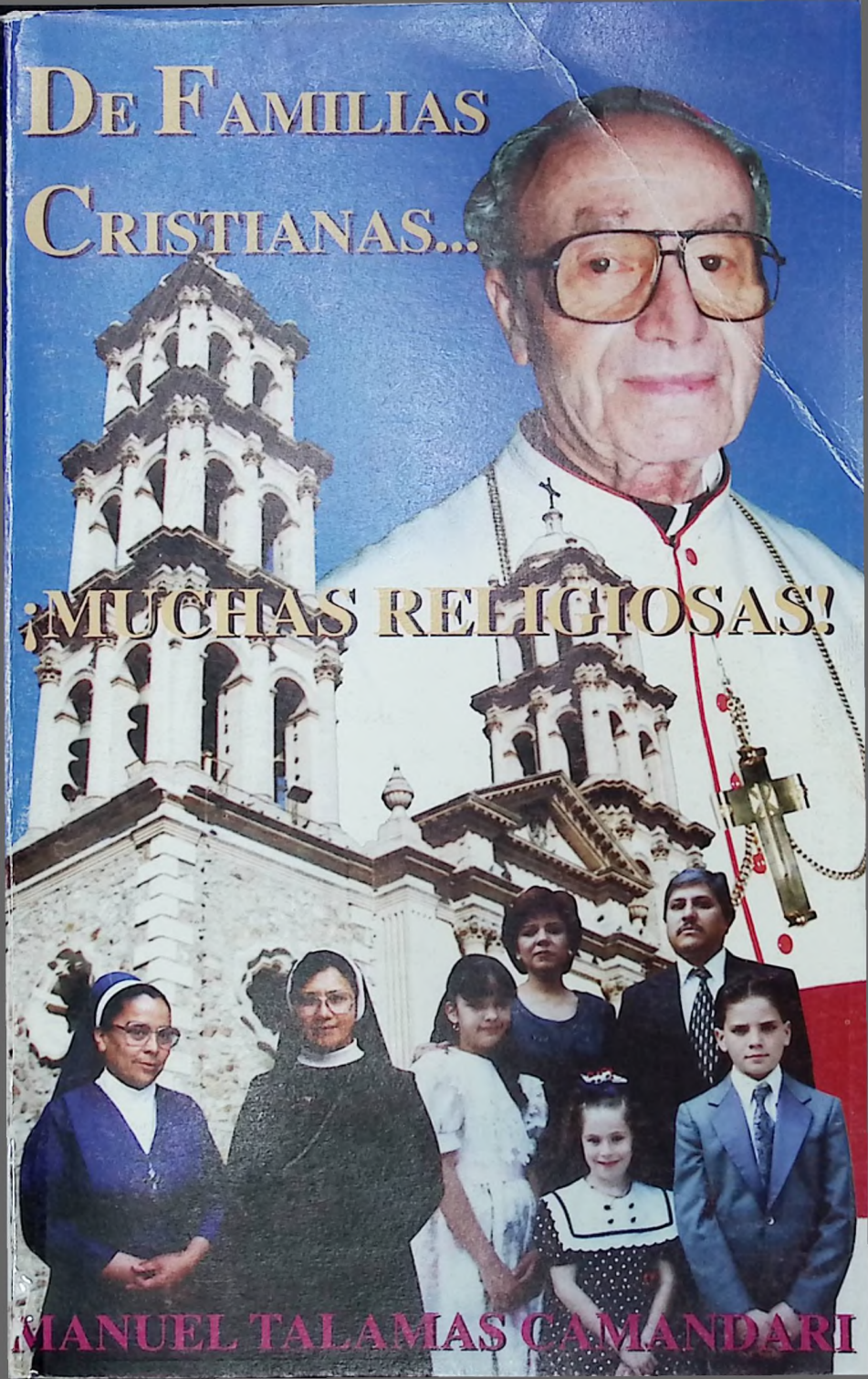
De Familias Cristianas...



¡MUCHAS RELIGIOSAS!

MANUEL TALAMAS CAMANDARI

Manuel Talamás Camandari
Primer Obispo de Ciudad Juárez

De Familias Cristianas... ¡Muchas Religiosas!

Ediciones
PROCORSA
LA EXCELENCIA EN ARTES GRAFICAS

© RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
1a. EDICION: AGOSTO DE 1996
TIRAJE: 2,000 EJEMPLARES

IMPRESO EN LOS TALLERES DE:
PROMOTORA COMERCIAL
DE LAS ARTES GRAFICAS, S.A. DE C.V.
LAGUNA DE TAMIAHUA No. 7425
CD. JUAREZ, CHIH., MEXICO

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

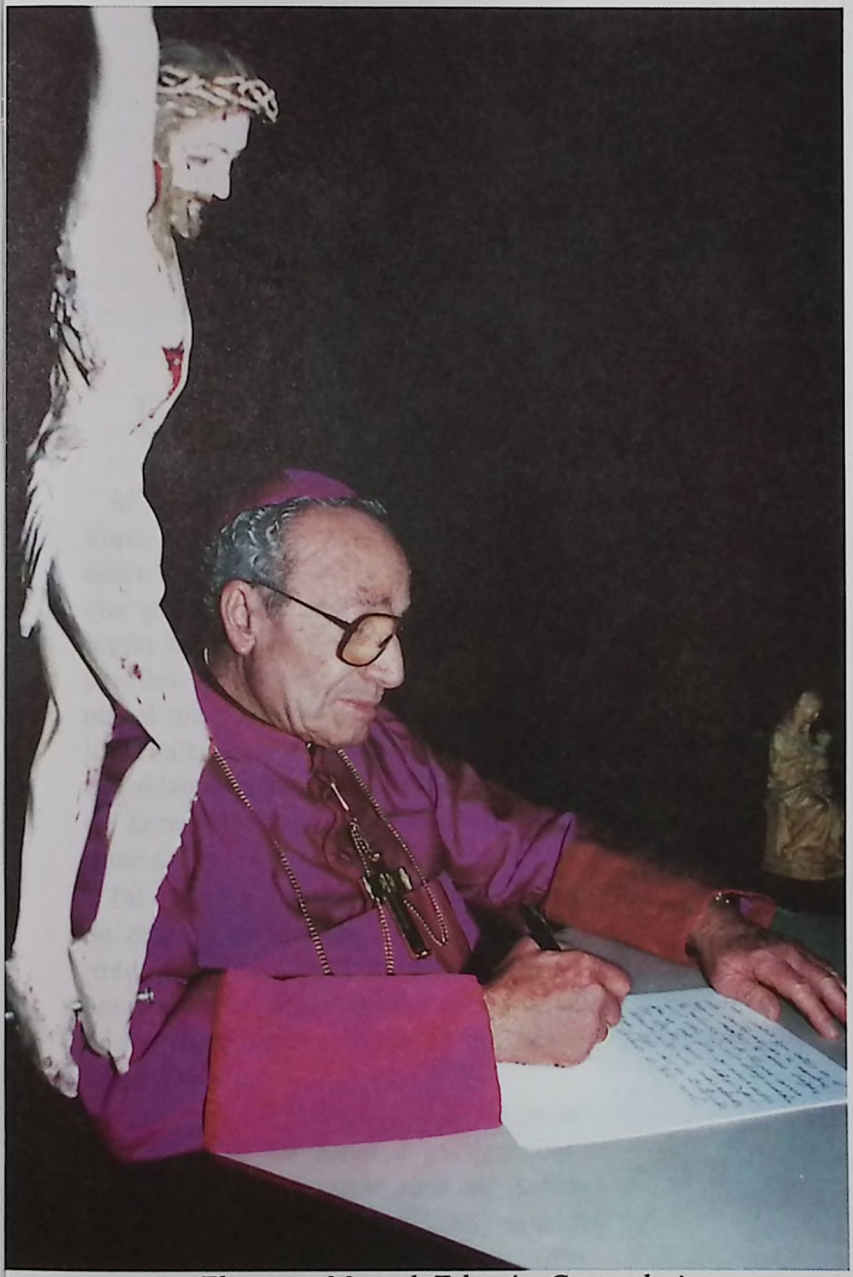
Manuel Talamás Camandari
Primer Obispo de Ciudad Juárez

De Familias Cristianas... ¡Muchas Religiosas!

Índice

Rasgo e Inquietud del Autor *11*
¿Por qué Escribí Este Libro? *17*
El Plan de Salvación *23*
La Vida Consagrada *29*
Servicios que Prestan los Religiosos *33*
Elementos Constitutivos Comunes *35*
¿Son Buenos los Institutos Religiosos? *37*
Características Femeninas *41*
Escasez de Vocaciones Femeninas *43*
I. El Secularismo *43*
II. Desintegración Familiar *46*
III. Liberación Femenina Radicalizada *48*
IV. La Pretendida Liberación Sexual *49*
Introducción a los Enfoques *53*
¡Diálogo Íntimo con Cristo Jesús! *55*
¡Por Cristo, Renuncio a mi Yo! *69*
La Locura de la Cruz *81*
Vida Consagrada: Reflexión y Acción *85*
Entrega Total y Ardiente *93*
Relación Íntima con Cristo *101*
Los Mil Modos del Amor *123*
Vida Entretejida con Gozos y Dolores *129*
Consagrarse a Cristo, Signo de Contradicción *137*
Aspirar a la Plenitud de Cristo *147*
Urge Develar la Grandeza de la Vocación *153*

Ascender a las Cumbres *163*
Fe Grande para un Grande Compromiso *173*
Visión Global de la Vida Consagrada *179*
Admiremos a la Religiosa *191*
¡Un "sí" a Cristo; Muchos "no" al Mundo! *195*
Con María, Comprometidas con Cristo *201*
Vida Consagrada, Piedra Preciosa *209*
¡Amiga de Cristo Jesús! *215*
Bregar por Cristo *223*
La Vida Consagrada Dignifica *229*
Entrega con Amor Incondicional *239*
¿Te Sientes en Soledad? *249*
Decisión Inmutable: ¡Consagrada a Cristo! *255*
Entregarse a Jesucristo, Para Servir *263*
La Vida Consagrada ¡las Esforzadas la Arrebatan! *273*
Testigos de la Verdad y la Caridad *281*
Ser Religiosa: ¡Valiente Decisión! *287*
Vocaciones Eclesiales Paralelas en el Sufrimiento *295*
Amor Probado en el Dolor *309*
Atraída por el Ejemplo de Cristo *319*
¡Bello Compromiso: Consagrarse a Cristo! *327*
Consagradas a Cristo, ¡Grande Alegría! *335*
Cristo, Seductor de Almas *347*
Por sus Frutos se Conocen *353*
Urge Redescubrir la Grandeza de la Vida Consagrada . *367*
Comprender a Cristo y a los Pobres *373*
Esposa Espiritual de Jesús *381*
Facetas de la Vocación a la Vida Consagrada *387*
Vida Religiosa Siempre en Ascensión *391*
Orar es Esencial Para el Seguimiento de Cristo *397*



El autor, Manuel Talamás Camandari,
Primer Obispo de Ciudad Juárez.

Rasgo e Inquietud del Autor

Al ofrecer a mis amables lectores este mi séptimo libro, después del sexto, que fue Mi Vida en Mosaico, deseo darles a conocer uno de los rasgos e inquietudes que pienso que han sido más importantes en mi vida, según me lo testifica mi íntima conciencia, tal como la percibo cuando estoy muy cerca de cumplir setenta y nueve años de vida y cincuenta y tres de sacerdote, de los cuales casi treinta y cinco ejerciendo el ministerio de obispo de la Diócesis de Ciudad Juárez, y a punto de completar cuatro años como obispo emérito de la misma.

Tal rasgo e inquietud lo expresé en 1982, en ocasión de cumplir veinticinco años de ordenación episcopal, por medio de un canto de alabanza a Jesucristo, para agradecerle la plena misión profética que me encomendó como parte sobresaliente de mi misión sacerdotal. Lo empecé así:

El Señor ungió mi boca
y me envió a evangelizar;
de su amor será mi hablar,
asentado en Él, mi roca.

En realidad, todos los hombres debemos proclamar constantemente el amor de Dios a nosotros, en vista de que Él nos creó a su imagen y semejanza; por tanto, por exigencia de nuestra íntima naturaleza humana, debemos hacer todo por amor y todo para amar, por lo mismo que Dios es amor infinito, amor total, amor puro. ¡Con cuánta mayor razón debemos hablar del amor de Dios los que por gracia especial somos cristianos, y muchísimo más los que inmerecidamente fuimos ungidos sacerdotes de Jesucristo para servir al pueblo de Dios, del que también formamos parte!

San Lucas nos hace saber que en cierta ocasión, cuando Jesucristo estaba evangelizando por medio de parábolas, en un momento dado preguntó: "Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?" (Lc 18, 8). Y dado que el amor auténtico brota de la fe viva, también Jesucristo nos pregunta: cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará amor sobre la tierra? ¡Qué pena que hoy sea tan escaso el amor! ¡Cuánto lo hemos adulterado! ¡Cuánto lo hemos confundido con tan variadas falsificaciones que también llamamos amor! Por eso hoy en día hay tan poco amor en las familias; por eso escasean tanto los servidores por amor a Dios y al prójimo, particularmente en la vivencia de las vocaciones religiosa y sacerdotal. Por tal motivo, di a conocer en mi canto los buenos propósitos que el Espíritu Santo me inspiró y que por la gracia de Jesucristo cumplí en la medida que sólo Él sabe; de lo que doy testimonio, tanto cuanto mi conciencia me lo manifiesta, en Mi Vida en Mosaico:

Yo de Cristo voy en pos
con mi amor y mi servicio,
y el anhelo que acaricio
es gritarlo con mi voz.

Y por Él me gastaré
por su vida y su palabra
que a su imagen tanto labra;
¡a Él todo rendiré!

Pues si hizo cuanto pudo
y entregóse de tal suerte
que su amor llegó a la muerte,
¡ser no quiero perro mudo!

Este compromiso de amor a Jesucristo ha sido la motivación primera y la meta última de todo lo que he predicado y escrito durante toda mi vida sacerdotal, al dirigirme a mis hermanos, hombres y mujeres sin distinción, impulsado por el Espíritu Santo:

Todo en mí es Pentecostés,
y me enciendo con su fuego,
y al Espíritu le ruego
que difunda yo su prez,
con el ímpetu del viento
que soplando huracanado,
signo fue del gran enviado
con su luz y con su aliento.

Por tal motivo, al final imploro a mi Señor Jesucristo:

Venga, pues, de Ti, Señor,
y en mí tenga cumplimiento
ese gran discernimiento
que me da tu resplandor.

Y consérvame la vida
si a tu gloria le conviene

y a tu pueblo lo previene
contra errores sin medida.

Incansable yo hablaré,
pues si fuere mi vocablo
muy escaso, te diré
que me muero si no hablo.

Muérame entonces, Señor,
no porque calle, cobarde,
mas por mi hablar cuando arde
con la llama de tu amor.

Así doy a conocer a mis amables lectores mi modesta pero vehemente y apasionada insistencia para motivar a cuantas personas más pueda, a vivir plenamente el amor en la familia, para que en el seno de ella se perciba la grandeza del amor en la vida religiosa y en la vida sacerdotal, tratando de imitar más estrechamente a Jesucristo, el Hombre nuevo creado por Dios en justicia y santidad de la verdad, (Cfr.: Ef 4, 24), como único modo de cumplir con lo que nos mandó: "Sean ustedes perfectos como su Padre celestial es perfecto". (Mt 5, 48).

El hecho muy lamentable de la gran disminución de mujeres que aspiran al seguimiento de Jesucristo, obligándose con votos religiosos perpetuos y de manera consciente y libre a imitarlo practicando los tres consejos evangélicos de obediencia, castidad y pobreza, es señal inequívoca de que ha decrecido el amor a Dios y al prójimo en millones de personas y de familias, porque del seno de las familias surgen todas las vocaciones religiosas. Esta triste realidad me ha impulsado, por moción del Espíritu Santo, a ponderar incansablemente este estilo de vida, que es el que

facilita más aspirar a la perfección, a la vez que es más clara señal y más convincente testimonio del infinito amor de Jesucristo a Dios, su Padre, y a nosotros pecadores.

Tal amor, Jesucristo lo manifestó durante su vida mortal naciendo, viviendo y muriendo pobre; observando plena castidad y dándonos ejemplo de una obediencia heroica a su Padre desde que nació, hasta hacerse por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz. De este modo trató de convencernos de que todos nuestros pecados se originan en la desobediencia a Dios, nuestro Creador y Padre. Por tal motivo, incluyó en la bellísima oración del Padre nuestro tan fundamental petición: "hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

Así pues, el anhelo que acaricio es someter a la reflexión de todos los bautizados la urgencia de más comprometidas y más intensas formas de amor, y promover en ellos una gran apreciación de las admirables y variadísimas maneras con las que tantas mujeres practican este amor a Dios y al prójimo, siguiendo las huellas de Cristo Jesús, nuestro camino, en la vida consagrada con los votos de obediencia, castidad y pobreza, con carácter perpetuo. En nuestros días se ha olvidado que el amor, para que sea auténtico, debe ser total, incondicional y permanente, por encima y aun contra cualquier adversidad o contingencia de la vida.

Qué tanto este servidor contribuye a lograr este objetivo por medio de este modesto libro, deben decirlo cuantas personas lo lean y lo profundicen; pero que quede claro que quien quiera cumplir su misión profética, tal como nos compete a todos los bautizados, y más a los sacerdotes, debe proclamar incansablemente las grandezas que Dios obra en toda mujer dispuesta a exclamar con la Virgen María: "He aquí la sierva del Señor"; que se haga realidad en mí su palabra, para la

edificación del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia.

Manuel Talamás Camandari
Primer Obispo de Ciudad Juárez

¿Por qué Escribí Este Libro?

Creo que no me equivoco al suponer que muchas personas se van a preguntar por qué escribí este libro.

¿A quién se le ocurre, —pensarán ellas—, escribir de un tema que, a lo sumo, puede interesarle a un reducido número de personas? Un libro sobre la vocación de las mujeres a la vida consagrada, realizada en comunidad y sellada con tres votos religiosos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza, hubiera alcanzado una amplia difusión en Europa allá por la Edad Media; y, en nuestra América, particularmente en México, durante los trescientos años de vida colonial. ¡Vamos; todavía hubiera interesado este tema en el transcurso del siglo XIX! ¿Pero en las postrimerías del siglo XX, cuando el secularismo ha marchitado y quizá secado desde la raíz la fe de tantos millones de personas?

Para colmo, el libro trata de la vida consagrada por el voto de obediencia en este tiempo, cuando se ensalza por encima de todo la libertad personal, hasta el punto de provocar una sistemática y muy generalizada rebeldía contra toda clase de autoridad: la de los padres sobre sus hijos, la de los maestros sobre sus alumnos, la de

los gobernantes sobre los ciudadanos y la de los pastores de la Iglesia sobre los demás miembros del pueblo de Dios. ¿No parece un contrasentido remar contra una impetuosa corriente?

¿Y hablar de voto perpetuo de castidad en este tiempo, cuando la fruición íntima del sexo se exalta como un valor en sí mismo, independizándolo de cualquier compromiso serio y duradero del amor entre los hombres y las mujeres para comunicar la vida a sus hijos, junto con el empeño de educarlos en la verdad, para que promuevan la justicia, impulsados por el amor, no es una gran locura?

¿Es sensato invitar a la imitación de Cristo pobre, cuando hoy más que nunca prevalece el deseo de ganar mucho dinero para disfrutar de tantos y tan atractivos productos de la técnica moderna que nos ofrece máquinas y aparatos para casi todo, así como también de incontables placeres sensibles, si se tiene con qué pagar su costo?

Gracias, mis amigos, por sus puntos de vista; pero todo eso que ustedes aducen pensando que están demostrando lo impropio, y lo inoportuno, y lo incongruente del contenido de este libro, es lo que más lo justifica y lo hace más urgente y necesario. ¿Acaso Dios ha dejado de merecer ser amado sobre todas las cosas? ¿O piensan que Jesucristo fue de ayer, pero ya no es de hoy, ni mucho menos de siempre? ¿O qué ya no es necesario hacerse conformes a la imagen de Jesucristo el Hombre nuevo creado por Dios en justicia y en la santidad de la verdad, para beneficiarnos de la salvación de Dios? (Ef 4, 24). ¿O ya retractó nuestro Señor Jesucristo su categórico mandato de ser perfectos como perfecto es nuestro Padre celestial? (Cfr.: Mt 5, 48). En efecto, entre más grave está un enfermo, —y hoy en día la humanidad lo está en grado sumo—, más

necesita del médico y de la medicina. Cuanto más ciega está la sociedad y ciegas las familias que la integran, más necesitan de quien pueda hacerlas ver de nuevo. Cuanto más obnubilada está la mente humana, más necesita de Aquel que es la "luz verdadera que vino a iluminar a todo hombre que llega a este mundo". (Jn 1, 9). Cuanto más descarriados andan los pueblos, más les urge que el Buen Pastor los rastree hasta que los encuentre.

Por otra parte, si tan incontables hombres y mujeres han perdido los valores morales que se originan en Dios y en su Hijo Jesucristo, y los han sustituido por los ídolos del placer carnal, de la ambición del poder, del dinero y de las excesivas comodidades, así como por la diosa, no de la libertad, sino del libertinaje, más necesario y urgente se hace volverles a revelar, tales como se nos dieron a conocer, al único Dios vivo y verdadero, y a su enviado, Jesucristo, para que no perezcan, sino que tengan vida eterna. (Cfr.: Jn 3, 16).

Además, es necesario comprender que el seguimiento de Jesucristo en las vocaciones religiosa y sacerdotal, es ordinariamente imposible si son muy escasos sus seguidores en la vocación laical, es decir, la que le corresponde vivir a los hombres y mujeres que viven en el mundo e integran las familias y todas las demás instituciones que le dan ser a la sociedad, porque ambas vocaciones, al soplo del Espíritu Santo, brotan, echan raíces, y crecen, y florecen, y fructifican sólo cuando la tierra que forman los cristianos laicales es abundante, gruesa, sustanciosa en fe, esperanza y amor a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ellos mismos.

Por tal motivo, es engañoso que tantos millones de personas piensen y afirmen que son creyentes en Dios y en Jesucristo, cuando no es la fe que dicen tener la que

las guía, sino las falaces ideologías y los comportamientos perversos que ustedes, mis amigos, mencionaron; sino los ídolos que no pocos desorientados constantemente les fabrican, y les dan a conocer y a adorar los grandes medios de comunicación social, que son el cine, la prensa, el radio y la televisión.

Es ésta la gran razón por la que este libro, que invita a valorar y a admirar la grandeza del seguimiento de Cristo en la vida consagrada, por necesidad lógica debe tener como destinatarios a todos los que confiesan ser creyentes en Él, porque mientras no redescubran lo indispensable que es el real seguimiento de Cristo en las estructuras del mundo donde ellos desarrollan su vida, no habrá quienes aspiren a un seguimiento más perfecto, comprometido con votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza.

En efecto, cuando los laicos de ambos sexos, y muy especialmente las familias, revaloren la vida consagrada desde todos sus ángulos, comprenderán que aparte de lo que es indispensable que venga de Dios, que es inspirar y mover, es necesario también que ellos asuman la parte que les corresponde, porque lo que enseña San Agustín, que es válido para la salvación de cada persona, a saber: "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti", igualmente se aplica en cada uno de los campos y los modos como tal salvación le llega a cada quien. Por tanto, así como cuando una persona no hace lo suyo, no tiene efecto en ella la salvación de Dios, así también si los laicos creyentes, sobre todo cuando son padres de familia, no cumplen su tarea, las semillas vocacionales que Dios lanza abundamente no brotarán, o, si brotan, no arraigarán ni fructificarán en los corazones juveniles.

Respondida esta pregunta fundamental, contesto otras dos: ¿por qué en este libro se presentan los ángulos de

la vida consagrada en estilo más o menos poético? Porque así los percibí en mi espíritu, y porque expresados con metro, ritmo y rima permiten gustar, apreciar y admirar más la vida consagrada.

Finalmente, ¿por qué tales ángulos enfocan sólo la vida consagrada abrazada por mujeres? Porque durante mi ministerio de obispo en ellas los observé en muchísimas más ocasiones y en los momentos más sobresalientes y comprometedores de tal vida; y también porque la presencia, y el testimonio, y los servicios de amor cristiano que las mujeres tan abundantemente prestan, no siempre están a la vista de todos, como generalmente están los ofrecidos por los religiosos varones. Por lo demás, el seguimiento de Cristo en la vida consagrada, en sus elementos esenciales, es absolutamente igual en mujeres y hombres; por tanto, quienes lo valoren en las mujeres, por consecuencia lógica lo apreciarán también en los hombres.

Así pues, que todo sea para mayor gloria de Dios, y mejor cumplimiento de la misión que Jesucristo le encomendó a su Iglesia.

El autor.

El Plan de Salvación

Para comprender y apreciar en lo que vale el seguimiento de Cristo en la vida consagrada, asumiendo el compromiso perpetuo de vivir en obediencia, castidad y pobreza, sellado con votos religiosos, es indispensable situarlo en el plan de salvación, porque de él se deriva como una de las mejores respuestas a la misericordia divina.

Cuando Dios, a través de larguísimos procesos, culminó la creación del mundo universo, decidió crear al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza; es decir, dotados de inteligencia para conocer la verdad, y de voluntad libre, no para que actuáramos a capricho, sino haciendo siempre el bien y nunca el mal.

La libertad, pues, no se nos dio, como tantos piensan, para hacer lo que nos pegue la gana, sino para que, una vez que conociéramos por nosotros mismos lo que es bueno o malo moralmente, también por nosotros mismos tomáramos la decisión de hacer siempre el bien y nunca el mal.

Lamentablemente, desde el principio, los hombres prefirieron hacer el mal que no debían y omitir el bien que debían; es decir, cayeron en pecado. Para entender

lo que es el pecado, es necesario saber que el habernos Dios creado a su imagen y semejanza fue para que nosotros actuáramos también a su semejanza. Ahora bien, porque Dios es amor, amor total, amor puro, amor siempre activo, todo lo hace por amor y para amar; por tanto, también nosotros, por estructura íntima de nuestro ser, debemos hacer todo por amor y para amar.

De aquí que pecado es todo aquello que, en lugar de hacerse por amor y para amar a Dios, al prójimo y a nosotros mismos, se hace contra el amor a Dios, al prójimo y a nosotros mismos. Hoy en día abundan quienes pretenden negar la existencia misma del pecado, a pesar de que es lo más patente y ostentoso que hay en el mundo, pues, aparte de nuestra experiencia personal, día a día nos despertamos y nos acostamos con incontables noticias de horrendos pecados que están afectando a personas, a familias y a pueblos enteros.

Al ver Dios que la humanidad entera cayó en tantos pecados, bien pudo tomar la decisión de abandonarnos a ellos y dejarnos a merced de nuestras propias maldades, puesto que por parte de Él ya nos había distinguido creándonos a su imagen y semejanza y capacitados para hacer todo por amor y para amar; sin embargo, no fue así. En el colmo de su amor y de su misericordia, se apresuró a venir en nuestro auxilio por medio de su plan de salvación.

¿En qué consiste el meollo, el eje del plan de salvación de Dios? He aquí una explicación clara y conmovedora: el pecado, por ser contra Dios, contra el prójimo y contra nosotros mismos, nos hace menos hombres, y, en los casos graves, de plano nos convierte en no hombres, aun cuando sigamos conservando nuestra apariencia exterior que contemplamos en un espejo. Por tanto, si el pecado nos vuelve menos hombres o no hombres, el plan de salvación debía

consistir en algo que nos convocara y nos ayudara a volver a ser hombres cabales.

Ahora bien, para tal efecto, era necesario presentarnos un modelo de hombre para que, al contemplarlo y analizarlo, aprendiéramos a ser como él. Ese modelo de hombre no podía ser alguien que en alguna forma estuviera ya afectado por el pecado; por lo que, en el colmo de su sabiduría, de su amor y de su poder, Dios decidió que fuera su propio Hijo, que es Dios como su Padre, el que también se hiciera hombre en el seno de una mujer virgen, para que fuera en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, porque vendría precisamente a liberarnos del pecado y a enseñarnos a vivir sin pecar.

Mas Dios no se contentó con presentarnos el modelo de hombre sin pecado, sino que decidió restituirnos, por los méritos de su Hijo hecho hombre, la dignidad de hijos adoptivos de Él, de Dios Padre, pues al momento mismo de crear al hombre, le añadió gratuitamente ese don, que es de un nivel superior al natural, el cual perdió por efecto de sus mismos pecados. ¡Qué admirable se mostró el amor y la misericordia del Padre!

Esta adopción no es efecto de una simple acción legal, a la manera de las adopciones sancionadas por las leyes humanas, pues los hijos adoptados no reciben de sus padres adoptivos algo íntimo y personal; sólo cuidados de alimentación, educación y salud que ciertamente hay que agradecerles por el amor con que lo hacen.

En cambio, la adopción proyectada por Dios para nosotros sí se realizó por una comunicación de la vida íntima de Él, que, hasta lo profundo de nuestro ser, nos participa vida sobrenatural. Así pues, el Hijo de Dios también se hizo hombre, y, por su calidad de verdadero

Dios y verdadero hombre, su Padre lo constituyó y presentó ante nosotros como el "Hombre nuevo, creado por Dios, en la justicia y santidad de la verdad". (Ef 4, 24). Imitando, pues, a Jesucristo, nosotros aprendemos a ser hombres cabales, y, además, a comportarnos como hijos de Dios. Imitándolo a Él, nos beneficiamos de su salvación y se nos recompensa conglorificándonos con Él en la vida eterna.

¿Cómo se aplica a cada hombre el beneficio de la salvación de Dios? ¿Por la fuerza? ¡De ninguna manera! Si Dios respeta nuestra calidad de personas aun cuando decidimos cometer pecados, de tal forma que, por ejemplo, no detiene la mano del asesino ni en el momento mismo en que va a disparar la pistola, con mayor razón la respeta para la salvación. Por tal motivo, la salvación de Dios empieza con la iluminación de nuestra inteligencia con ese conjunto de verdades que es el Evangelio, a fin de que cada quien decida aceptarlo por un acto libre de fe, o rechazarlo. Los infantes son bautizados sólo cuando están respaldados por la fe de sus padres, porque aún no son conscientes, pero cuando llegan al uso de la razón deben confirmar su adhesión al Evangelio por un acto consciente y libre. Ésta es la razón por la que San Agustín sentenció: "Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti"; lo cual es válido sólo para quienes ya han llegado al uso de razón.

Si pues el plan de salvación de Dios, implementado en Jesucristo, su Hijo, por obra del Espíritu Santo, es la prueba más admirable de su amor a nosotros los hombres, a pesar de que nos volvimos pecadores, también nuestra respuesta positiva al Evangelio por medio de un acto de fe, debe ser motivada por el amor de cada quien al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Esto es lo menos y, a la vez, lo más digno que

podemos hacer nosotros, ante la sublimidad del amor divino. ¡Nada, pues, de violencia; nada por temor; que sea el amor de Dios a nosotros el que nos haga amarlo a Él sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos!

La Vida Consagrada

Ahora ya podemos situar la vida de hombres y mujeres consagrada por la vivencia de los votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza, dentro del plan de salvación de Dios, obrada por Jesucristo: dado que tal plan es expresión del infinito amor del Padre, "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". (Jn 3, 16); y dado también que para beneficiarse de la salvación es necesario hacerse conformes a la imagen de Jesucristo, más que por temor de las terribles consecuencias de quedar privados eternamente de ese grandísimo beneficio, por puro y desinteresado amor de nosotros los hombres al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para corresponder así al inaudito amor de las tres Divinas Personas, (Cfr.: Rom 8, 29), es muy comprensible que, por inspiración del Espíritu Santo, abundaran entre tan incontables hombres y mujeres que correspondieron con grande fe a la voluntad salvífica de Dios, que muchos anhelaran ser más generosos en su respuesta y se sintieran, más que atraídos, retados a seguir al Señor Jesús, no sólo por la guarda de los diez mandamientos, sin cuya observancia

es imposible alcanzar la vida eterna, sino imitando al que fue constituido "prototipo del Hombre nuevo creado en justicia y en la santidad de la verdad", obligándose con votos de obediencia, castidad y pobreza, de las que nos dio eximios ejemplos. En efecto, tal estilo de vida, sellada por votos religiosos perpetuos, es, por sí misma, mejor prueba y señal de un amor más intenso a Dios y más libre de impedimentos mundanales para amar al prójimo, sin que se pretenda excluir otras vías y otros modos de amar a Dios y al prójimo hasta el heroísmo.

En los primeros siglos de la Iglesia, este anhelo de seguir más estrechamente a Cristo se manifestó sólo en personas particulares, sin que pensaran en una institución; y, por eso mismo, vivieron en castidad y en pobreza, pero no en obediencia, alejándose de los ambientes mundanos, yendo a vivir al desierto una vida austera algo parecida a la que vivió San Juan Bautista, dedicados prevalentemente a la oración y a la contemplación de los ejemplos de Jesucristo.

Mas, con el correr del tiempo, este estilo de vida se fue deteriorando precisamente por falta de respaldo de un instituto religioso que contara con lineamientos constitucionales propios, con un reglamento y un programa de vida, dirigido por quienes estuvieran investidos de autoridad para garantizar la observancia de la disciplina y para coordinar los esfuerzos de las personas para lograr metas comunes más altas, más organizadas y más benéficas tanto para los miembros del instituto, cuanto para muchas personas más.

Así fue como el Espíritu Santo inspiró a Benito de Nursia, que nació el año 480 y murió en 547, para que fundara la orden benedictina, y, para tal fin, redactó una regla precisa apoyada en dos pilares expresados en su lema: "*ora et labora*"; es decir, "ora y trabaja", para evitar el deterioro que sufrieron muchas de las personas

particulares que se retiraron al desierto con la intención de seguir a Jesucristo en castidad y pobreza. En efecto, por vivir solos y aislados, sin normas, sin horarios precisos, sin guías con autoridad, incurrieron en apatía espiritual y en tal inacción que ya rayaba en pereza; pues prácticamente no tenían qué hacer ni por quién preocuparse. Esta iniciativa de San Benito revolucionó el austero seguimiento de Cristo y suscitó un gran entusiasmo en numerosos hombres que se sintieron llamados a esa forma de vida, pues oraban en comunidad y se dedicaban a cultivar la tierra y a criar animales domésticos, con lo que tenían recursos para mantenerse y para hacer el bien a tantas personas que vivían en los poblados cercanos a sus casas, llamadas monasterios. El mismo San Benito fundó el famosísimo Monasterio de Monte Cassino, en Italia, que junto con muchos más fue y sigue siendo un gran centro de oración y de cultura.

A los monjes benedictinos le debe el mundo entero haber conservado los libros que ahora tenemos, escritos por los hombres más notables de la antigüedad grecorromana de antes y después de Cristo, y de los grandes padres, doctores y escritores cristianos hasta la invención de la imprenta, porque hubo miles de monjes dedicados por siglos a copiar a mano todo ese acervo cultural de la antigüedad.

A partir de entonces, a través de los siglos, fueron fundadas incontables órdenes religiosas de hombres y de mujeres, inspiradas por el Espíritu Santo, sugeridas o exigidas por las necesidades de las épocas históricas por las que fueron pasando los pueblos cristianos del viejo mundo, y después, también del nuevo. En nuestro México, como en otras naciones de América, han sido fundadas muchas congregaciones religiosas con características fundamentalmente iguales en cuanto a su

estructura institucional, y con modalidades propias de cada una, según el servicio que deseaban prestar a la comunidad eclesial y aun a quienes están fuera de ella. La expansión de tales órdenes y congregaciones religiosas ha sido y sigue siendo desde regional y nacional, hasta multinacional y mundial, porque son no pocas las que dan su testimonio y prestan sus servicios en los cinco continentes.

Servicios que Prestan los Religiosos

Siempre manteniendo la primaria motivación de aspirar a un más alto grado de imitación de la vida de Cristo Jesús, y empujadas por el dinamismo de tal opción, las órdenes y congregaciones religiosas de ambos sexos prestan los más importantes servicios requeridos por la dignidad humana y por la exigencia de la vida cristiana: la evangelización, la catequesis, la cultura, la educación desde los primeros hasta los más altos grados del saber, y, muy principalmente, la asistencia social a enfermos, a huérfanos, a ancianos y desamparados. Inclusive, los padres mercedarios fueron fundados originalmente para ofrecerse a sustituir a cristianos cautivos de los sarracenos, contrarios a la fe cristiana y católica.

También existen, desde hace siglos, órdenes religiosas de hombres y de mujeres cuya finalidad prevalente es la contemplación, de donde toman el nombre genérico de órdenes contemplativas. Sus miembros dedican más tiempo a la oración personal y a la recitada o cantada en comunidad en diversas horas del día y de la noche, pues tienen un marcado sello penitencial para

desagraviar a Dios por los pecados de todos los hombres y más de los mismos cristianos. Se les llama contemplativas porque suelen dedicar largas horas a la meditación que profundiza con detenimiento, y como contemplándolos con la inteligencia y correspondiéndolos con afectos del corazón, los misterios divinos revelados y los ejemplos de Cristo.

Elementos Constitutivos Comunes

Los elementos constitutivos comunes a todas las órdenes y congregaciones religiosas son: vida institucional comunitaria, es decir, fundamentada en una constitución y en un reglamento de vida propios, previamente aprobados por aquellos a quienes el Espíritu Santo puso para guiar a la Iglesia de Dios, que son el Papa y los Obispos; el compromiso de imitar a Jesucristo en obediencia, castidad y pobreza, sellado con los respectivos tres votos religiosos, con carácter perpetuo, después de un tiempo razonable de prueba, durante algunos años, ligados sólo por votos temporales renovados anualmente; ser regidas por miembros debidamente elegidos para ejercer la autoridad, ya sea sobre toda la institución, que son los superiores generales; ya sea para una región geográfica, a la que suele llamarse provincia; ya sea local, para cada casa de la orden o congregación.

¿Son Buenos los Institutos Religiosos?

Nuestro Señor Jesucristo nos dio un criterio, es decir, una especie de instrumento intelectual para poder discernir si una persona o una institución es buena o mala: "por sus frutos los conoceréis". (Mt 7, 16). Pues bien, a la vista de todos, creyentes y no creyentes, están los frutos de las órdenes y congregaciones religiosas, tanto masculinas cuanto femeninas, desde que se iniciaron hace unos mil quinientos años, hasta el presente. En efecto, en todos y cada uno de los amplísimos campos de presencia, testimonio y servicio que mencioné antes, los frutos de esas instituciones son tantos y tan admirables, que no se puede menos que prorrumpir en alabanza a Dios, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, porque, a partir del plan de salvación, inspiraron a incontables personas de ambos sexos para que fundaran e incrementaran y mantuvieran hasta nuestros días ese estilo vida, suscitado como respuesta humana de amor al amor infinito de las tres Divinas Personas.

Personalmente he comprobado la grandeza, a veces tan evangélicamente oculta, de la labor desarrollada por

Características Femeninas

En vista de que este libro tiene la intención prevalente de hacer resaltar cuanto de bueno y valioso tiene el seguimiento de Cristo en la vida consagrada con los tres votos religiosos libremente abrazados por mujeres, es necesario añadir a lo ya mencionado, que tal estilo de vida se enriquece con las cualidades propias del sexo femenino, que tanto nosotros los varones, cuanto ellas mismas, las mujeres, sabemos que recibieron del Creador. ¿Quién no las percibe en su propia madre, en sus hermanas y en cuantas mujeres conoce y trata en su vida? Tales características naturales de mayor sensibilidad y comprensión, de más grande disponibilidad para lo más arduo, de una singular paciencia ante el dolor, y de mayor fortaleza ante la adversidad, se agigantan cuando han asumido el compromiso de seguir a Jesucristo tras las huellas de su cruz. Y, por esto mismo, mediante ellas, Cristo Jesús y la misma Iglesia se hacen especialmente presentes en la atención a los enfermos, a los huérfanos y a los ancianos; y aun más, educando a millones de niños y jóvenes de ambos sexos en numerosísimas escuelas de todos los grados.

Escasez de Vocaciones Femeninas

En los países llamados del primer mundo, es decir, los de Europa occidental, y, en América, los Estados Unidos y Canadá, hay una agudísima crisis de vocaciones femeninas a la vida religiosa. En las naciones de América Latina también han descendido mucho las vocaciones en comparación al porcentaje que se daba hasta antes del Concilio Vaticano II, pero sin llegar al bajísimo nivel de los países desarrollados. Este hecho se debe a la confluencia de varios factores que voy a enumerar brevemente, porque es de suma importancia conocerlos.

I. El Secularismo

En primer término se clasifica esa ideología imperante en incontables personas, que se llama secularismo. Es necesario conocer la gran diferencia que hay entre secularización y secularismo, pues por lo semejante de las palabras, es fácil confundirse.

Con el avance de la ciencia, especialmente durante el siglo XIX y todo lo que va del siglo XX, se fueron

conociendo y divulgando más y más las causas próximas de muchos fenómenos naturales, que antes, por no saberlas, se atribuían de manera directa e inmediata a Dios, como si Él maniobrara el mundo universo de manera semejante al modo como nosotros manejamos un automóvil, apretando un botón o moviendo una palanca. Así es como, por ejemplo, se decía que Dios mandaba los terremotos, las inundaciones, los ciclones, las sequías, las epidemias, etc. La ciencia ha venido descubriendo más y más las causas próximas de muchos fenómenos y acontecimientos naturales, pues para eso Dios nos entregó el mundo universo, para que lo investigáramos con nuestra inteligencia y lo sometiéramos a nuestro servicio, por medio de la técnica.

A esto se le llama desacralización del mundo; esto es, dejar de pensar que Dios mismo maneja directa e inmediatamente todo lo que acontece en el universo. Y, por lo mismo que ya sabemos que el mundo no está sacralizado, porque Dios creador, desde el principio lo dotó con leyes naturales propias que regulan su devenir, debemos verlo como secularizado; o sea, con autonomía propia del tiempo y del espacio, que son sus dimensiones.

Pero desacralizar el mundo para reconocer que se desenvuelve según sus propias leyes naturales, y no por manejos un tanto mudables, como si dijéramos caprichosillos de Dios, de ninguna manera significa que el universo tuvo su origen y persiste existiendo independientemente de Dios, porque tal afirmación es evidentemente absurda, puesto que todo lo que empieza a ser, debe su existencia y su permanencia en el ser, en última instancia, a quien no tuvo ni pudo tener principio ni tendrá fin, porque existe desde siempre y para siempre, que es precisamente Dios. Con el avance de la

ciencia, pues, no se niega a Dios, ni puede decirse que Dios es innecesario para explicar el mundo; sino que, por la ciencia, conocemos mejor y de manera más clara y precisa el real proyecto y el modo concreto como Dios creó el mundo, para que se desenvolviera y persistiera existiendo de acuerdo a leyes naturales tan maravillosas que, lejos de hacer innecesario a Dios, prueban con mayor fuerza que existe, porque manifiestan más la sabiduría y la grandeza del amor y del poder divinos.

El asunto, pues, es muy claro: Dios se mostró y se muestra mucho más sabio y poderoso creando un universo capaz de regirse durante miles de millones de años por las leyes con las que Él lo dotó, que si hubiera creado un universo que necesitara que Dios lo manejara constantemente de manera directa e inmediata. La secularización, pues, es una manera de entender el mundo más clara y realmente, tal como Dios lo hizo, y no como los hombres pensaban hasta hace tantos más cuantos años. Por tanto, la secularización es algo real, legítimo y justificado, que nos obliga a amar más a Dios y a ser más agradecidos con Él.

¿Y qué es el secularismo? El secularismo es una manera errónea de pensar que surge de una pretendida deducción hecha contra todas las leyes lógicas que rigen el recto y verdadero pensamiento humano. ¿Por qué? Porque el secularismo nace de esta incorrecta manera de pensar: puesto que por la ciencia ahora sabemos que el mundo no es manejado directa e inmediatamente por Dios, sino que se regula por sus propias leyes, entonces Dios es inútil o de plano no existe. Y si no existe, la religión es vana, y, por consiguiente, también son vanas las presuntas leyes morales fundamentales, y cuantas costumbres, y acciones, y compromisos se derivan de las que se llaman religión y moral naturales.

El secularismo, pues, empieza por decir que Dios es inútil, y termina negando a Dios, a Jesucristo, y, por consiguiente, la fe, la religión, la moral natural y la evangélica, propiciando así que los hombres nos creamos autosuficientes, totalmente autónomos de todos y de todo, como para que cada quien tenga "su verdad" y defina "sus propios valores" según le vaya conviniendo. En esta manera de pensar y con este modo de comportamiento, ¿cómo, cuándo, dónde y en quién puede suscitarse una fe viva y operante y un amor a Dios y al prójimo capaz de optar por seguir a Jesucristo en la vida consagrada, comprometiéndose con votos perpetuos a vivir comunitariamente en obediencia, castidad y pobreza? Ésta es, pues, la primera causa de la crisis religiosa y moral que afecta hoy a muchísimos hombres y mujeres, y, por consecuencia, es la primera causa de la tan radical baja de vocaciones a la vida religiosa.

II. Desintegración Familiar

Una de las más tristes y perniciosas realidades de esta época es el altísimo índice de desintegración familiar que, mientras es efecto de varios factores, también es causa de incontables trastornos de personas, de otras familias más y de la sociedad. Pues bien, la desintegración familiar es, en gran medida, causa de la poca o nula educación humana y cristiana que afecta a tantas y tantas personas de ambos sexos que, entre otras malas consecuencias, provoca la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas masculinas y femeninas. Fuera de una gracia extraordinaria, ¿cómo pueden suscitarse aspiraciones a un estilo de vida que facilite más la imitación de Cristo en adolescentes y jóvenes, que muy poco o nada saben de Cristo ni han aprendido en su hogar a amarlo y admirarlo? Es todo lo contrario: en el

La familia cristiana forja para Cristo apóstoles laicos, religiosas, religiosos y sacerdotes.

seno de una familia desintegrada, lejos de despertar altos ideales y deseos de concretarlos, los hijos de ambos sexos frecuentemente se pervierten y se sienten impulsados a asumir formas de vida rebeldes, libertinas y hasta tendientes al pandillerismo, al alcoholismo y a la drogadicción.

III. Liberación Femenina Radicalizada

La liberación femenina es razonable y justa en varios campos de la vida de la mujer, y, como tal, merece el apoyo de todos. Pero, lamentablemente, no pocas mujeres, por cierto de las más activas de este movimiento, se han radicalizado tanto, que llegan a extremos de reivindicar para la mujer un presunto derecho a acciones y comportamientos lo más inmorales; por ejemplo, dizque derecho a decidir. ¿Derecho a decidir qué? ¡Derecho a decidir abortar, es decir, a matar a su hijo en el mismo vientre de su madre! También pugnan por un presunto derecho a evitar los hijos recurriendo a métodos inmorales de anticoncepción, incluyendo la ligadura de trompas, que es una mutilación injustificada, así como al empleo del dispositivo intrauterino y otros que también son microabortivos.

Pretenden que se le reconozca a la mujer un supuesto derecho a tomar decisiones por sí misma, de acuerdo a lo que a ella más le interese, sin que tenga que compaginarlas con su esposo y con sus hijos.

¡Muchas pretenden justificar la prostitución y exhibirse desnudas en espectáculos! ¿La razón? Porque la mujer puede actuar en todo de acuerdo a lo que ella decida. Con esta manera de pensar y este concepto tan exagerado de libertad y autonomía, ¿quién va a descubrir la grandeza de ser miembro de un instituto religioso, bajo un reglamento, y, sobre todo, viviendo en

obediencia a legítimos superiores? ¡Nadie!

Además, algo tan legítimo como el derecho de la mujer a trabajar y a recibir una adecuada remuneración económica, ha provocado que no pocas mujeres empleen su dinero tan bien ganado en financiar estilos de vida que comprometen su dignidad, su moralidad y, en algunos casos, su integridad física, pues llegan a solicitar los servicios sexuales de hombres, favoreciendo así la prostitución masculina, antes casi impensable. Todos estos factores, como es lógico, secan en su raíz muchos brotes de generosidad que sólo crecen, florecen y fructifican dentro de ambientes familiares y sociales auténticamente cristianos.

IV. La Pretendida Liberación Sexual

Otra notable causa de la escasez de vocaciones religiosas, especialmente las femeninas, es la ideología imperante en torno de la sexualidad humana. Quizá la persona que describió más clara y sintéticamente el pensamiento prevalente que hoy se divulga acerca de la sexualidad, fue una mujer de aparentemente treinta años que, al participar en un panel de discusión televisado, que versó sobre el acto íntimo sexual, dijo categórica: "¡Déjense de cosas; la fruición del acto sexual Dios nos la dio para divertirnos!" De esta tan errónea apreciación de la actividad íntima sexual, que cede sin límites a desenfrenadas ansias de placer, proviene que sean tantas y tantas las personas de ambos sexos que pretenden justificar la fruición de la intimidad sexual, ejercida por quien quiera, cuando quiera, con quien quiera y donde quiera, con tal de que no haya violencia.

Allá por los años setentas, un médico, hablando por radio, sostuvo que cuando una mujer cumple los quince años ya debe tener su primera relación íntima con un hombre. A partir de este perverso supuesto, surgen

varias preguntas: si se acepta que a los quince años una adolescente debe tener la primera fruición del sexo, ¿la segunda cuándo? ¿cuando ella quiera?; y la tercera, y la cuarta, y la quinta, ¿cuándo? No hay otra respuesta: ¡cuando ella quiera! Pero otra pregunta: ¿y con quién va a tener la quinceañera su primera experiencia sexual? ¡Tendrá que ser con quien ella quiera! Bueno, ¿y la segunda y la tercera y todas las demás? Tampoco hay otra respuesta: ¡con quien ella quiera! ¿No es esto practicar la prostitución sin paga? Consecuencia nefasta de esta mentalidad es que hay incontables adolescentes y jóvenes que hacen gala de pensar y actuar así y se burlan de las que aún aprecian la virginidad y la castidad, acusándolas de no ser modernas.

Es evidente que tan absurda concepción de la intimidad sexual no facilita contraer verdadero matrimonio que, por institución divina, es indisoluble hasta la muerte, porque con un hombre y una mujer que durante tantos más cuantos años se relacionaron con indistintas personas, según fueran sus gustos del momento, ¿cómo es posible que acepten el compromiso de "serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad y amarte y respetarte todos los días de mi vida"?

Ahora bien, si esta equivocada visión del sexo, con su consiguiente comportamiento, hace sicológicamente imposible contraer un verdadero matrimonio, ¿cuánto más hará imposible, no digo pretender imitar al Señor Jesucristo en castidad perpetua, sino simplemente comprender ese estilo de vida, como para aprobarlo, y admirarlo, y recomendarlo a otras personas? Indiscutiblemente, ésta es otra de las causas de la escasez de vocaciones femeninas a la vida religiosa.

Las cuatro causas de la crisis de vocaciones religiosas femeninas enumeradas, como hemos visto, causan

dolorosísimos desajustes biológicos, sicológicos, mentales y emocionales en las familias y en la sociedad, tanto en hombres como en mujeres; sin embargo, dañan mucho más a las mujeres en vista de las características propias de su sexo, y aun más cuando quedan embarazadas y se convierten en madres solteras; y, a su vez, los efectos provenientes de mujeres desajustadas provocan otros males mayores. No es éste el lugar apropiado para estudiar a fondo el porqué, pero lo cierto es que, en una familia, causa más daño a los hijos una mala madre que un padre irresponsable, sin querer con esto disminuir en nada las culpas de los hombres, que son muchas.

Después de cincuenta y dos años de ministerio sacerdotal, he llegado a esta conclusión, como una aplicación más de una antigua sentencia latina: *¡corruptio, óptimi, péssima!*; que significa: cuando se corrompe lo óptimo, se vuelve pésimo. Dentro de la fundamental dignidad e igualdad de hombres y mujeres, ¿no se ha considerado siempre a la mujer como más dotada de fortaleza y sensibilidad para enfrentar lo más arduo y difícil, cuya misión de madre es de mayor necesidad y de mejores beneficios para los hijos? Por tal motivo, ella ha merecido ser calificada de persona óptima; pero cuando alguna se corrompe por erróneas maneras de pensar y por comportamientos inmorales, se vuelve pésima. ¡Qué lamentable!

Hasta aquí, con la finalidad de hacerlo más comprensible, hemos situado el seguimiento de Cristo en la vida consagrada, en el amplísimo contexto del plan de salvación de Dios, obrada por Jesucristo. Además, hemos explicado los elementos que configuran tal vida consagrada y cuáles comportamientos humanos erróneos o malvados trata de contrarrestar, así como

también la incomprensión y otros obstáculos más co
que el mundo pretende impedirla o hacerla más difíci
porque lo pone en evidencia, e indirectamente l
denuncia y lo condena. Por tanto, es tiempo de pasar
comentar y a reflexionar sobre cada uno de lo
enfoques de la vida consagrada que este libro presenta
hecha realidad en generosas mujeres.

Introducción a los Enfoques

Los siguientes enfoques de la vida consagrada, los escribí situado frente a personas concretas, miembros de institutos religiosos diferentes, mientras actuaban en varios países, siendo testigo de muchos años de sus compromisos, de sus actitudes, de sus actividades, de sus servicios prestados a una amplia gama de grupos sociales, así como también de sus luchas, de sus frecuentes obstáculos surgidos de circunstancias variables de tiempos y lugares donde dan su testimonio, incluyendo vaivenes de salud y de carencias económicas. Sin embargo, los ángulos de observación de la vida consagrada femenina fueron los que en tal vida se consideran de mayor relevancia; esto es, en ocasión de emitir por primera vez los votos temporales; los días en que se comprometieron a observarlos perpetuamente; cuando ya los habían vivido más o menos hasta la mitad de la existencia que mínimamente le deseamos a todas, que es al completar cinco lustros de vida religiosa; y, finalmente, cuando se sienten un tanto más cuanto consumidas en su cuerpo, pero más fortalecidas en su espíritu, como divina compensación, que ordinariamente se da al llegar las bodas de oro.

No surgieron, pues, estos enfoques, de mer elucubraciones intelectuales o figuraciones imaginativ más o menos poéticas, a partir de simples conocimient teóricos, sino fruto de vivas, frecuentes, respetuosas amables relaciones interpersonales e interinstitucionale porque no sólo fueron de persona a persona, si también de Diócesis de Ciudad Juárez a congregacion religiosas. Por consiguiente, el contenido de tal enfoques tiene el valor de un testigo de vista y oíd pero también es vivo testimonio de una relación m íntima, como la que por necesidad surge entre el past el vigía, el obispo, con todos y cada uno de l miembros de su comunidad diocesana, y, eventualment de otras jurisdicciones eclesiásticas, de las tres conocid vocaciones, la laical, la religiosa y la sacerdotal.

¡Diálogo Íntimo con Cristo Jesús!

Quien lea y profundice en los riquísimos, muy humanos y, en cuanto es posible describirlos, también divinos enfoques de la vida religiosa, encontrará mucha luz para valorar objetivamente tan generoso compromiso como es aceptar la amable aunque siempre dura invitación que Jesucristo nos hace de seguirlo, negándonos a nosotros mismos y así cargar con la propia cruz, que, aunque a veces nos parezca muy pesada, apenas equivale a una astillita de la tremenda cruz que Él cargó a lo largo de la vía dolorosa, rumbo al Monte Calvario, donde, al permitir ser crucificado, se hizo por nosotros obediente hasta la muerte.

Y dado que la luz es dinámica, y mucho más lo es la luz de Cristo, quien se ensimisma en la reflexión de lo que es la vida religiosa, por necesidad sentirá el dinamismo, la fuerza tan grande que genera esa luz, que se manifiesta en sentimientos y en emociones muy íntimas, que luego facilitarán una toma de decisión consciente y libre.

Después de pedir la luz del Espíritu Santo, como es

necesario hacerlo permanentemente, me propuse ayudar a las mujeres que están a punto de emitir los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, para que definan lo mejor que puedan los sentimientos que las embargan, y de esta manera refuercen y gusten más su valiente decisión. Por eso fijo su atención en un temor que las invade, que de ninguna manera es negativo, porque, en realidad, es expresión del grande amor a Jesucristo, muy digno de tan sublime entrega:

Porque el tuyo es el temor
que se arraiga en el amor
a Jesús, y que, por tanto,
teme desairar al Santo.

En efecto, uno de los siete dones del Espíritu Santo se llama precisamente así, temor de Dios; pero no significa miedo a algún castigo divino, antes lo excluye, porque la que va a profesar se siente toda llena de amor al Padre amoroso, así como a su Hijo que nos dio para que se hiciera hombre en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, que es quien la invitó a ese alto grado de seguimiento y de imitación de Él, comprometiéndose a poner en práctica los tres eximios ejemplos que nos dio de una total obediencia a su Padre, manteniéndose en castidad y naciendo, viviendo y muriendo pobre. Así, después de presentarle a la que va a profesar otros bellos ángulos de su entrega, le recalco el grande contraste que existe entre quien, como ella, valora y aprecia vivir practicando esos tres consejos evangélicos y tantos y tantos millones de personas para quienes es una locura ese estilo de vida obediente, casto y pobre. Percibir este contraste tan enorme nos es muy útil a todos los que deseamos imitar a Cristo, dentro de cualquier estilo de vida:

Para el mundo es la riqueza
lo que vale y lo que mueve;
a ti, en cambio, te conmueve
el vivir en la pobreza.

En lo que se goza el mundo
es del sexo en el placer
desmedido y sin quehacer,
sólo por instinto inmundo.

Y en el mundo la obediencia
está en crisis y agonía,
mientras que la rebeldía
se debate en su insipiencia.

A continuación, introduzco un diálogo entre la persona que va a profesar y el Señor Jesús, invitándola a que lo haga con toda confianza. Y ella lo acepta:

Con tu venia, gran Señor,
y confianza que me inspiras,
pues de mí no te retiras
ni me muestras mal humor;
quiero abrirte bien mi pecho
do radica el corazón,
pues no quiero trabazón
que me impida andar derecho
cuando voy en pos de Ti
escuchando aquel "tú sígueme";
mas, en relación a mí,
yo te ruego: Tú persígueme.

Y así, quien va a profesar entra a una mayor intimidad con Cristo, manifestándole sus sentimientos. Vale la pena ponderarlos detenidamente, aun para

cualquier cristiano, pues dialogar confiada y humildemente con el Señor Jesucristo lleva a un más perfecto modo de orar, cualquiera que sea nuestra personal vocación, y un mayor grado de oración nos impulsa a la perfección más alta.

En un momento dado, la confianza de quien va a profesar la lleva a hacerle al Señor Jesucristo unas preguntas cruciales:

¿Por qué, si Tú eres amor,
no hay en nosotros pujanza,
si somos tu semejanza
para amarte con vigor?

Si Tú escogiste el dolor
para probarnos tu amor,
¿Por qué si siempre en él ardes
nosotros somos cobardes
y optamos por la evasión,
por la escapada y la huida
mientras Tú, con tu venida,
te enfrenstastes a la erosión
de nuestra propia persona,
tratando de restaurarla,
más aún, santificarla,
compartiendo esta casona
de mortal naturaleza,
acentuando su belleza?

Y así ella prosigue, y termina pidiéndole humildemente a Jesucristo que le conteste:

Dame respuestas, Señor,
que tu sierva atenta escucha,
y líbrame de esta lucha

que sostengo por tu honor.

Como es de suponer, nuestro Señor la complace con respuestas en las que vale la pena ahondar, lo que seguramente nos beneficiaría a todos los creyentes en Cristo, si las ponderáramos bien. Este diálogo entre la profesante y el Señor Jesucristo termina con la manifestación de los sentimientos que han suscitado en ella las respuestas recibidas, afianzándola en la decisión de antemano tomada, concluyendo así:

Toma, pues, en posesión
mi persona, buen Jesús;
mis tres votos en tu cruz
que me enclaven, cual pasión
que comparto yo contigo,
porque siendo Tú mi amigo
a Ti debo asimilarme;
mas primero en tu dolor,
pues probado así mi amor,
ya podrás glorificarme.

He aquí el enfoque íntegro:

Suavemente, cual la brisa,
tú te entregas al Señor,
con temor y con temblor,
mas mostrando tu sonrisa;
porque no es temor de miedo
ni temblor de cobardía,
sino de alma que porfía
por su ideal, con gran denuedo.

Porque el tuyo es el temor

que se arraiga en el amor
a Jesús, y que, por tanto,
teme desairar al Santo.

Y el temblor es de emoción
por tal honra recibida,
pues te sabes bien querida,
con gran gozo y con pasión,
por Aquel que convivió
con nosotros como hermanos,
hasta que con pies y manos
ya clavados, expiró.

Tiene, pues, su recto enfoque
esta entrega decisiva,
que jamás será excesiva
si de fe le das el toque,
exclamando con asombro
desde el fondo de tu escombro:
¡qué inescrutables, Señor,
para tantos son tus juicios,
donde escondes beneficios
saturados de tu amor!
¡qué insondables tus caminos
que parecen tan torcidos
para cuantos son nacidos
que en pos van de sus destinos,
no de prisa, mas despacio,
en el tiempo y el espacio
que limitan este mundo,
que se muestra tremebundo
en sus modos de pensar,
y execrable en el actuar!

Es así como comprendes

esa gran contradicción
con que júzgase tu acción
generosa, que hoy emprendes:
para unos, es locura,
para otros, estulticia,
lo que para ti es ternura
y te llena de leticia,
porque vas tras de la cruz
en la que murió Jesús.

Para el mundo es la riqueza
lo que vale y lo que mueve;
a ti, en cambio, te conmueve
el vivir en la pobreza.

En lo que se goza el mundo
es del sexo en el placer
desmedido y sin quehacer;
sólo por instinto inmundo.

Y aunque es grande el matrimonio
con su intimidad del sexo
que con él va tan conexo,
das muy bello testimonio
si lo excluyes con agrado,
por amor que es más sublime
y es más noble y más sagrado,
pues de trabas mil te exime
para ir en pos de Cristo,
a servir; sin ser servida,
por el tiempo de tu vida,
a los pobres que tú has visto.

Y en el mundo la obediencia
está en crisis y agonía,

mientras que la rebeldía
se debate en su insipiencia.

Pero tú a Jesús recuerdas
que desde su concepción
hasta su crucifixión,
por razones las más cuerdas,
por nosotros fue obediente,
redimiéndonos, consciente,
de mil modos de pecado,
ya que se han originado
en soberbia y osadía,
que al Dios bueno se oponía.

Y por eso tú te adhieres
con consenso irretractable
por amor, que es admirable,
a Jesús, que tanto quieres,
por tu voto de obediencia
que no entiende humana ciencia,
pero que es sabiduría
porque brota del Altísimo,
que, además, por ser santísimo,
a la perfección te guía.

Mas intuyo en tu interior,
porque plena estás de amor,
que hablar quieres con Jesús
de un gran diálogo al trasluz.
Que se muevan, pues, tus labios,
de temores sin resabios.

* * * * *

La novicia:

Con tu venia, gran Señor,
y confianza que me inspiras,
pues de mí no te retiras
ni me muestras mal humor,
quiero abrirte bien mi pecho
do radica el corazón,
pues no quiero trabazón
que me impida andar derecho
cuando voy en pos de Tí
escuchando aquel "tú sígueme";
mas, en relación a mí,
yo te ruego: Tú persígueme.

Así pienso y no me engaño:
si invitándome Tú sigues,
aunque te parezca extraño,
a Tí iré, si me persigues;
pues en cuanto yo me aleje
y detrás de mí no vayas,
ya verás que brinco vallas,
y al final, quizá te deje.

Una cosa más te pido:
que me brindes tu paciencia
escuchando en confidencia
otras cosas que he sentido,
que no deben inhibirme
en mi ser, mas expandirme:

Cuando estoy en el umbral,
por los votos, de mi entrega,
a mi mente pronto llega
estupor tan sin igual,

que me impele a implorarte,
muy amado y buen Jesús,
muchos rayos de tu luz
con que pueda vislumbrarte,
comprendiendo así mejor
lo grandioso que es tal acto
que es alianza y es un pacto
entre tu amor y mi amor,
que habrá de ser irrompible
por el tiempo de mi vida,
además de indestructible
en la sin tiempo vivida.

Son tajantes mis preguntas,
aunque sé que las barruntas.

¿Por qué, si Tú eres amor,
no hay en nosotros pujanza,
si somos tu semejanza
para amarte con vigor?

Si Tú escogiste el dolor
para probarnos tu amor,
¿por qué si siempre en él ardes
nosotros somos cobardes
y optamos por la evasión,
por la escapada y la huida,
mientras Tú, con tu venida,
te enfrentaste a la erosión
de nuestra propia persona,
tratando de restaurarla,
más aún, santificarla,
compartiendo esta casona
de mortal naturaleza,
acentuando su belleza?

Si nos creaste para Ti
e intranquilos nos sentimos
tantos años que vivimos,
—cual yo misma lo advertí—
como Agustín lo dijera
con expresión verdadera,
hasta que en Ti reposemos,
¿por qué te nos resistimos
con mil trampas y con timos,
y no obramos cual debemos?

Dame respuestas, Señor,
que tu sierva atenta escucha,
y líbrame de esta lucha
que sostengo por tu honor.

* * * * *

Cristo Jesús:

Mis respuestas están dadas
de San Pablo por la boca;
las repito a quien me invoca,
pues serán aprovechadas:

Lo planteado tiene origen
en aquel primer pecado
que a los hombres ha privado
de ser bueno cuanto eligen;
y es así como ellos sienten
esa pugna dolorosa
manifiesta en tanta cosa
que por débiles consienten.
Y por eso dijo Pablo
con dramático vocablo:

¡pues yo no hago el bien que quiero,
sino el mal que no requiero!

Tan humilde fue por ello
que de nada se glorió,
y por eso se apoyó,
con el gesto aquel tan bello,
sólo en mi divina fuerza
que supera la flaqueza
con muy grande fortaleza
que al más débil bien refuerza.

Tú no debes preocuparte
si con humildad igual,
te propones liberarte
adentrándote, cabal,
en mi Corazón abierto
para quien soporta cargas,
que si bien las siente amargas,
yo en gran gozo las convierto.

Y si todo por mí dejas,
cien por uno te prometo;
y, además, me comprometo,
si te libras de tus rejas,
a ceñirte la corona
que te espera allá en el cielo,
que reservo a quien se dona
a los pobres de este suelo.

* * * * *

La novicia:

¡Ya me basta, Señor mío,

ya me abruma tu bondad
que me enciende en caridad
con tan vasto desafío!

Toda tuya quiero ser
en servicio a mis hermanos,
que me imploran, con sus manos,
que les brinde mi quehacer
cual remedio a sus carencias
ya del cuerpo, ya del alma,
y cual bálsamo que calma
sus angustias y dolencias.

Toma, pues, en posesión
mi persona, buen Jesús;
mis tres votos en tu cruz
que me enclaven, cual pasión
que comparto yo contigo,
porque siendo Tú mi amigo
a Tí debo asimilarme;
mas primero en tu dolor,
pues probado así mi amor,
ya podrás glorificarme.

¡Por Cristo, Renuncio a mi Yo!

En lengua latina, la palabra "ego" significa "yo". Por tal motivo, se llama "egoísmo" a la mentalidad y a la correspondiente actitud de quienes sólo piensan en sí mismos, de modo que hacen de su persona el fundamento y la medida de lo que es bueno o malo, según que a ellos les convenga o no. Entre más alguien es egoísta, menos aprecia y hasta desprecia a los demás; y no sólo eso, sino que también menos cuenta con Dios y hasta se aleja de Él, si no es que de plano niega que exista.

Ahora bien, por ser Jesucristo quien es, verdadero Dios y verdadero hombre y redentor nuestro, merece que lo amemos por encima de toda otra persona humana, por más estrechos que sean los lazos de sangre o de amistad que nos liguen a ella. Al respecto, Cristo Jesús fue categórico para evitar toda confusión y todo pretexto: "Si uno quiere ser de los míos y no me prefiere a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío". (Lc 14, 26). Estas palabras tan contundentes deben entenderse así: nunca el amor al padre y a la madre, a la mujer y a los hijos, a los

hermanos y a las hermanas, ni siquiera el amor a s
mismo, debe impedirle a alguien ser de los míos; e
decir, de seguirme imitando mis ejemplos y observand
mis mandamientos.

Además, cuando Jesucristo nos exige que pasemos po
encima de nosotros mismos para seguirlo, no nos est
pidiendo que nos causemos daño o que renunciemos
beneficiarnos con auténticos bienes; sino porque, si n
actuamos así, nos causaríamos muy graves daños
perderíamos muy valiosos bienes, mucho más precioso
que aquellos que queremos disfrutar por no atrevernos
seguirlo como verdaderos discípulos de Él. A la luz d
lo que acabo de decir, se ahonda en el sentido de l
que escribí al ponderar el significado de los primero
votos religiosos que tan repetidas veces emiten en una
otra orden o congregación, racimos de entusiastas
generosas muchachas:

Estas jóvenes, Señor,
al encuentro van de Ti
olvidándose de sí,
impulsadas por su ardor
de un estrecho seguimiento
cual Tú mismo solicitas,
y al que amablemente invitas
con arcano llamamiento.

Califico de arcano llamamiento a ese tan
frecuentemente inexplicable modo como el Espíritu de
Cristo suscita en tantas y tantas personas de ambos
sexos el deseo de seguirlo abrazando la vida consagrada
Arcano significa algo un tanto misterioso, indescifrable
no claramente comprensible.

Si se requiere muy grande fe para reconocer que
Jesucristo es el Hijo de Dios vivo, hecho hombre para

Jesucristo te infiltra su luz por las rendijas de tu corazón, para invitarte a seguirlo en la vida consagrada.

nuestra justificación, y que ha sido constituido por el Padre camino, verdad y vida nuestra, por necesidad lógica, se necesita igual fe para que nos formemos un juicio objetivo de la realidad del mundo en que vivimos, a fin de que, situándonos frente a él, —el mundo—, descubramos lo grande, lo digno, lo noble que es renunciar no sólo a lo perverso que lo contamina, sino aun a lo que de suyo es bueno, pero no tanto como para no aspirar a un mayor grado de perfección, imitando la obediencia, la castidad y la pobreza de las que Jesucristo nos dio tan admirables ejemplos:

Se situaron frente al mundo
con los ojos de la fe,
lo que inmensa gracia fue
de tu Espíritu fecundo;
y lo vieron pervertido,
muy desviado en su camino,
muy carnal y dado al vino,
y en afanes embebido.

Ahora bien, se dan tres grados de conocimiento del mundo. El primero es conocer las cosas del mundo por sus causas próximas, que da origen a todas las ciencias propiamente dichas, físicas, químicas y biológicas; el segundo, es el conocimiento de esas mismas cosas, pero por sus causas últimas, y se llama filosofía; el tercero es conocer todas las cosas por su causa altísima, donde en alguna forma todas se contemplan en su único origen, que es la mente de Dios que las proyectó, y su poder, que las realizó por amor. A este conocimiento se le llama sabiduría, y puede describirse así: sabiduría es conocer todas las cosas del mundo y a nosotros mismos, tal como Dios nos conoció, nos proyectó y nos

realizó. Por eso es tan importante que conozcamos nuestra persona y todo lo que del mundo se relaciona con nosotros, desde lo que Dios nos ha revelado. Y para tal fin, es indispensable tomar muy en cuenta todo el Evangelio, donde abundan los enfoques divinos de nosotros y del mundo universo. ¡Pero cuidado con ponerle cribas mentales a nuestros oídos, con el fin consciente o camuflado de no oír lo que no nos conviene, porque esa increíble truculencia nuestra Jesucristo la denunció con esta severa y un tanto divinamente sarcástica sentencia: "el que tenga oídos para oír, que oiga"! (Mt 11, 15). A estos aspectos se hace mención en los versos siguientes:

Ese mundo que describe
con tres rasgos tu palabra
a quien sus oídos abra,
sin que nadie se la cribe:
mundo de concupiscencias
de la carne y de los ojos,
que sembrando va de abrojos
de los hombres las conciencias;
mundo de soberbia hinchado
que se goza en rebeldías,
que alardea sus porfías
contra autoridad armado.

¡Y vaya que si hoy en día abundan las rebeldías contra toda autoridad: la paterna, la de los legítimos gobernantes civiles, y hasta la de los guías y pastores de la Iglesia!

Evidentemente, Jesucristo, que es "...la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo", (Jn 1, 9), vino a reivindicar plenamente toda la belleza, la grandeza y la bondad del mundo, tal como Dios lo

creó; belleza, grandeza y bondad que fueron creadas para nosotros los hombres, que somos aún más bellos, más grandes y más buenos que todas las cosas juntas del universo. Pero, sobre todo, a lo que fue enviado el Señor Jesús es a denunciar los errores, las mentiras y las maldades con las que nosotros hemos contaminado el mundo, tanto, que San Pablo lo recalca dramáticamente: "La creación fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió (nosotros, los hombres,) en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios". (Rom 8, 20). Por consiguiente, sólo en este aspecto y por necesidad, Jesucristo se opone al mundo y con su Evangelio lo denuncia y lo condena. De aquí que también quienes somos creyentes en Cristo, tenemos que situarnos frente al mundo, que es a lo que enseguida se hace referencia, a propósito de las jóvenes que asumen la vida consagrada:

Frente a frente de este mundo
se percibe luminosa
la llamada religiosa,
cual antídoto a lo inmundo,
dando grande testimonio
de tu fuerza redentora,
oh, Jesús, generadora
de tan noble matrimonio
por mil almas aceptado
que contigo se han ligado.

Sin embargo, si el seguimiento de Jesucristo exige grandes renuncias, también trae aparejadas grandes compensaciones, cuyo valor también requiere de la luz de la fe para que sea percibido:

Saben ellas que tu amor,
exigente cual ninguno
y hasta un tanto inoportuno,
las compensa con honor;
y gustosas sacrifican
de la carne los placeres,
de riquezas los haberes,
cual sus votos testifican,
con el gran coronamiento
de renuncia a sus quereres,
aceptando los quehaceres
de obediencia en cumplimiento.

¡Qué heroico y bello cambio: renunciar a los personales quereres, para aceptar los quehaceres "de obediencia en cumplimiento"! ¿Cómo se explica esto?:

Pues la vida religiosa
surge siempre del amor,
que por propio pundonor
lleva a entrega generosa.

Y así como no es auténtico el amor a Dios si no se refleja y se complementa con el amor al prójimo; así también la incondicional entrega a Cristo no es verdadera si no se manifiesta y se comprueba con la entrega a servir al prójimo, especialmente a aquellos que más lo necesitan.

Porque amor sin sacrificio
no se encuentra en esta tierra,
y por ello en él se encierra
el secreto del servicio
a quien más lo necesita,
que es el débil y el más pobre,

porque fuerza es que recobre
cuanto a él lo capacita
para vida digna y grata
cual llevar debemos todos,
realizando de mil modos
lo que a Dios nos une y ata.

Y dado que esta visión y valoración de lo que es la vida religiosa hace referencia al momento en que las jóvenes emiten por primera vez sus votos con carácter temporal, que las compromete sólo por un año, varias veces renovable, pero siempre con miras a comprometerse perpetuamente a su debido tiempo, obliga a dar fin a este enfoque, con el siguiente augurio:

Que esta donación primera
pronto llegue a ser perenne
y de gozo el alma os llene;
y, con decisión certera,
acabad con la perfidia
de este mundo y su desidia;
y con vuestro ejemplo y luz,
reveladle al buen Jesús.

Asimilar lo que el presente enfoque contiene en su íntegra redacción, puede llenar de luz e inundar de generosidad a quienes están atentos a las insinuaciones divinas del Espíritu de Dios:

Estas jóvenes, Señor,
al encuentro van de Ti
olvidándose de sí,
impulsadas por su ardor
de un estrecho seguimiento

cual Tú mismo solicitas,
y al que amablemente invitas
con arcano llamamiento.

Se situaron frente al mundo
con los ojos de la fe,
lo que inmensa gracia fue
de tu Espíritu fecundo;
y lo vieron pervertido,
muy desviado en su camino,
muy carnal y dado al vino,
y en afanes embebido.

Ese mundo que describe
con tres rasgos tu palabra
a quien sus oidos abra,
sin que nadie se la cribe:
mundo de concupiscencias
de la carne y de los ojos,
que sembrando va de abrojos
de los hombres las conciencias;
mundo de soberbia hinchado
que se goza en rebeldías,
que alardea sus porfías
contra autoridad armado.

Frente a frente de este mundo
se percibe luminosa
la llamada religiosa,
cual antídoto a lo inmundo,
dando grande testimonio
de tu fuerza redentora,
oh Jesús, generadora

de tan noble matrimonio
por mil almas aceptado
que contigo se han ligado.

Saben ellas que tu amor,
exigente cual ninguno
y hasta un tanto inoportuno
las compensa con honor;
y gustosas sacrifican
de la carne los placeres,
de riquezas los haberes,
cual sus votos testifican,
con el gran coronamiento
de renuncia a sus quereres,
aceptando los quehaceres
de obediencia en cumplimiento.

Pues la vida religiosa
surge siempre del amor,
que por propio pundonor
lleva a entrega generosa.

Porque amor sin sacrificio
no se encuentra en esta tierra,
y por ello en él se encierra
el secreto del servicio
a quien más lo necesita,
que es el débil y el más pobre,
porque fuerza es que recobre
cuanto a él lo capacita
para vida digna y grata
cual llevar debemos todos,
realizando de mil modos

lo que a Dios nos une y ata.

Que esta donación primera
pronto llegue a ser perenne
y de gozo el alma os llene;
y, con decisión certera,
acabad con la perfidia
de este mundo y su desidia;
y con vuestro ejemplo y luz,
reveladle al buen Jesús.

La Locura de la Cruz

Son muchísimas las personas, hombres y mujeres, que no se atreven a tomar decisiones que requieren mucho valor y fortaleza para darle un rumbo claro y definido a sus vidas, y mucho menos si por estas decisiones asumen compromisos incondicionales hasta la muerte. En nuestro tiempo, son incontables las personas que tienen una concepción errónea de su identidad. Piensan que el hecho de haber sido dotadas por Dios creador con el don de la libertad, significa que aceptar compromisos permanentes e indisolubles, por ejemplo, al contraer matrimonio o al emitir votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza para seguir más de cerca a nuestro Señor Jesucristo, es "perder" su libertad. Como si quien lo hiciera mutilara su personalidad. Esto es un gravísimo error que les causa muy graves daños, porque precisamente por falta de este valor y de esta fortaleza, desperdician gran parte de la riqueza de su personalidad, por lo mismo que caminan por la vida sin rumbo fijo y preciso, o, en todo caso, dejando siempre abierta la puerta del escape o de la huida de cualquier responsabilidad.

Debe quedar muy claro para cualquier persona que si

al buscarle rumbo a su vida pretende permanecer libre para cambiar del sí al no y del no al sí, simplemente no estará caminando en línea recta sino zigzagueando, o, de plano, desandando el camino ya recorrido, por lo que nunca llegará lejos, que es lo mismo que desperdiciarse a sí misma o situarse en la mediocridad. Esta clase de personas son las que, por el hecho de contemplar muy alta una cima, se acobardan y deciden mejor moverse en las faldas de la montaña. Y si ya son muchos los hombres y las mujeres a quienes se les hace inescalable la cumbre del verdadero matrimonio, que exige que ambos esposos se comprometan mutuamente a "serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad y amarte y respetarte todos los días de mi vida", razón por la que deciden vivir en un amasiato o unión libre, a fin de poder cambiar de mujer o de marido a capricho de las personas y según sean los tiempos y los lugares; muchos más son los que juzgan que aspirar y comprometerse a seguir a Cristo como miembros de una orden o congregación religiosa, ligados con votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza, es de plano una locura o una estupidez.

Es éste el motivo por el cual el meollo del siguiente enfoque de la vida religiosa, en este caso, de la mujer que así lo decide, se concentra en estos versos:

Y si unos gritan: ¡locura!,
y muchos más: ¡estulticia!,
respondes tú con leticia
y con ardor y premura:
¡locura, sí, de la cruz,
y la estulticia de Cristo!
¡Por ellas yo no resisto;
déjome guiar por su luz!

Aquí se alude a lo que afirma San Pablo: "Así, mientras los judíos piden señales, (milagros), y los griegos buscan sabiduría, (humana), nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; (paganos); mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres". (1 Cor 1, 22).

¡Éste es el correcto enfoque de la vida consagrada al seguimiento de nuestro Señor Jesucristo, sellada con los tres votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza! Helo aquí completo:

¡Qué valor y qué gran día!
¡Hoy venciste el egoísmo
con tres votos de heroísmo
que el averno maldecía!

Tiempos son de confusión
por la traición al Maestro;
mas tú le cantas con estro,
siéndole fiel con pasión.

Te mostraste generosa
en tu entrega, que es total,
y al ser incondicional
tu donación amorosa,
bien le demuestras al mundo,
que es de por sí desconfiado
y en sus posturas porfiado,
cuánto el amor es fecundo.

Y si unos gritan: ¡locura!,
y muchos más: ¡estulticia!,
respondes tú con leticia
y con ardor y premura:
¡locura, sí, de la cruz,
y la estulticia de Cristo!
¡Por ellas yo no resisto;
déjome guiar por su luz!

En este tan bello día
has atrapado al Señor:
arrebátale su amor
con su poder, y confía
en que has de vivir tal gracia
sabiéndola compartir,
trocando en gozo el sufrir
de los hombres en desgracia.

Vida Consagrada: Reflexión y Acción

Tanto en la Edad Antigua como en la Edad Media, los hombres dedicaron mucho tiempo a la reflexión serena y profunda, que los llevaba a la contemplación, que es un modo más perfecto y sencillo de pensar, y es fruto de la misma prolongada meditación, porque alcanzada la contemplación, ya no es razonar o discurrir tanto, porque las verdades se vuelven tan claras y presentes a nuestra inteligencia, que basta con mirarlas con detenimiento, como extasiados en su claridad y su evidencia.

Lamentablemente, a partir del siglo XVI, al descubrir Francisco Bacon la gran utilidad de la investigación experimental, que busca las potencialidades contenidas, pero también escondidas en tantas y tantas cosas de este mundo universo, en la misma medida en que los hombres se dedicaban más a esta investigación, que ha producido la maravillosa acumulación de ciencia, que, a su vez, facilita los adelantos de la técnica, fueron abandonando la reflexión serena y profunda, incapacitándose así para contemplar verdades sumamente

valiosas y fundamentales, porque son las que nos manifiestan el ser y la grandeza de Dios, así como también la gran dignidad y la importante misión del hombre, así como su origen y su destino final.

Así es como llegó nuestro tiempo en el que son tan relativamente pocos los hombres que reflexionan profundamente y contemplan esas grandes verdades, hasta caer en la condición actual donde muchísimos han perdido su capacidad de pensar a profundidad, porque han quedado atrapados en la imagen y el sonido que nos acaparan, pues nos llegan a todas horas a través de los grandes logros científicos y técnicos que producen la actual fascinante prensa que edita incontables periódicos, revistas y libros saturados de imágenes, así como también por medio del cine, del radio y de la televisión, que vienen a nuestro encuentro masivamente, dado el número de empresas editoriales, de salas de cine, de estaciones radiodifusoras y televisoras, tanto de día como de noche.

Ahora bien, por lo mismo que la imagen y el sonido, aunque son de suyo fascinantes a la vista y al oído, no son capaces de expresar adecuadamente y mucho menos explicar las grandes verdades acerca de Dios y de la intimidad de la conciencia sicológica y moral del hombre, mutilan en cierto sentido nuestra personalidad, nos parcializan, nos hacen un tanto incapaces para reconocer las grandes verdades fundamentales de las que dependen el mejor y más profundo conocimiento de nuestro ser y de nuestro respectivo quehacer. Ésta es la razón de la amplísima confusión que afecta a tantas y tantas personas, que las hace sentirse inseguras, insatisfechas, desorientadas, y las sume en conflictos internos mientras las empuja también a conflictos con su familia y con otras muchas personas.

Este estilo de vida tan pernicioso nos lleva a

desconocer la importancia de la meditación y de la contemplación, y hace que nos entreguemos casi total y únicamente a lo que puede expresarse con imágenes y sonidos; lo que nos empobrece y empequeñece. Las dos formas de conocimiento, es decir, la especulativa y la experimental, son importantes, y, puesto que las dos se originan en Dios, que es inteligencia infinita y verdad suma, son complementarias entre sí y merecen que a las dos se les dé su propio lugar en nuestras vidas. Ésta es la única manera de regresar al correcto conocimiento y al aprecio de Dios, de nosotros mismos y del mundo que nos rodea.

Así se comprende lo que al principio de este enfoque de la vida consagrada le recalco a la religiosa; pero hago notar que absolutamente lo mismo es aplicable a todas las personas humanas:

Como humana y cual mujer,
con gran vida por delante,
que pretendes escoger
recta senda muy constante,
manteniéndote en tu rumbo
con tu paso al caminar,
sin que sufras algún tumbo,
yo te exhorto a meditar:

Lo que a continuación le propongo a la religiosa, se refiere a lo más fundamental en la vida de cada quien: conocer su realidad personal desde la luz divina, y así discernir el destino de su vida, la grandeza de su misión a realizar, y el ánimo requerido para cumplirla:

Dios conoce tus anhelos
de vivir tu juventud,
siendo alegre a plenitud

por tu esfuerzo y tus desvelos
por servir a los demás,
preparándote a conciencia
con virtudes y gran ciencia
de Jesús, a quien jamás
imaginas traicionar,
ni siquiera cuando enfrentas
los obstáculos y afrentas
de tu actual peregrinar
por las sendas de este mundo
polvorientas y tortuosas,
con las cosas lastimosas
que lo vuelven tremebundo.

A continuación se especifican y se ejemplifican algunos aspectos del compromiso que la religiosa asume al haber escogido seguir a Jesucristo en la vida consagrada:

Sé para Jesús, gustosa,
grande apóstol e incansable,
presentándolo alcanzable
a la gente temerosa
que rehuye, por cobarde,
imitarlo en sus ejemplos,
y se ausenta de los templos
do el divino fuego arde
en el corazón de Cristo,
que suprime los dispendios
provocando mil incendios
en quien quiera estar provisto
de un amor a toda prueba,
que a su vida da sentido
y a los otros ha servido
porque todo así renueva.

¡Qué grande misión de todo apóstol: por medio de la propia vida, presentar alcanzable a Jesucristo a cuantos están tan atrapados en su cobardía de aspirar a ser perfectos como el Padre celestial, en cualquiera de las tres vocaciones eclesiales, que hasta se ausentan de los templos por temor a sentirse retados por el Señor Jesús al escuchar su palabra y al poner ante sus ojos los ejemplos que nos dio! Así se entiende mejor lo que sigue:

Por lo tanto, yo te invito
a afianzar tu vocación,
desechando lo maldito
y aspirando a perfección
en la vida religiosa
que es tan bella y tan hermosa,
aunque exige sacrificios,
mas con muchos beneficios.

Concluye este enfoque describiendo algunos rasgos de la hermosa y alta meta que la religiosa se ha propuesto alcanzar:

Llegarás a ser angélica
esforzándote en tu vida
ser de Cristo consentida
por heroica y evangélica,
consumándote en amor
por tu Dios y por los pobres;
y que obrando así recobres
de Jesús el esplendor.

Estos sentimientos y otros más suscita la meditación íntegra del enfoque:

Como humana y cual mujer,
con gran vida por delante,
que pretendes escoger
recta senda muy constante,
manteniéndote en tu rumbo
con tu paso al caminar;
sin que sufras algún tumbo,
yo te exhorto a meditar:

Dios conoce tus anhelos
de vivir tu juventud,
siendo alegre a plenitud
por tu esfuerzo y tus desvelos
por servir a los demás,
preparándote a conciencia
con virtudes y gran ciencia
de Jesús, a quien jamás
imaginas traicionar;
ni siquiera cuando enfrentas
los obstáculos y afrentas
de tu actual peregrinar
por las sendas de este mundo
polvorientas y tortuosas,
con las cosas lastimosas
que lo vuelven tremebundo.

Sé para Jesús, gustosa,
grande apóstol e incansable,
presentándolo alcanzable
a la gente temerosa
que rehuye, por cobarde,
imitarlo en sus ejemplos,
y se ausenta de los templos
do el divino fuego arde
en el corazón de Cristo,

que suprime los dispendios
provocando mil incendios
en quien quiera estar provisto
de un amor a toda prueba,
que a su vida da sentido
y a los otros ha servido
porque todo así renueva.

Por lo tanto, yo te invito
a afianzar tu vocación,
desechando lo maldito
y aspirando a perfección
en la vida religiosa
que es tan bella y tan hermosa,
aunque exige sacrificios,
mas con muchos beneficios.

Llegarás a ser angélica
esforzándote en tu vida
ser de Cristo consentida
por heroica y evangélica,
consumándote en amor
por tu Dios y por los pobres;
y que obrando así recobres
de Jesús el esplendor.

Entrega Total y Ardiente

Las tres formas de seguir a Jesucristo, la laical, la religiosa y la sacerdotal, exigen un respectivo grado de totalidad: todo creyente laico debe, al menos, guardar fielmente todos los mandamientos, de acuerdo a la respuesta que nuestro Señor Jesucristo le dio al joven que le hizo la pregunta acerca de lo que necesitaba hacer para entrar en la vida eterna. Pero esa es una totalidad requerida mínimamente, porque también los que viven su fe en las variadas estructuras del mundo, están llamados por el Señor Jesús a ser perfectos como el Padre celestial. Por su parte, quien sigue a Jesucristo en la vida consagrada por los tres votos religiosos, no sólo debe observar los diez mandamientos, sino también poner en práctica continua y creciente los tres consejos evangélicos de obediencia, castidad y pobreza, siendo miembro de una orden o congregación religiosa. Igualmente, nosotros los sacerdotes debemos ser, hasta donde nos sea posible con la ayuda divina, los más fieles imitadores de nuestro Sumo y Eterno Sacerdote, Cristo Jesús, motivo por el que nos comprometemos a vivir el celibato sacerdotal y en obediencia a nuestros respectivos obispos, y al Papa.

Ahora bien, aun cuando participar del sacerdocio ministerial de Jesucristo es un gran regalo de Dios que nos obliga a rendir más para su gloria, quien se compromete por los votos religiosos, se sitúa en mayor ventaja para lograr la perfección cristiana, porque hace una entrega total de su persona al Señor. Por esta razón el presente enfoque, escrito pensando en la profesión de cualquier religiosa con votos perpetuos, empieza resaltando tan importante aspecto:

Toda entera tú te entregas
con fervor y arrobamiento,
con gran gozo y sufrimiento
por los que tan alto llegas.

Mas de nuevo se requiere conjugar gozos y dolores, y aún más, morir para renacer, si en verdad se quiere seguir a Jesús:

Porque gozo es que te apegues
a Cristo en tu juventud,
siempre que, con prontitud,
de ti misma te despegues
para que en ti se realice
lo que Pablo testifica:
que es Jesús quien vivifica
a quien su amor no desdice.
Pero sufres tú también
cuando mueres a ti misma,
compensándote el carisma
de crecer en todo bien;
que si hay dolor en morir,
mayor gozo en renacer;
y si es pena el perecer,
más alegra el resurgir.

Y así como la fe es el principio de la justificación, también es fuente de energía para la constancia y la fidelidad a Cristo, por encima de cuanto se nos oponga:

Es tu fe la que te alienta
y hacia adelante te empuja,
aunque el demonio te ruja
y en ocasiones te mienta.
Y por eso tú, valiente,
entre cánticos angélicos,
quieres vivir muy sapiente
los consejos evangélicos.

Todos los cristianos debemos estar muy conscientes de que por nosotros mismos jamás lograremos imitar a Jesucristo, y menos en alto grado; de aquí que nos sea absolutamente necesario revestirnos de la fortaleza de Dios, que es uno de los siete dones del Espíritu Santo, que inicialmente se nos dan en el bautismo, pero en grado superior al momento de la confirmación. Entonces ya podemos exclamar con el Apóstol: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta". (Fil 4, 13):

Avanza, pues, muy serena,
consciente de tu flaqueza,
y ante Dios, que es fortaleza,
haz tu entrega firme y plena;
pues, ejemplar religiosa,
de tu interior sólo naces,
porque es ahí donde te haces
con Cristo una misma cosa.

El famoso artista barroco, Gian Lorenzo Bernini, esculpió en mármol blanco una bellísima obra titulada El Éxtasis de Santa Teresa de Jesús, que se encuentra

en un altar lateral de la Iglesia del Gesú, en Roma: representa a la Santa en pleno éxtasis, reclinada sobre nubes y contemplando hacia el cielo, mientras, mirándola, está un serafín apuntándole al corazón con una flecha, para encenderla más en amor a Dios y a Jesucristo. A algo semejante aludo, deseando estimular a la religiosa a una más heroica vivencia del amor divino:

Ante este don tan divino,
queriéndote respaldar
porque bello es todo dar,
con gran ardor te conmino:
abre tus brazos en cruz
y deja libre tu pecho,
para que llegue derecho
el dardo con que Jesús
inflama tu corazón
con fuego de sus amores,
que entre angustias y dolores
lo condujo a su pasión.
Porque fue su amor al Padre
y el amor a sus hermanos
quien clavóle pies y manos,
y mártir hizo a su Madre.

Les beneficiaría mucho a las religiosas recitar con frecuencia este pasaje, especialmente después de la comunión diaria, cuando Jesucristo en persona acaba de entrar a sus corazones. Este flechazo diario compromete y empuja más a quien lo recibe:

Así has de vivir tus votos
en doble amor encendida,
dispuesta a ofrendar la vida
cual desde tiempos remotos

la ofrendó el mismo Señor,
como prueba fehaciente
del grande amor a la gente
por quien murió en deshonor.

Esta mística e íntima relación de Jesucristo con quienes se le entregan incondicionalmente, por fuerza intensifica la conciencia de que todas y cada una son muy amadas de Dios. Tal certeza es una gran fuente de luz y de energía inagotable para progresar en perfección cristiana:

Y te hace falta, por ello,
tener límpida conciencia,
además de cierta ciencia
y testimonio muy bello,
que de Dios eres amada
para que entres en su gloria,
que vendrá tras la victoria
a la que estás destinada.

Hay, pues, en todo el enfoque, abundante luz con que iluminarse más y mucha energía para mayor fortaleza del alma:

Toda entera tú te entregas
con fervor y arrobamiento,
con gran gozo y sufrimiento
por los que a tan alto llegas.

Porque gozo es que te apegues
a Cristo en tu juventud,
siempre que, con prontitud,
de ti misma te despegues

para que en ti se realice
lo que Pablo testifica:
que es Jesús quien vivifica
a quien su amor no desdice.
Pero sufres tú también
cuando mueres a ti misma,
compensándote el carisma
de crecer en todo bien;
que si hay dolor en morir,
mayor gozo en renacer;
y si es pena el perecer,
más alegra el resurgir.

Es tu fe la que te alienta
y hacia adelante te empuja,
aunque el demonio te ruja
y en ocasiones te mienta.

Y por eso tú, valiente,
entre cánticos angélicos,
quieres vivir muy sapiente
los consejos evangélicos.

Avanza, pues, muy serena,
consciente de tu flaqueza,
y ante Dios, que es fortaleza,
haz tu entrega firme y plena;
pues, ejemplar religiosa,
de tu interior sólo naces,
porque es ahí donde te haces
con Cristo una misma cosa.

Ante este don tan divino,
queriéndote respaldar
porque bello es todo dar,

con gran ardor te conmino:
abre tus brazos en cruz
y deja libre tu pecho,
para que llegue derecho
el dardo con que Jesús
inflama tu corazón
con fuego de sus amores,
que entre angustias y dolores
lo condujo a su pasión.
Porque fue su amor al Padre
y el amor a sus hermanos
quien clavóle pies y manos
y mártir hizo a su Madre.

Así has de vivir tus votos
en doble amor encendida,
dispuesta a ofrendar la vida
cual desde tiempos remotos
la ofrendó el mismo Señor,
como prueba fehaciente
del grande amor a la gente
por quien murió en deshonor.

Y te hace falta, por ello,
tener límpida conciencia,
además de cierta ciencia
y testimonio muy bello,
que de Dios eres amada
para que entres en su gloria,
que vendrá tras la victoria
a la que estás destinada.

Relación Íntima con Cristo

Desde el momento en que Dios decidió crear al hombre a su imagen y semejanza, dotándolo de inteligencia para que conociera la verdad, y de libre albedrío, se comprometió a respetar tanto nuestras decisiones, que, por tal motivo, a pesar de que es Él el primero y más ofendido en todo tipo de pecado, nunca paraliza la mano de quien ha decidido ser asesino, ni siquiera un segundo antes de que clave el puñal o dispare la pistola; pero, en cambio, en pleno respeto a nuestra dignidad de personas, sí nos hace la advertencia con un categórico "no matarás", que antes de ser esculpido en las tablas de piedra de Moisés, desde sus orígenes, Dios grabó en el mismo corazón del hombre, cuya conciencia se lo recuerda constantemente. Y no obstante que Dios creador capacitó nuestra inteligencia para conocer lo que es bueno y lo que es malo a fin de que evitemos todo pecado, llegó al colmo de su amor de Padre, al enviarnos a su Hijo Jesucristo para que nos iluminara muchísimo más con su palabra y nos estimulara hasta el heroísmo con sus ejemplos, para que nos decidamos de una vez por todas a hacer siempre el bien y nunca el mal, en imitación de su Hijo, "el

Hombre nuevo creado por Dios en justicia y en la santidad de la verdad". (Ef 4, 24).

Por tanto, si Dios y su Hijo Jesucristo tratan de prevenirnos contra el mal, mucho más nos impulsan a obrar siempre bien, primero, por medio de nuestra inteligencia, y después, por el anuncio del Evangelio y los ejemplos del Señor Jesús; y, para hacer derroche de amor, también con abundancia de mociones del Espíritu Santo. Ahora bien, muchos de estos designios y actitudes divinas son incomprensibles para nosotros, pero lo seguro es que Dios, su Hijo Jesucristo y su Espíritu Santo actúan siempre con verdad, con justicia y con amor, y, en incontables casos, también con misericordia porque nos conceden no sólo lo que no merecemos, sino también tantas otras cosas de las que mereceríamos ser privados aun después de concedidas, como cuando confirmó a Pedro como piedra sobre la que edificaría su Iglesia, a pesar de haber sido tan cobarde al negarlo ante la sirvienta del pontífice judío. Así pues, si nos parecen inescrutables los designios divinos de misericordia en relación a nuestra conducta pecaminosa, más lo son cuando se refieren a la llamada universal a la salvación y a la particular para beneficiarnos con la fe cristiana y católica; y, dentro de ésta, a su seguimiento por cualquiera de las tres vocaciones eclesiales; y más todavía a la vocación religiosa y sacerdotal, respetando íntegramente la libertad de cada quien.

Tal respeto de Dios a la libertad humana, también cuando se trata de invitaciones o mociones para cosas buenas y grandes, significa que ninguna de las tres Divinas Personas suple la parte de esfuerzo que a cada uno le corresponde; algo que San Agustín resume en palabras lapidarias: "Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti". Y si para la salvación, en general, Dios

no suple lo que corre a cargo de cada uno de nosotros, menos va a suplir lo que se relaciona con tal o cual invitación a seguir a Jesucristo por un camino definido, como es el de la vida consagrada por los tres votos de obediencia, castidad y pobreza. Ante esto que estamos reflexionando, no podemos menos que exclamar con San Pablo: "¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!" (Rom 11, 33). Inescrutable sin duda es el designio de haber venido a esta vida, el de habernos llamado a la fe y el de invitarnos al seguimiento del Señor Jesús en la vida consagrada.

Pues bien, al reflexionar una de tantas veces en el arcano contenido que hay en la invitación que Jesucristo hizo a numerosas mujeres para que fueran en su seguimiento, comprometidas a imitarlo con la observancia de los tres consejos evangélicos, me sentí obligado a hacer resaltar este aspecto al inicio del enfoque respectivo:

¡Qué designio inescrutable
hay en relación tan íntima
que establece Cristo, amable,
con quien siéntese tan ínfima!

Me refiero a quien alcanza
y ha ganado nuestro aprecio,
pues pagado tiene el precio
siendo humilde cuanto mansa.

Lógicamente, ante lo grande e inmerecido que es todo don de Dios, y más éste de la vocación a la vida religiosa, que conlleva tomar sobre sí el yugo de Cristo, que indudablemente es pesado para la debilitada naturaleza humana, pero que Él mismo hace suave y

ligero, es del todo necesario que la mujer que lo recibe sea mansa y humilde de corazón, en respuesta cabal a la exhortación que Cristo mismo nos hizo: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso en vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera". (Mt 11, 29).

Después de tal acotación inicial, me sentí impulsado a describir, por medio de un diálogo entre Jesucristo y la religiosa, lo que mi espíritu percibe al ahondar en el rico contenido que hay en todo compromiso perpetuo de imitar a Cristo en la vida consagrada; pero esto no hubiera sido posible si antes no hubiera suplicado a Jesús que me compartiera un poco de los sentimientos de Él y de la religiosa:

Jesús, hazme compartir
algo de tan gran secreto,
pues lo quiero describir,
—y lo haré, se los prometo—,
expresándolo en un diálogo
ante Cristo y esta hermana,
pues si bien en modo análogo,
de mi mente así dimana.

El diálogo da principio con una pregunta que con gran confianza la hermana le hace al Señor, puesto que es la primera que reconoce que es uno de los insondables designios de Él, haber sido invitada a seguirlo en la vida religiosa:

Señor, ¿qué encontraste en mí
para que así me llamaras,
y luego me convidaras
a ligarme más a ti?

¿Qué te agradó mi vacío,
el vacío de mi nada,
para retarme, humillada,
de tu amor al desafío?

¡Qué admirable apreciación de la vida religiosa, interpretada como un desafío que Cristo Jesús le lanza a cada persona que invita a tal seguimiento, para que responda a su amor con el amor de ella, manifestado en la obediencia, la castidad y la pobreza, dado que el amor de Él lo llevó a hacerse obediente hasta la muerte y muerte de cruz!:

Si moriste Tú por mí,
¿qué es lo que hago yo por ti?
Porque veniste a servir,
¿Tú pretendes que te imite
con amor que se derrite
por en pos de ti acudir?

¿Deberé seguir tus pasos
por mil vías dolorosas,
con espinas, mas sin rosas,
enclavándose en mis brazos?

La forma con la que la religiosa plantea sus preguntas a Jesucristo, da prueba de que se da suficiente cuenta de lo que tal seguimiento en pos de Él implica, y por tal motivo hace mención especial de lo que es un tanto más cuanto doloroso. En efecto, lo grato y dulce de toda forma de vida cristiana, nunca nos planteará problema alguno ni provocará resistencia de la naturaleza humana; en cambio, es necesario que quien asume un compromiso cualquiera conozca bien cuanto de difícil y doloroso puede traer consigo, porque es lo

que nos puede doblegar o inclusive hacer caer en la tentación de la escapada.

A continuación, Jesucristo le da a la religiosa cumplida respuesta a sus preguntas, indicándole la forma de corresponder:

Sí: negándote a ti misma
y ligándote con votos
para el mundo tan ignotos,
pues no aprecia tal carisma.

Jesús hace reflexionar a la religiosa sobre un lamentable hecho sociológico de nuestro tiempo: por efecto del secularismo, que ha llegado al exceso de prescindir de Dios y de Jesucristo como fuentes supremas e inmutables del bien que hay que observar, para tratar de que sean suplantados por las conveniencias e intereses mezquinos del hombre, o, mejor dicho, de cada hombre, han cambiado tan radical y erróneamente las maneras de pensar y, por consiguiente, las costumbres, que ya no se aprecia suficientemente la grandeza de esta forma de seguimiento a Cristo; tanto, que ha provocado que disminuyan notoriamente las personas que lo siguen por este camino, aun en las mujeres que desde siempre han sido las más dispuestas a lo grande del espíritu, sin detenerse ante el sacrificio. Pero Cristo recalca: no por ese desconocimiento de la grandeza de la vida religiosa, ésta ha dejado de ser una altísima cumbre que nos reta a escalar:

Han variado las costumbres
y maneras de pensar;
pero sigue habiendo cumbres
que te apremian a escalar.

Y de todas, la mayor,
pese a técnica y a ciencia,
—lo atestigua tu conciencia—,
sigue siéndolo el amor:
un amor que se desgaja
en tres formas diferentes,
aunque siempre concurrentes,
pues jamás se resquebraja;
ya que amor son los consejos
evangélicos llamados
porque están bien concertados;
siempre nuevos, siempre viejos
desde que los practiqué,
y a lo largo de milenios,
tanto a simples como a genios
a vivirlos invité.

Todo se debe a que el mundo ya no tiene suficientemente en cuenta la admirable descripción que San Pablo hace de la reina y síntesis de todas las virtudes, que es la caridad, es decir, el amor auténtico. (Cfr.: 1 Cor 13, 1). El mundo de hoy ha divinizado la ciencia y la técnica, sin darse cuenta de que son válidas sólo tanto cuanto son expresiones del conocimiento, del amor y del poder de Dios. Por eso Jesús le dice a la religiosa que pese a técnica y a ciencia, lo máximo es el amor.

Enseguida, la religiosa reasume el diálogo y quiere cerciorarse de que ha entendido correctamente lo manifestado por Cristo Jesús:

Pues entonces, Jesús mío,
si no te he entendido mal,
¿llenar quieres mi vacío
con amor que en ti es total?

¿Y pretendes que ese amor
sea impulso vehemente
que arrebate de mi mente
titubeos y temor;
que me impiden entregarme
sin reservas espaciales
y tampoco temporales,
aprendiendo siempre a darme?

En efecto, cada uno de los tres votos religiosos, entre tantas cosas buenas que facilitan, una muy importante es la gran disponibilidad en que cada religiosa queda para ir a servir a personas de toda edad y sexo, sin condiciones de tiempo, ni de lugar, ni de países, ni de retribuciones mayores que las indispensables para la atención de su salud y para la prestación del servicio que se le pide. Una vez entendida la respuesta que le dio Jesús, la religiosa se compromete:

Pues si a eso Tú me llamas,
con gran gusto aceptaré;
testimonio te daré
con mis votos que reclamas
de perpetuos con su sello.
¡Cuán feliz seré por ello!

Por consiguiente, en prueba de que entiende bien el compromiso que asume al emitir sus votos, se los ofrece a Cristo haciendo una breve descripción de cada uno:

Toma, pues, mi castidad
que te ofrezco con esmero,
y que muestra, —así lo espero—,
su raíz: la caridad.

Y recibe mi pobreza,
signo de mi desapego,
porque el corazón despliego
al vaciarlo de riqueza.

Y de acuerdo a cierta ciencia
en tu imitación cabal,
por ser don más personal,
yo te entrego mi obediencia.

Nótese la bella apreciación de que, por el voto de pobreza, la religiosa despliega su corazón; es decir, lo ensancha para servir mejor a Dios y al prójimo, especialmente a los más pobres, porque la deja libre de muchos impedimientos que brotan del apego a la riqueza. Además, en estos tiempos de rechazos radicales a valiosas virtudes de las que nunca podremos prescindir, so pena de desintegrar nuestras personas, nuestras familias, la sociedad civil y la comunidad eclesial, merece recalcarse lo que la religiosa hace notar en relación a una de ellas: que se necesita una ciencia especial, es decir, el conocimiento profundo de Jesucristo que nos reta a imitarlo, para poder apreciar lo que vale y lo que sirve la virtud de la obediencia, hoy tan despreciada y sujeta a tantos sarcasmos.

Ahora el Señor Jesús retoma el diálogo para manifestarle a la religiosa cuánto aprecia el compromiso que acaba de asumir:

¡Qué respuestas generosas
acordaste a mi llamada!
Siéntete, mi bien amada,
con espinas, mas con rosas.

Cristo Jesús, pues, le aclara que es cierto que el

seguimiento de Él se hace por vías dolorosas, pero no como ella piensa, "con espinas mas sin rosas", porque le asegura que también peregrinará entre rosas. ¡Y vaya si el camino de Cristo abunda en rosas! ¡Muchas más de las que podemos imaginar!

Llegada a este punto, la religiosa todavía tiene una pregunta más que hacerle a Jesucristo, aunque no es porque ignore la respuesta, pues ya la sabe; sino porque le gustaría oírla una vez más de labios de Él:

Mi Señor; una pregunta;
la misma que te hizo Pedro,
con la suavidad del cedro,
aunque la respuesta apunta:
Si pues yo, al seguirte a ti
sin presiones ni alborotos,
todo dejo por mis votos,
¿qué me obsequiarás a mí?

La respuesta de Cristo es tan rápida, tan clara y tan generosa como la que le dio a su Apóstol:

Grandes dones, tan valiosos
que en extremo son preciosos,
cuyo precio el mundo ignora,
¡y cuánto más en esta hora!

Ya te di sabiduría,
mi conocimiento altísimo,
porque el mundo complejísimo
no se entiende sin tal guía.

Y en verdad que sin la sabiduría, que es el conocimiento de todo en total acuerdo con el de Dios, no se puede entender este mundo tan complejo y tan

marcado por oposiciones y contradicciones múltiples. Precisamente por carecer de la sabiduría, don divino que nos da el Espíritu Santo, hay tanta confusión en incontables personas. Por eso Jesucristo, para darle confianza a la religiosa, le menciona al Rey Salomón:

Tú recuerda a Salomón,
Sabio Rey entre los sabios,
pues fluía de sus labios
borbotando este gran don.

¿Pues de dónde piensas tú
que adquiriste convicción
que condújote a elección
contra mundanal tabú,
afirmándote en servir
en lugar de ser servida,
porque tal fue mi vivir
cuanto larga fue mi vida?

En efecto, en lugar de que los pregoneros de lo erróneo y de lo malo que hay en el mundo reconozcan que ellos, con sus errores y sus hechos malignos son los grandes tabúes que se contraponen a la verdad y al bien, pretenden calificar de tales cuanto las personas sensatas con espíritu cristiano aún respetan y practican, como es la honestidad, el pudor, la virginidad, la castidad prematrimonial, la fidelidad conyugal y muchas virtudes más. Por tal motivo, Cristo llama "mundanal tabú" al conjunto de esos prejuicios contra la verdad de Dios y contra la dignidad del hombre. Después, Cristo continúa su diálogo:

¿Cómo fue que comprendiste
que de nada sirve al hombre

ganar todo, más renombre,
y ser pobre decidiste?

Y ante tanta vanidad
que presume así el mundano,
que mantiene siempre a mano
su voluble libertad,
pronunciando el sí o el no
como quiera y le complazca,
cual mudable es la hojarasca,
sólo porque se aburrió,
¿cómo fue que tú escogiste
imitarme en mi obediencia,
de tal modo que moriste
a tu personal querencia?

¡Qué clara y contundentemente denuncia aquí el Señor Jesús la veleidad que afecta hoy a miles de millones de personas que, como Él las describe, mal entendiendo su libertad, rechazan todo compromiso permanente, a fin de poder decir que sí o que no en cada momento, según el capricho de cada quien, aun en los asuntos más importantes de la vida humana, como cambiar de marido o de mujer, como si se tratara de la banalidad de cambiar de sabor al pedir un helado! Por eso aprecia tanto nuestro Señor Jesucristo lo mismo el compromiso perenne de amor mutuo y de fidelidad en el matrimonio, que el de observar los votos religiosos perpetuamente. Por lo demás, toda una vida no basta para ahondar en la grandeza y la sublimidad que encierra lo que a continuación resalta:

¿Quién te pudo descubrir
que es muchísimo mejor
dar y darse con amor;

en lugar de recibir?

Fue la gran sabiduría
que mi Espíritu te dio,
y que en este grande día
aún más te derramó.

Y añadió su fortaleza,
porque es arduo obrar el bien
cuando eliges ser rehén
del amor que es de una pieza,
porque no se resquebraja
ni con burlas ni con sornas,
y con el que tú te adornas
cual la más preciosa alhaja.

Efectivamente, si necesitamos de la sabiduría divina para descubrir la grandeza del seguimiento de Cristo en la vida consagrada, igualmente se necesita el don divino de la fortaleza para poder abrazarla y cumplirla fielmente. Como Jesús lo dice, la virtud de la fortaleza es la que nos capacita para obrar todo lo bueno que es arduo y difícil, y, con mayor razón, si es para realizarse durante toda la vida, sin descanso alguno. Y así debe ser todo seguimiento de Jesús. Por eso Él prosigue diciéndole a la religiosa:

Y con esto tus virtudes
serán altas cuanto heroicas,
por divinas, mas no estoicas,
deslizándose en aludes.

Hay una enorme diferencia entre enfrentar grandes dificultades y superar tremendos obstáculos por simple estoicismo, que por el motivo divino de imitar en todo

a nuestro Señor Jesucristo. En el primer caso, se tratará de acciones buenas con valor puramente humano mientras que en el segundo, además de humanas, tienen un valor sobrenatural que merece recompensa en la vida eterna. Por otra parte, la religiosa debe apreciar también como grande don de Cristo algo más:

Y te di otra grande cosa
que a tu persona enriquece
y contigo siempre crece:
tu familia religiosa;
porque ahí la caridad
que intercambian unas y otras,
ha de hacerse realidad
construyendo así el "nosotras"
sin ningún romanticismo,
unas veces, apoyándose,
otras tantas, soportándose
cual lo exige el misticismo
del auténtico cristiano,
según Pablo lo proclama
e insistente lo reclama;
pues si no, el amor es vano.

Qué importante es que todas y cada una de las religiosas aprecien a su orden o congregación como un grande don de Cristo Jesús, porque, después de Él, es en ella y por ella donde se les facilita escalar la cumbre, que es imitar a su Divino Modelo en la vida consagrada. Por tal motivo, la religiosa debe asimilar y observar las constituciones, los reglamentos y las costumbres de su respectivo instituto, que viene a ser algo parecido a lo que Santo Tomás de Aquino aplicó al hogar familiar: que es como un vientre espiritual donde ha de gestarse a imagen de Jesucristo el Hombre

nuevo creado por Dios en justicia y santidad de la verdad. (Cfr.: Ef 4, 24).

Al finalizar el diálogo, Jesucristo preanuncia a la religiosa lo mismo que a través de San Mateo reveló que haría con toda la humanidad, al llegar la consumación de los siglos:

Y al final vendrá el gran día
en que tú oirás mi voz,
cuando dividida en dos
cumpliré mi profecía
que anuncié a la humanidad
de juzgarla con verdad,
muy de acuerdo a sus acciones,
según fueran sus opciones:

Ven, bendita de mi Padre,
a ocupar el gran sitial,
conviviendo con mi Madre
en el reino celestial.

Vale, pues, la pena profundizar desde todos sus ángulos este enfoque de la vida consagrada, tanto para que todos los creyentes en Cristo la aprecien más y la respalden en quienes se sientan atraídas a asumirla, cuanto para que las personas llamadas se iluminen más y se fortalezcan para realizarse en ella:

¡Qué designio inescrutable
hay en relación tan íntima
que establece Cristo, amable,
con quien siéntese tan ínfima!

Me refiero a quien alcanza

y ha ganado nuestro aprecio,
pues pagado tiene el precio
siendo humilde cuanto mansa.

Jesús, hazme compartir
algo de tan gran secreto,
pues lo quiero describir;
—y lo haré, se los prometo—,
expresándolo en un diálogo
entre Cristo y esta hermana,
pues si bien en modo análogo,
de mi mente así dimana.

* * * * *

Religiosa:

Señor; ¿qué encontraste en mí
para que así me llamaras,
y luego me convidaras
a ligarme más a ti?

¿Qué te agradó mi vacío,
el vacío de mi nada,
para retarme, humillada,
de tu amor al desafío?

Si moriste Tú por mí,
¿qué es lo que hago yo por ti?
¿Porque veniste a servir;
Tú pretendes que te imite
con amor que se derrite
por en pos de ti acudir?

¿Deberé seguir tus pasos

por mil vías dolorosas,
con espinas, mas sin rosas,
enclavándose en mis brazos?

* * * * *

Cristo Jesús:

Sí: negándote a ti misma
y ligándote con votos
para el mundo tan ignotos,
pues no aprecia tal carisma.

Han variado las costumbres
y maneras de pensar;
pero sigue habiendo cumbres
que te apremian a escalar.

Y de todas, la mayor,
pese a técnica y a ciencia,
—lo atestigua tu conciencia—,
sigue siéndolo el amor:
un amor que se desgaja
en tres formas diferentes,
aunque siempre concurrentes,
pues jamás se resquebraja;
ya que amor son los consejos
evangélicos llamados
porque están bien concertados;
siempre nuevos, siempre viejos
desde que los practiqué,
y a lo largo de milenios,
tanto a simples como a genios
a vivirlos invité.

* * * * *

Religiosa:

Pues entonces, Jesús mío,
si no te he entendido mal,
¿llenar quieres mi vacío
con amor que en ti es total?

¿Y pretendes que ese amor
sea impulso vehemente
que arrebate de mi mente
titubeos .y temor,
que me impiden entregarme
sin reservas espaciales
y tampoco temporales,
aprendiendo siempre a darme?

Pues si a eso Tú me llamas,
con gran gusto aceptaré;
testimonio te daré
con mis votos que reclamas,
de perpetuos con su sello.
¡Cuán feliz seré por ello!

Toma, pues, mi castidad
que te ofrezco con esmero,
y que muestra, —así lo espero—,
su raíz: la caridad.

Y recibe mi pobreza,
signo de mi desapego,
porque el corazón despliego
al vaciarlo de riqueza.

Y de acuerdo a cierta ciencia
en tu imitación cabal,

por ser don más personal,
yo te entrego mi obediencia.

* * * * *

Cristo Jesús:

¡Qué respuestas generosas
acordaste a mi llamada!
Siéntete, mi bien amada,
con espinas, mas con rosas.

* * * * *

Religiosa:

Mi Señor, una pregunta:
la misma que te hizo Pedro,
con la suavidad del cedro,
aunque la respuesta apunta:
Si pues yo, al seguirte a ti
sin presiones ni alborotos,
todo dejo por mis votos,
¿qué me obsequiarás a mí?

* * * * *

Cristo Jesús:

Grandes dones, tan valiosos
que en extremo son preciosos,
cuyo precio el mundo ignora,
¡y cuánto más en esta hora!

Ya te di sabiduría,

mi conocimiento altísimo,
porque el mundo complejísimo
no se entiende sin tal guía.

Tú recuerda a Salomón,
Sabio Rey entre los sabios,
pues fluía de sus labios
borbotando este gran don.

¿Pues de dónde piensas tú
que adquiriste convicción
que condújote a elección
contra el mundanal tabú,
afirmándote en servir
en lugar de ser servida,
porque tal fue mi vivir
cuanto larga fue mi vida?

¿Cómo fue que comprendiste
que de nada sirve al hombre
ganar todo, más renombre,
y ser pobre decidiste?

Y ante tanta vanidad
que presume así el mundano,
que mantiene siempre a mano
su voluble voluntad,
pronunciando el sí o el no
como quiera y le complazca,
cual mudable es la hojarasca,
sólo porque se aburrió,
¿cómo fue que tú escogiste
imitarme en mi obediencia,
de tal modo que moriste
a tu personal querencia?

¿Quién te pudo descubrir
que es muchísimo mejor
dar y darse con amor;
en lugar de recibir?

Fue la gran sabiduría
que mi Espíritu te dio,
y que en este grande día
aún más te derramó.

Y añadió su fortaleza,
porque es arduo obrar el bien
cuando eliges ser rehén
del amor que es de una pieza,
porque no se resquebraja
ni con burlas ni con sornas,
y con el que tú te adornas
cual la más preciosa alhaja.

Y con esto tus virtudes
serán altas cuanto heroicas,
por divinas, mas no estoicas,
deslizándose en aludes.

Y te di otra grande cosa
que a tu persona enriquece
y contigo siempre crece:
tu familia religiosa;
porque ahí la caridad
que intercambian unas y otras,
ha de hacerse realidad
construyendo así el "nosotras"
sin ningún romanticismo,
unas veces, apoyándose,
otras tantas, soportándose,

cual lo exige el misticismo
del auténtico cristiano,
según Pablo lo proclama
e insistente lo reclama;
pues si no, el amor es vano.

Y al final vendrá el gran día
en que tú oirás mi voz,
cuando dividida en dos
cumpliré mi profecía
que anuncié a la humanidad
de juzgarla con verdad,
muy de acuerdo a sus acciones,
según fueron sus opciones:
Ven, bendita de mi Padre,
a ocupar el gran sitial,
conviviendo con mi Madre
en el reino celestial.

Los Mil Modos del Amor

He podido constatar que buen número de personas, cualquiera que sea su vocación humana y cristiana, se sienten frustradas al cabo de tantos más cuantos años de vida. Desde luego que en algunos casos sí hay razón para sentirse así; lo que puede ser efecto de que no le dieron un razonable rumbo a su peregrinar por el tiempo y el espacio, por haber actuado con precipitación o al impulso de una emoción inconsistente, prescindiendo de la verdad objetiva que debe servir de sustento y de guía para toda decisión responsable. En otras palabras, no tomaron en cuenta ni cómo es realmente el mundo, ni cómo son ellas mismas, ni cómo es la condición del estilo de vida que escogieron. Estas personas deben emprender con valentía la tarea de evaluar su situación, y, en caso de que sea tiempo de cambiar de rumbo o de elegir otras opciones que no choquen con preceptos morales fundamentales, decidirse cuanto antes por el cambio, aplicando el conocido refrán: más vale tarde que nunca; pero muy convencidas de que, fuera de excepciones, los cambios suelen ser difíciles y, a veces, también dolorosos.

En otros casos acontece que la opción de vida que las

personas escogieron fue correcta, pero con su imaginación la contaminaron, por decir así, con una buena dosis de ingenuidad, pensando que ese estilo de vida les iba a permitir sentir todo muy agradable a los sentidos o muy emocionante; y al ver que la realidad no es así, llegan a temer que no fue sensata su elección, lo que por necesidad las hace sentirse frustradas o amargadas. Esta falsa apreciación se puede dar y de hecho se da lo mismo en la vida matrimonial, que en la religiosa y sacerdotal.

Si alguien me preguntara qué porcentaje de todo lo que hice propio de mi condición de sacerdote, me produjo placer sensible o una de esas emociones que hacen que uno se sienta cerca del tercer cielo, sin titubear le respondería que sólo en una mínima parte; lo demás lo realicé sin ningún placer sensible, y muchas veces experimentando el contrapeso propio de la naturaleza humana en general, o de mi particular modo de ser. Lo que no significa que cumplí esas tareas a fuerzas, o con disgusto, o con mal humor, porque, por don de Dios, desde el principio percibí ese singular placer que brota del deber cumplido, de la responsabilidad enfrentada con decisión, aun en condiciones adversas y dolorosas. Más aún, incontables veces comprobé que se siente uno mucho más feliz cumpliendo con su respectiva misión superando lo adverso de la propia condición humana y la de las personas y circunstancias que lo rodean. Pero esa felicidad no es la que se percibe con los sentidos, sino la que se comprende con la inteligencia iluminada por la fe.

Ésta es la razón por la que le viene bien a religiosas que ya han vivido fielmente su vocación durante muchos años, lo que describo al principio de este breve enfoque de su vida:

Aquí estamos junto a ti,
agradeciendo al Señor
los mil modos del amor
que tú has vivido hasta aquí;
porque servir aceptaste
sin ninguna condición
y en total inmolación,
sin pensar en tu desgaste.

En efecto, en cualquier modo legítimo de vivir la vida, lo que urge más que otra cosa, es percibir los mil modos de amar a Dios, al prójimo y a uno mismo que conlleva. Eso es satisfactorio y espiritualmente más placentero que las más intensas emociones de tipo meramente sensible. Por supuesto que es muy legítimo disfrutar de cuantas emociones y placeres sensibles trae consigo el cumplimiento de las responsabilidades propias, pero éstos suelen ser muy pocos, por la sencilla razón de que lo sensible es frecuentemente empalagoso, y lo empalagoso termina por generar rechazo. Pero hay que estar alertas para que estas emociones sensibles no produzcan en nosotros una especie de condicionamiento que tarde o temprano nos vaya empujando a eludir lo que no es agradable a los sentidos.

Entendiendo y viviendo así la propia vocación, es como llega uno a percibir que su espíritu se va elevando, acercándose más y más a la altura de la imitación de Cristo, tendiendo a ser perfecto como el Padre celestial:

tu espíritu restrega
con lo agudo de las cumbres;...

Por tal motivo, termino con este buen deseo:

Que te muestre Dios su faz
desde ahora hasta el final;
y, colmándote de paz,
te haga santa muy cabal.

En seguida, el enfoque completo:

Aquí estamos junto a ti;
agradeciendo al Señor
los mil modos del amor
que tú has vivido hasta aquí;
porque servir aceptaste
sin ninguna condición
y en total inmolación,
sin pensar en tu desgaste.

Y así ahora estás cumpliendo
cinco lustros de tu entrega,
que tu espíritu restrega
con lo agudo de las cumbres;
pues por eso tú serviste
con ternura y con cariño
al anciano cuanto al niño,
porque a Cristo en ellos viste.

Y algo que es más importante.
a tugurios y barriadas
a buscar fuiste constante
mil ovejas descarriadas,
conduciéndolas a Cristo,
el llamado Buen Pastor,
que con celo nunca visto
acogiólas con amor.

Que te muestre Dios su faz
desde ahora hasta el final;
y, colmándote de paz,
te haga santa muy cabal.

Vida Entretejida con Gozos y Dolores

Recitar el Santo Rosario es, al mismo tiempo que una excelente alabanza a la Virgen María, en cumplimiento de su predicción de que la llamarían bienaventurada todas las generaciones, también una manera de ahondar, mediante una breve meditación, en los hechos fundamentales de la vida de nuestro Señor Jesucristo, en los que fue acompañado por su Madre, a fin de que nos estimulemos constantemente a imitarlo, dado que no hay otro modo de beneficiarnos con la salvación de Dios, que irnos configurando, mediante nuestros actos internos y externos, a semejanza de Jesucristo, el Hombre nuevo creado por Dios en justicia y santidad verdadera. (Cfr.: Ef 4, 24). De estos pasajes de la vida de Cristo Jesús más relacionados con la Virgen, cinco son gozosos; cinco, dolorosos; y otros tantos, gloriosos.

Ahora bien, por lo mismo que es condición necesaria para salvarnos seguir a Jesucristo, imitando sus ejemplos, debemos estar prontos a aceptar que nuestra vida sea también una conjugación de gozos y de dolores, seguros, por la esperanza cristiana, de que

después de nuestra muerte participaremos de l
glorificación de Él. De persona a persona, cualquie
que sea la vocación eclesial en la que vive, varían l
cantidad y la intensidad de los gozos y dolores de s
vida porque dependen de incontables circunstanci
individuales, así como también de nuestra familia, d
entorno social en que nos desarrollamos y, finalmen
del mismo mundo universo que se rige por propi
leyes naturales.

Como es lógico, cuando una religiosa se sien
obligada a agradecer a Dios haber cumplido veinticin
años de vida consagrada, no puede menos que lanz
una mirada retrospectiva para adquirir mayor y m
clara conciencia de lo que en su peregrinar por
tiempo y el espacio fueron gozos y dolores, por los q
participó de los gozos y dolores del Señor Jesús, s
camino, su verdad y su vida. Así pues, es
pensamiento es el hilo conductor del presente enfoqu

Grande gozo el que hoy te inunda
por tu argénteo aniversario,
que, cual místico rosario,
en dolor y amor abunda.

En efecto, una genuina aspiración a la vi
consagrada, y, con mayor razón, su vivencia, requiere
manera indispensable haber penetrado profundamente
algo que es para nosotros un gran misterio: ¿porqu
para redimirnos, nada menos que el Hijo de Dio
imagen viva del Padre, se hizo hombre para ser suje
de múltiples dolores que culminaron con su inmolaci
en la cruz? Si ya para nosotros que, como dice el R
David, en pecado hemos sido concebidos y en peca
nos dio a luz nuestra madre, (Cfr.: Salmo 50, 7) es
misterio que enfrentemos y padezcamos tantos dolor

¿cuánto más misterioso es el hecho de que nuestra redención, por designio del Padre, se haya realizado padeciendo su Hijo Jesucristo tantos y tan estrujantes dolores?

Por tal motivo, la voluntad de seguir a Jesucristo en cualquier vocación, y mucho más cuando se acepta imitarlo en obediencia, castidad y pobreza, requiere haber percibido y admirado suficientemente el sentido de sus dolores, de los que, sin presunción, queremos participar según la vida los va generando, por una decisión consciente y libre:

Descubriste tú el secreto
de Jesús crucificado,
que en gemido renovado
te invitó a vivir completo
su maravilloso ideal
de más alta perfección
sin ninguna coacción,
sino en libertad cabal.

¡Qué alegría tan intensa cuando la religiosa ha llegado a veinticinco años o más cumpliendo con gran fidelidad su compromiso, aunque seguramente algunas veces le supo a hiel!

Y viviste siempre fiel
a tu santo compromiso,
con amor muy indiviso,
aunque a veces supo a hiel.

Cuando a nuestras penas y dolores les damos la interpretación expiatoria y purificante que para beneficio nuestro les asignó nuestro Señor Jesucristo, aunque parezca una paradoja, es cuando más nos capacitamos

para mantenernos alegres y para difundir y susc
alegría en cuantos nos rodean, especialmente a aqu
que suelen necesitarla más, que son los anciano
tantos niños que viven en situaciones duras:

Derramaste así alegría
con tu entrega y con fervor;
que en ancianos se despliega
cuanto en niños, por amor.

¡Cuántos manjares exquisitos se preparan
ingredientes aparentemente contrarios e incompatib
como lo dulce y lo amargo, lo ácido y lo salado!
mismo modo, la vida que incontables hombre
mujeres vivieron fue entretejida con hec
frecuentemente contradictorios, que fueron los que
hicieron dignos de admiración, además de comprens
con el prójimo. A esto se alude enseguida:

Fue tu vida sucesión
de tabores y calvarios,
pues con mil afanes diarios
prodigaste comprensión,
porque sólo así te forjas
a la imagen de Jesús,
si atraída por su luz,
cargas todas tus alforjas
con mil gozos y dolores
que con otros participas,
de tal modo que anticipas
los celestes resplandores
con que Cristo ya te espera
al final de la jornada,
como grande y bienamada
que le dio su vida entera.

Por lo demás, debemos ser objetivos en todo, de modo que nunca se nos puede pedir que veamos lo blanco de nuestra vida como negro, o lo negro, como blanco; como tampoco que lo amargo nos sepa dulce, y lo dulce, amargo; esto no obstante, si nos iluminamos con la fe, que nos enseña que todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios, (Cfr.: Rom 8, 28), nos convenceremos de que aun lo negro y lo amargo y lo doloroso de nuestra vida concurren a nuestro bien y al bien de toda la comunidad; y entonces nos será fácil no sólo aceptarlos, sino considerarlos como grandes oportunidades de crecer en perfección por las muchas virtudes que nos permiten practicar, a sabiendas de que si ni un vaso de agua dado en nombre de Cristo quedará sin recompensa, mucho menos los grandes y quizá heroicos actos de virtud, tratando de imitar al que es nuestro divino modelo: Cristo. Por eso se hizo alusión al hecho de cargar las propias alforjas con mil gozos y dolores, porque anticipan los celestes resplandores de la gloria eterna.

El enfoque concluye inyectando nuevos bríos a la religiosa, que si ya vivió veinticinco años dando tan bello testimonio, es de esperar que viva no sólo otros tantos, sino muchos más:

Ea, pues, mujer bendita,
corre y vuela en forma rauda,
que Jesús no te defrauda,
pues su gloria es infinita.

Éstos y otros afectos suscita la meditación íntegra del enfoque, que nos ayudan a acelerar el paso a lo largo de nuestro camino:

Grande gozo el que hoy te inunda
por tu argénteo aniversario,
que, cual místico rosario,
en dolor y amor abunda.

Descubriste tú el secreto
de Jesús crucificado,
que en gemido renovado
te invitó a vivir completo
su maravilloso ideal
de más alta perfección
sin ninguna coacción,
sino en libertad cabal.

Y viviste siempre fiel
a tu santo compromiso,
con amor muy indiviso,
aunque a veces supo a hiel.

Derramaste así alegría
con tu entrega y con fervor,
que en ancianos se despliega
cuanto en niños, por amor.

Fue tu vida sucesión
de tabores y calvarios,
pues con mil afanes diarios
prodigaste comprensión,
porque sólo así te forjas
a la imagen de Jesús,
si atraída por su luz
cargas todas tus alforjas
con mil gozos y dolores
que con otros participas,
de tal modo que anticipas

los celestes resplandores
con que Cristo ya te espera
al final de la jornada,
como grande y bienamada
que le dio su vida entera.

Ea, pues, mujer bendita,
corre y vuela en forma rauda,
que Jesús no te defrauda,
pues su gloria es infinita.

Consagrarse a Cristo, Signo de Contradicción

Según refiere San Lucas en su evangelio, "En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: 'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños'." (10, 21). Nuestro Señor Jesucristo alude al contenido del Evangelio por Él anunciado, en cumplimiento de la misión recibida de su Padre, que, como consta, lo rechazaron "los sabios y prudentes", según eran tenidos los escribas y fariseos de su tiempo. Ahora bien, la vida de una persona consagrada al seguimiento de Jesucristo, con el compromiso de vivir en obediencia, castidad y pobreza, es algo que se comprende sólo desde la más amplia profundización y aceptación de lo que Él nos enseñó y nos dio ejemplo. De aquí que este desglose de esa vida que hice cuando profesó por primera vez un grupo de religiosas, empiece así:

Yo te bendigo, Señor,
Padre del cielo y la tierra,

pues lo que a sabios se cierra,
con brillo y gran resplandor
a innumerables mujeres
Tú, bondadoso, revelas
para que enfrenten procelas
con tus divinos quereres.

En efecto, a veces las incomprensiones y lo obstáculos que el mundo opone a quienes desean ir tra de Cristo Jesús deseando alcanzar un alto grado d imitación son tan violentos, que con razón se asemeja a procelas, es decir, a tempestades, que sólo puede enfrentarse con sus divinos quereres; esto es, tratand de corresponder a los mil modos con los que el Seño nos amó y nos sigue amando.

Por otra parte, innumerables veces la palabra de Dio nos advierte la oposición diametral que hay entre la apreciaciones divinas y las humanas, en aspecto fundamentales de nuestra vida. Por eso es conveniente recordarlo cuando se asume el compromiso de la vid consagrada:

Siempre ha habido oposición
del mundo entre los criterios
y de tu amor los misterios,
de los que hago exaltación.

Todos los creyentes en Cristo, y con mayor razón la personas que se sientan invitadas por Él a ingresar a l vida religiosa, deben considerar un verdadero misteri de amor esa singular llamada. Por eso es ta incongruente que parientes o amigos de hombres mujeres que aspiran a la vida religiosa, no pocas veces los califiquen de locos.

Este enfoque continúa mencionando las cosas en l

que se manifiesta más esta oposición entre las visiones divinas y las mundanales. Es necesario que se ponderen detenidamente una por una:

Para el mundo es el placer
lo que vale y lo que cuenta;
para Ti es el padecer
lo que es grande y lo que asienta.

Para el mundo es el orgullo;
para Ti, toda humildad
que es raíz de caridad,
que a quien quiera vuelve tuyo.

Para el mundo es el tener
más y más para gozar;
para Ti, sólo aspirar
a ser más para crecer
en divina perfección,
con tan honda intimidad
que produce identidad
con Jesús, en donación.

Es evidente que, excepción hecha de los avaros, quienes padecen hambre y sed de riquezas, las tratan de saciar para disponer de medios para disfrutar de cuantos placeres se pueda, pues suelen ser costosos. También para satisfacer el deseo de poseer más y más cosas de las muchas que hoy en día nos ofrecen la ciencia y la técnica.

En seguida, se hace referencia a un aspecto que a todos nos debe cuestionar: los caprichos humanos. ¡Cuántos males personales, familiares y sociales se originan en caprichos de toda índole! A todos nos beneficiaría mucho analizarnos bajo este singular punto

de vista: ¿qué caprichos tengo?, ¿a los caprichos d
quiénes estoy sometido y con qué consecuencias?
¿caprichos míos, caprichos de familiares, caprichos d
mis jefes, caprichos de mis gobernantes? Comparémosl
con la actitud de Jesucristo:

El altar y el monumento
de este mundo es el capricho;
para Cristo, es el momento
de la cruz, según ha dicho
San Pablo, pues obediente
por nosotros fue, mas tanto,
que lo quiso muy consciente
hasta la muerte, sin llanto.

En efecto, ¿cuántas veces nosotros u otras perso
relacionadas con nosotros damos como presunta razó
de una actitud o de una decisión tomada, es
respuesta?: ¡Porque me da la gana! Por eso se dice q
el capricho es el altar y el monumento de este mund
porque en ese altar nos inmolamos e inmolamos a l
demás; y, por añadidura, lo exaltamos tanto que, ade
de altar, es también su monumento. Y continúa l
enumeración de las oposiciones:

¿Qué decir de la riqueza
que mundanos atesoran,
mientras que de la pobreza
ni su mérito avizoran?

Por otra parte, es lamentable que hoy en día se exa
tanto lo que se ha dado en llamar liberación sexu
pero que en realidad es un tremendo libertinaje, por
que se aprueban todas las formas de fruición de to
los actos sexuales, prescindiendo en absoluto del ma

monio; y no sólo realizados por hombres y mujeres, sino también por parejas de personas de un mismo sexo, de modo que lo único que hoy se condena es la violencia como medio de someter a alguien para tal fin. Por este motivo se hace una mención particular de esta manera de pensar tan fuera de razón:

¡Cuánto exaltan el placer
por el sexo que se tiene,
y se burlan del querer
castidad que se contiene!

Si refiriéndose a los hombres de todo tiempo Jesucristo advirtió que no todos pueden comprender el mérito de la castidad, hoy en día ésta se vuelve un enorme absurdo para la mentalidad vigente.

Después de citar las más importantes oposiciones que se dan entre las apreciaciones divinas y las humanas, se invita al lector a que descubra la belleza de la actitud que asumen las personas que enfrentan estas oposiciones, de acuerdo a los ejemplos del Señor Jesús:

¡Oh, cuán bello es el sentido
de lo que el Señor proclama
para quien de veras ama
ser por Cristo conducido!

Por este motivo, frecuentemente Dios, por medio de los profetas, nos aclara:

"Son muy propios mis caminos,
de los vuestros, diferentes,
y por eso conducentes
a ideales tan divinos".

Además, no sólo todo aspirante a la vida religio
sino también todos los creyentes, debemos es
convencidos de lo que se expresa en los siguier
versos, que hay que asimilar:

En la vida religiosa
es el eje y la sustancia
aceptar esta distancia,
tantas veces enojosa,
entre el divino pensar
y este mundano sentir;
que jamás ha de impedir
la perfección alcanzar;
pues en tan gran discrepancia
se encuentra siempre razón
de la gran oposición
que da el mundo a tal ganancia.

Termina este enfoque con una especie de santa ar

Así pues, mujeres buenas
que superar quieren penas,
si anhelan cantar victoria
del mundo sobre la escoria,
al emitir sus tres votos
con arranque juvenil,
sean de Cristo el perfil
y de sus actos devotos
muy fieles imitadoras.
Que con sus vidas proclamen
y con servicios derramen
tierno amor, a todas horas.

Ahora se disfrutará mejor el enfoque completo:

Yo te bendigo, Señor;
Padre del cielo y la tierra,
pues lo que a sabios se cierra,
con brillo y gran resplandor
a innumerables mujeres
Tú, bondadoso, revelas
para que enfrenten procelas
con tus divinos quereres.

Siempre ha habido oposición
del mundo entre los criterios
y de tu amor los misterios,
de los que hago exaltación.

Para el mundo es el placer
lo que vale y lo que cuenta;
para Ti es el padecer
lo que es grande y lo que asienta.

Para el mundo es el orgullo;
para Ti, toda humildad
que es raíz de caridad,
que a quien quiera vuelve tuyo.

Para el mundo es el tener
más y más para gozar;
para Ti, sólo aspirar
a ser más, para crecer
en divina perfección,
con tan honda intimidad
que produce identidad
con Jesús, en donación.

El altar y el monumento
de este mundo es el capricho;

para Cristo, es el momento
de la cruz, según ha dicho
San Pablo, pues obediente
por nosotros fue, mas tanto,
que lo quiso muy consciente
hasta la muerte, sin llanto.

¿Qué decir de la riqueza
que mundanos atesoran,
mientras que de la pobreza
ni su mérito avizoran?

¡Cuánto exaltan el placer
por el sexo que se tiene,
y se burlan del querer
castidad que se contiene!

¡Oh, cuán bello es el sentido
de lo que el Señor proclama
para quien de veras ama
ser por Cristo conducido!

"Son muy propios mis caminos,
de los vuestros, diferentes,
y por eso conducentes
a ideales tan divinos".

En la vida religiosa
es el eje y la sustancia
aceptar esta distancia,
tantas veces enojosa,
entre el divino pensar
y este mundano sentir,
que jamás ha de impedir
la perfección alcanzar;

pues en tan gran discrepancia
se encuentra siempre razón
de la gran oposición
que da el mundo a tal ganancia.

Así pues, mujeres buenas
que superar quieren penas,
si anhelan cantar victoria
del mundo sobre la escoria,
al emitir sus tres votos
con arranque juvenil,
sean de Cristo el perfil
y de sus actos devotos
muy fieles imitadoras.
Que con sus vidas proclamen
y con servicios derramen
tierno amor, a todas horas.

Aspirar a la Plenitud de Cristo

El Apóstol San Pablo nos hace saber que Jesucristo "...dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos (todos los fieles) en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo". (Ef 4, 11). El hombre perfecto, al que alude el Apóstol, se entiende, por decir así, el Hombre nuevo del Cristo total, que lo incluye a Él como cabeza y a todos los miembros de la Iglesia, como cuerpo. Pero ese Hombre nuevo integral se logrará en la medida en que todos y cada uno de los incorporados a Cristo por el bautismo, nos vayamos haciendo conformes a la imagen de Él, tal como el mismo Apóstol lo hace notar en su carta a los romanos. (8, 29).

Por tanto, si bien es cierto que cualquiera que sea la vocación de cada uno de los creyentes, todos debemos aspirar seriamente a ser perfectos como el Padre celestial, (Mt 5, 48) y con su gracia es factible que lo

logremos, hay que reconocer que quienes abrazan l
vida consagrada con los tres votos de obediencia
castidad y pobreza, se encuentran, por ese mismo hecho
en situación más propicia para alcanzar más pronta
intensamente tan sublime propósito. De esto debe est
muy persuadida toda religiosa. Pues bien, éste es e
meollo del siguiente enfoque; por eso empieza p
describir el bello gesto de Cristo que la invita a t
seguimiento para que ella lo selle con los voto
perpetuos, después de algunos años de votos temporale

De virtudes por tus ramos,
hoy Jesús te dio un abrazo,
y, ofreciéndote su brazo,
con amor te dijo: ¿vamos?

La religiosa, por los votos perpetuos que está a punt
de emitir o que ya emitió, le corresponde al Señor:

Aceptaste con gran gozo,
y tendiéndole tu mano,
junto a Él, cual buen hermano,
marchas ya con alborozo.

A continuación, se le hace notar a la religiosa qu
debe empeñarse en alcanzar, por lo que a ella toca, l
plenitud de Cristo, tal como quedó asentado antes:

Mas a dónde, bien lo sabes:
a la plenitud de Cristo,
con tu corazón provisto
para que en su cruz lo claves
con los clavos de tus votos
que el martillo de tu amor
va tundiendo con fervor...

Puede parecer muy romántica esta similitud, pero es rigurosamente realista, porque el seguimiento de Jesucristo con el compromiso perpetuo de imitarlo en su obediencia, castidad y pobreza, requiere que el corazón de la religiosa, es decir, toda ella, se sienta comprometida a clavarse en la misma cruz de Cristo; y dado que es moralmente imposible que alcance tan alta cima de un solo salto, tendrá que ir logrando esa crucifixión de sí misma poco a poco, día a día, con todos y cada uno de esos actos de obediencia, castidad y pobreza, motivada por el amor a Dios y a todos los hombres como Cristo nos amó. Por eso se comparan sus votos con tres clavos que la religiosa debe ir tundiendo con el martillo de su amor. De esta manera, ella va rompiendo los innumerables lazos con los que la naturaleza humana caída y el mundo impiden que muchísimas personas aspiren a la vida consagrada:

...mientras van quedando rotos
todos los malignos lazos
que trataban de impedirte
en imagen convertirte
de Jesús, con sus mil trazos.

Es que la riqueza de la persona de Jesucristo es tan rica y tan multifacética, que se requieren mil trazos apenas para esbozarla.

Luego este enfoque alienta más y más a la religiosa para que no decaiga en su estusiasmo, advirtiéndole que enfrentará un sinnúmero de incomprensiones que se originan en muy diversas personas, que en algún caso puede ser alguna de sus hermanas en religión:

No te arredre el mundo ingrato
con sin fin de incomprensiones;

teje tú, sin pretensiones,
un obsequio a Dios muy grato,
realizando así tu vida
como entrega tan sublime
que tus ansias no reprime,
mas libera en gran medida.

Jamás cristiano alguno, y menos si ha seguido a Cristo en la vida consagrada, debe caer en la presunción de sentirse mejor que otros, así le causen molestias o le pongan obstáculos. Por eso se le aconseja que "sin pretensiones" supere todas las incomprensiones. Por esto mismo se le exhorta:

Y si sientes el gran peso
de tu nada sobre ti,
Él dirá: reposa en Mí,
impidiendo el retroceso.

Sólo reposando en Cristo Jesús y apoyándose en Él es posible evitar el retroceso que puede sobrevenir en cualquiera de las tres vocaciones cristianas.

Termina el enfoque exaltando lo valioso que es el destino de quien se ha entregado así a Jesucristo:

Es tu sino así de tanto:
¡de este mundo el odio cruento,
de tu entrega con ungüento,
conviértelo en amor santo!

Así se saborea mejor releer el enfoque completo:

De virtudes por tus ramos,
hoy Jesús te dio un abrazo,
y, ofreciéndote su brazo,
con amor te dijo: ¿vamos?

Aceptaste con gran gozo,
y tendiéndole tu mano,
junto a Él, cual buen hermano,
marchas ya con alborozo.

Mas a dónde, bien lo sabes:
a la plenitud de Cristo,
con tu corazón provisto
para que en su cruz lo claves
con los clavos de tus votos
que el martillo de tu amor
va tundiendo con fervor,
mientras van quedando rotos
todos los malignos lazos
que trataban de impedirte
en imagen convertirte
de Jesús, con sus mil trazos.

No te arredre el mundo ingrato
con sin fin de incomprensiones;
teje tú, sin pretensiones,
un obsequio a Dios muy grato,
realizando así tu vida
como entrega tan sublime
que tus ansias no reprime
mas libera en gran medida.

Y si sientes el gran peso
de tu nada sobre ti,
Él dirá: reposa en Mí,

impidiendo el retroceso.

Es tu sino así de tanto:
¡de este mundo el odio cruento,
de tu entrega con ungüento,
conviértelo en amor santo!

Urge Develar la Grandeza de la Vocación

Como dije al introducirlos, ninguno de los enfoques incluidos en este libro, acerca de la vida religiosa abrazada por mujeres, fue escrito independientemente de la realidad que observé en personas concretas, a lo largo de mi vida sacerdotal, muy especialmente durante los casi treinta y cinco años que ejercí mi ministerio episcopal. No son, pues, producto de meras elucubraciones más o menos imaginadas por mí. Pero, a la vez, comprobé que percibía realidades que se encarnaban en miembros de diferentes institutos femeninos; de aquí que estos enfoques se apliquen más o menos fielmente a muchísimas religiosas, si no es que a todas.

Además, estas impresiones de la vida religiosa las fui acumulando durante la frecuente convivencia de tantas de ellas tan cercanas a mi ministerio, que siempre enriquecieron, apoyaron y aligeraron; así como también cuando fui yo quien las acompañó en tantas y tan diferentes situaciones, acontecimientos y celebraciones. Ésta es la razón por la que algunos de estos enfoques

describen impresiones recibidas en ocasión de emitir ellas sus primeros votos temporales, o los votos perpetuos, o la celebración de bodas de plata y de oro.

Este enfoque lo escribí cuando una religiosa cumplió veinticinco años de vida consagrada, después de haber pasado por penas, enfermedades y dolores que a muchas personas el tiempo nos va revelando. Por tanto, el mensaje que contiene ilumina y alienta a tantas y tantas religiosas que han enfrentado o enfrentarán algo igual o parecido. Para empezar, resalto el carácter predominante de las celebraciones de bodas de plata, que es la gratitud que la misma religiosa quiere manifestarle al Señor; pero no sólo ella, sino también sus familiares, sus hermanas en religión y sus amistades:

Echa a vuelo tus campanas;
que resuenen gratitud,
evangélica virtud
que refuerzan tus hermanas
porque cumples jubilosa
cinco lustros de tu entrega
manteniéndote en la brega,
aunque sufres silenciosa.

En realidad, a todos nos hace falta iluminarnos con todos y cada uno de los episodios de la vida de nuestro Señor Jesucristo, y, en su tanto, con los de la Virgen María, madre de Cristo y madre nuestra:

Fue la Virgen de dolores
la que atrajo tu mirada
que dejote cautivada,
ejemplar de mil amores.

Es decir, las mil formas de amor que María compartió

con su Hijo y por su Hijo, así como también por nosotros; por eso prosigue así:

Tú aceptaste concurrir
imitando su heroísmo
y, venciendo tu egoísmo,
te aprestaste a emitir
los tres votos evangélicos
que, cual clavos de Jesús,
te fijaron en su cruz
entre resplandores célicos.

La siguiente comparación suscita especiales emociones:

Veinticinco son las vueltas
que la tierra ha dado al sol,
mientras tú, en amor envueltas,
de Jesús en el crisol
viertes ansias de subir
paso a paso hasta el Calvario,
para entrar en su santuario
y su corazón henchir
con tu vida, con tu ser,
tu zozobra y padecer.

¡Cuántas veces en la vida, cualquiera que sea nuestra vocación, se levantan tempestades que, como a los Apóstoles en el Mar de Tiberíades, nos arroja a las plantas de Jesús para implorarle: "sálvanos, Señor, que perecemos"! (Mt 8, 25). Porque, en realidad, nos parece que nos estamos hundiendo. Aquí se hace referencia a situaciones semejantes:

Cual los ríos van al mar,
de lágrimas impetuosos,

así encauzas tu penar
hacia mares tempestuosos,
esperando de Jesús
la palabra omnipotente
que produzca la silente
calma, brillo de su luz.
Y del viento cual murmullos
que se filtra en tus rendijas,
tus preocupaciones fijas
de Jesús en los arrullos.

Frecuentemente no valoramos la magnitud del don de la vida, que si aquí en la tierra viene cargada de mil penas, es porque ellas mismas son oportunidades extraordinarias de ser más virtuosos y merecer mayor gloria en la eternidad. A mí personalmente me gusta mucho meditar lo invaluable de este regalo divino, y me estremezco al pensar que pude ser de los incontables hombres que pudieron existir pero nunca existirán. ¡Así quedan radicalmente excluidos de todo! A eso mismo invito a la religiosa:

Haz recuento de los dones
recibidos en tu vida,
porque fuiste la escogida
entre miles de millones
que jamás existirán,
pues la nada donde yacen
les impide que se enlacen
con los que aman y se dan.

A continuación menciono algunos de esos valiosos regalos:

Oh, qué bello es que tú vivas

y conozcas la verdad,
y te adorne la bondad
que te empuja a que convivas
ofreciendo tus servicios
a los que crecer anhelan,
y por ello se rebelan
contra explotación y vicios.

Y no sólo que conozcas
sino irradies la verdad,
difundiendo la bondad,
pulimento de almas toscas.

En efecto, cuando somos bondadosos, nuestra bondad es "pulimento de almas toscas", es decir, de almas rebeldes, amargadas, iracundas, frustradas. ¡Qué grandes oportunidades para practicar el amor comprensivo y compasivo con nuestros prójimos! A todos sin distinción nos exige eso nuestro Señor Jesucristo, y con mayor razón a sacerdotes y religiosos de ambos sexos. Después de hacerle notar este aspecto a la religiosa, le añado una exhortación muy importante:

Por honrada has de tenerte
de Jesús, tu gran Señor,
que extasiada por amor,
consumada quiere verte
y plasmada a semejanza
de su identidad divina,
pues por ello te encamina
con su Espíritu, que alcanza
grandes cimas de virtudes,
cuales ojo nunca vio
ni jamás oído oyó,
cuando generosa acudes.

La grandeza del don de la vida, de la fe cristiana y católica y de la vocación a la vida consagrada por los votos de obediencia, castidad y pobreza, no se puede vislumbrar siquiera si no hacemos un esfuerzo especial para percibirla; por eso, una vez más, exhorto a la religiosa:

¡Lanza ahora tu mirada
y sondea el horizonte,
donde Cristo, sobre el monte,
te proyecta superada,
como quien con sus flaquezas
aumentar sabrá sus fuerzas;
tus ideales nunca tuerzas
más valiosos que riquezas
y que honores a granel;
permanece siempre fiel
cual la Virgen te lo implora,
pues muy cerca está la hora
en que Cristo te corone,
cual San Pablo te lo augura
si tu amor a Dios perdura,
y su fuerza en ti se impone!

Y termino sugiriéndole a la religiosa que confíe en tantas bendiciones divinas. La totalidad del enfoque, pues, devela sobresalientes haces de luz que irradia la vivencia de la vida consagrada:

Echa a vuelo tus campanas;
que resuenen gratitud,
evangélica virtud
que refuerzan tus hermanas
porque cumples jubilosa

cinco lustros de tu entrega,
manteniéndote en la brega,
aunque sufres silenciosa.

Fue la Virgen de dolores
la que atrajo tu mirada
que dejote cautivada,
ejemplar de mil amores.

Tú aceptaste concurrir
imitando su heroismo,
y, venciendo tu egoismo,
te aprestaste a emitir
los tres votos evangélicos
que, cual clavos de Jesús,
te fijaron en su cruz
entre resplandores célicos.

Veinticinco son las vueltas
que la tierra ha dado al sol,
mientras tú, en amor envueltas,
de Jesús en el crisol
viertes ansias de subir
paso a paso hasta el Calvario,
para entrar en su santuario
y su corazón henchir
con tu vida, con tu ser,
tu zozobra y padecer.

Cual los ríos van al mar,
de lágrimas impetuosos,
así encauzas tu penar
hacia mares tempestuosos,
esperando de Jesús
la palabra omnipotente

que produzca la silente
calma, brillo de su luz.
Y del viento cual murmullos
que se filtra en tus rendijas,
tus preocupaciones fijas
de Jesús en los arrullos.

Haz recuento de los dones
recibidos en tu vida,
porque fuiste la escogida
entre miles de millones
que jamás existirán,
pues la nada donde yacen
les impide que se enlacen
con los que aman y se dan.

Oh, qué bello es que tú vivas
y conozcas la verdad,
y te adorne la bondad
que te empuja a que convivas
ofreciendo tus servicios
a los que crecer anhelan,
y por ellos se rebelan
contra explotación y vicios.

Y no sólo que conozcas,
sino irradies la verdad,
difundiendo la bondad,
pulimento de almas toscas.

Esta vida y esta luz
en bondad configurada,
es la que quedó enmarcada
de tus votos en la cruz,
cual llamada a perfección

que conviene que se encuadre
en la imitación del Padre,
de quien brota a profusión.

Por honrada has de tenerte
de Jesús, tu gran Señor,
que extasiada por amor,
consumada quiere verte
y plasmada a semejanza
de su identidad divina,
pues por ello te encamina
con su Espíritu, que alcanza
grandes cimas de virtudes,
cuales ojo nunca vio
ni jamás oído oyó,
cuando generosa acudes.

Lanza ahora tu mirada
y sondea el horizonte,
donde Cristo, sobre el monte,
te proyecta superada,
como quien con sus flaquezas
aumentar sabrá sus fuerzas;
tus ideales nunca tuerzas
más valiosos que riquezas
y que honores a granel;
permanece siempre fiel
cual la Virgen te lo implora,
pues muy cerca está la hora
en que Cristo te corone,
cual San Pablo te lo augura
si tu amor a Dios perdura,
y su fuerza en ti se impone.

Fuera, pues, inhibiciones

de tu vocación tan alta,
ya que el buen Jesús te exalta
con supremas bendiciones.

Ascender a las Cumbres

Cuantas personas profundicen en la visión que el presente enfoque da de la vida consagrada por la vivencia de los votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza, podrá valorarla más en su altísimo idealismo y, a la vez, en su crudo realismo, que de ninguna manera se contraponen entre sí, porque, al contrario, lo excelso de su idealismo surge precisamente de lo crudo que es su realismo. En efecto, esta admirable correlación entre el idealismo y el realismo de una vida, brilló en grado sumo en nuestro Señor Jesucristo. ¿Acaso no nos pasma el exceso infinito de su amor a su Padre y a nosotros por lo duro de los muchos y tremendos episodios de incomprensión, de persecución, de rechazo, de traición, de negación, y, finalmente, de su dolorosísima pasión y muerte? Guardada toda proporción, lo mismo acontece con la vida consagrada; lo cual es sumamente lógico, porque si tal vida consiste en un mayor seguimiento e imitación de Jesucristo, también ha de participar en mayor medida del idealismo y del realismo de la vida que vivió nuestro divino Redentor.

Por tal motivo, este enfoque empieza recalcando que

la vida de la religiosa es una manera admirable de proclamar las grandezas que el Señor obra en ella, precisamente amalgamando de manera prodigiosa los gozos y los dolores que tal vida supone:

Ve y proclama, religiosa,
las grandezas del Señor,
con tu gozo y tu dolor,
amalgama prodigiosa.

A continuación, se le recuerda a la religiosa en qué consiste el llamamiento que Cristo Jesús le hizo:

Él te llama a perfección,
a que asciendas a las cumbres
donde ya las podredumbres
no te infecten con su acción.

Se trata, pues, de un modo de vivir tan alto que se compara con la ascensión a las más altas cumbres de nuestras montañas, para que la religiosa más se aleje de todas las podredumbres que infectan el corazón de tantos hombres y mujeres inmersos en tantos pantanos mundanales.

En seguida, para entusiasmar más a la religiosa, se fija su atención en una muy bella característica que marcó toda la vida de nuestro Señor Jesucristo:

Pues las cimas de los montes
fueron siempre preferidas
y de Cristo muy queridas,
porque ensanchan horizontes.

Es la razón por la que el enfoque va haciendo notar uno a uno los hechos de la vida de Cristo Jesús que

Profunda y gozosa satisfacción de mujeres jóvenes, por haberse comprometido con Cristo Jesús a vivir en obediencia, castidad y pobreza.

tuvieron lugar en un monte:

En un monte fue tentado;
desde un monte predicó;
y en un monte se mostró
todo Él transfigurado.

Fue en un monte donde oró
entre angustias y temores,
invocando con clamores
a su Padre que lo envió.

En un monte se entregó
a la muerte por nosotros,
sin distingos de unos y otros,
pues a todos nos amó.

Fue en un monte esplendoroso
donde, ya resucitado,
se mostró glorificado,
ascendiendo victorioso
ante aquellos sus amigos
que serían sus testigos
del regreso hacia su Padre,
alentados por su Madre.

Llama realmente la atención esta insistente preferenci del Señor Jesús por la que escogió un monte para tod lo que fue sobresaliente en su vida pública. Medit detenidamente cada uno de estos hechos, plantea u grande reto a seguirlo en esta constante ascensión a l más alto de la vocación cristiana, que es la vid consagrada.

Después de la emocionante enumeración de todo l que realizó Jesucristo en las cimas de los montes, se l

hace ver a la religiosa que, entre más se proponga imitar al Señor Jesús, más ha de considerar sus esfuerzos por ser fiel a sus votos, como empeños por ascender a los altos montes de la obediencia, la castidad y la pobreza, de las que Él nos dio tan eximios ejemplos:

Mira, pues, así tus votos
que tú tienes aceptados,
cual tres montes preparados
para empeños tan devotos.

Y a fin de que la religiosa pueda analizar más todo el rico contenido de esta visión de su compromiso, se le mencionan algunas concretas situaciones que seguramente ya ha enfrentado o va a enfrentar, semejantes a las de Jesucristo:

Pues tus votos son los montes
donde vas a ser tentada;
quedarás inmaculada
cuando en Cristo los afrontes.

Y has tus votos de escalar
cual si fueran cimas altas,
donde a Cristo en grande exaltas
con tu ejemplo al predicar.

Y en tus votos, cual Tabor,
has de ser transfigurada,
porque en Cristo transformada
resplandecerá tu amor.

Y serán tus votos montes
donde, como Cristo, orando,

mientras sangre vas sudando,
miedo y pánico confrontes.

Y tus votos son Calvario
do cargando con tu cruz
y eclipsándose tu luz,
morirás un poco a diario.

Y tus votos son las cumbres
donde brota honor y gloria
que, cual premio a tu victoria,
brillan ya con mil deslumbres.

Esta emocionante correlación entre los más notabl hechos de la vida de Jesús con la vivencia de los tr votos religiosos, da una magnífica pauta para medit por largo tiempo. Hasta podrían ser el meollo de to una semana de ejercicios espirituales para u revitalización de tan sublime compromiso.

El enfoque culmina invitando a la religiosa a que, co todos los actos de su vida, vaya dejando una estel como la que en el agua dejan tras de sí los barcos; un rastro, como el que dibujan en el cielo los cuerp luminosos en movimiento; y, a la vez, que viva con Jesucristo nos aconsejó: en espera de su Seño iluminada por su corazón permanentemente en vela:

Ve dejando, pues, tu estela,
cual de Cristo bien amada,
y en espera iluminada,
pon tu corazón en vela.

Sigue el enfoque completo, que invita grandemente ser aprendido de memoria para que la religiosa lo re mentalmente en momentos de concentrada oración, co

después de comulgar, o cuando enfrente las naturales y a veces intensas rebeldías infaltables en esta vida que Job describe como continua guerra. (Cfr.: Job, 7, 1).

Ve y proclama, religiosa,
las grandezas del Señor;
con tu gozo y tu dolor;
amalgama prodigiosa.

Él te llama a perfección,
a que asciendas a las cumbres
donde ya las podredumbres
no te infecten con su acción.

Pues las cimas de los montes
fueron siempre preferidas
y de Cristo muy queridas,
porque ensanchan horizontes.

En un monte fue tentado;
desde un monte predicó;
y en un monte se mostró
todo Él transfigurado.

Fue en un monte donde oró
entre angustias y temores,
invocando con clamores
a su Padre que lo envió.

En un monte se entregó
a la muerte por nosotros,
sin distingos de unos y otros,
pues a todos nos amó.

Fue en un monte esplendoroso
donde, ya resucitado,
se mostró glorificado,
ascendiendo victorioso
ante aquellos sus amigos
que serían sus testigos
del regreso hacia su Padre,
alentados por su Madre.

Mira, pues, así tus votos
que tú tienes aceptados,
cual tres montes preparados
para empeños tan devotos.

Pues tus votos son los montes
donde vas a ser tentada;
quedarás inmaculada
cuando en Cristo los afrontes.

Y has tus votos de escalar
cual si fueran cimas altas
donde a Cristo en grande exaltas
con tu ejemplo al predicar.

Y en tus votos, cual Tabor,
has de ser transfigurada,
porque en Cristo transformada
resplandecerá tu amor.

Y serán tus votos montes
donde, como Cristo, orando,
mientras sangre vas sudando,
miedo y pánico confrontes.

Y tus votos son Calvario

do cargando con tu cruz
y eclipsándose tu luz,
morirás un poco a diario.

Y tus votos son las cumbres
donde brota honor y gloria
que, cual premio a tu victoria,
brillan ya con mil deslumbres.

Ve dejando, pues, tu estela,
cual de Cristo bien amada,
y en espera iluminada,
pon tu corazón en vela.

Fe Grande para un Grande Compromiso

Esta reflexión trata de enfocar el perfil de una religiosa que ya ha traspuesto los cincuenta años dando ese bello testimonio, entregada a servir a los pobres por su amor a Cristo Jesús. Sin un propósito consciente, no es fácil descubrir, tras el aspecto consumido y surcado de arrugas que presenta la religiosa anciana, siquiera un vislumbre del gran resplandor de Jesucristo que en ella empezó a reflejarse el día de sus primeros votos, y que a medida que pasaban los años se fue intensificando hasta obrar una transfiguración no de su apariencia exterior, sino de su espíritu, prenda de la refulgente gloria con que Jesucristo la premiará al trasponer los dinteles de la muerte.

Por tal motivo, después de resaltar varios aspectos de su entrega, le recalco a la religiosa lo siguiente:

Y con vida de pobreza
diste grande testimonio
de que no es tu patrimonio
la ambición de la riqueza;

sino el gozo y la alegría
de ser pobre, como Cristo,
con tu espíritu provisto
de esperanza que confía
en promesas de Jesús:
quien por mí se hiciere pobre
y renuncia a lo que sobre,
lo iluminará mi luz
y será muy rico en gracia
de mi filiación divina
que, muy fácil se adivina,
con mi Padre lo congracia.

En efecto, sólo ahondando en apreciaciones como ésta se podrá comprender la grandeza real, tan frecuentemente oculta, de una vida como la que se está describiendo. Y, además, tal apreciación no puede lograrse sin una fe viva y actuante como la que requirió la misma religiosa. Por eso continúa la reflexión:

Todo tuvo su principio
en tu fe tan generosa,
que al hacerte religiosa
y de Cristo participio,
incidiste en actitudes
de quien dijo para ti:
bien aprende tú de mí
y practica las virtudes
que viví yo: la humildad
y la grande mansedumbre
que te forja en reciedumbre
y te ensancha en caridad.

De aquí que la reflexión culmine con una invitación

que, cualquiera que sea el tiempo que aún le quede de vida a la religiosa, mantenga inmutable el "sí" que le dio al Señor, y con un entusiasmo que merezca ser calificado de frenesí:

Que tu vida siempre encuadre
expresándose en un sí;
y consuma en frenesí
tus promesas a Dios Padre.

Y hasta que del tiempo partas
para entrar en vida eterna,
Cristo quiere que compartas
grande gloria sempiterna.

Éste es, pues, el enfoque íntegro:

Ya cumpliste, generosa,
medio siglo de tu entrega
a servir, sin ser medrosa,
pues tal fue tu larga brega.

Y fue aquesto lo que Cristo
vino a hacer entre nosotros:
a servirnos a unos y otros
cual jamás se había visto.

Pues Él dijo claramente:
yo no vine a ser servido;
tengan todos entendido
que a servir únicamente.

Y en función de tal servicio
te invitó a emitir tus votos,

con los que, sin alborotos,
a tu afán le diste inicio.

Pues viviendo en castidad
renunciaste a la familia,
porque poco se concilia
con tan amplia caridad
que hay que dar en este mundo
a los pobres y oprimidos,
que reclaman, consumidos,
con su sino tremebundo.

Y sumisa a la obediencia,
renunciaste a tus quereres
realizando tus quehaceres
con gran gozo y más paciencia,
de tal modo que los viste
cual la voluntad divina
que percibe quien camina
tras de Cristo, y no resiste.

Y con vida de pobreza
diste grande testimonio
de que no es tu patrimonio
la ambición de la riqueza;
sino el gozo y la alegría
de ser pobre, como Cristo,
con tu espíritu provisto
de esperanza que confía
en promesas de Jesús:
quien por mí se hiciere pobre
y renuncia a lo que sobre,
lo iluminará mi luz
y será muy rico en gracia
de mi filiación divina

que, muy fácil se adivina,
con mi Padre lo congracia.

Todo tuvo su principio
en tu fe tan generosa,
que al hacerte religiosa
y de Cristo participio,
incidiste en actitudes
de quien dijo para ti:
bien aprende tú de mí
y practica las virtudes
que viví yo: la humildad
y la grande mansedumbre
que te forja en reciedumbre
y te ensancha en caridad.

Que tu vida siempre encuadre
expresándose en un sí;
y consuma en frenesí
tus promesas a Dios Padre.

Y hasta que del tiempo partas
para entrar en vida eterna,
Cristo quiere que compartas
grande gloria sempiterna.

Visión Global de la Vida Consagrada

Monseñor Baudelio Pelayo Brambila fue muy celoso y activo sacerdote, ordenado para la entonces Diócesis de Chihuahua; y siendo párroco de la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Ciudad Juárez, fundó la Congregación de Misioneras de María Dolorosa, y, para el efecto, invitó a un puñado de mujeres muy fogueadas en el apostolado parroquial. Fue aprobada en Roma por la Congregación para los religiosos, el 24 de febrero de 1947; y su erección canónica, realizada por el entonces Obispo de Chihuahua, D. Antonio Guízar y Valencia, fue el 15 de septiembre del mismo año. Durante todos estos años, las Misioneras de María Dolorosa, como tantas y tantas otras congregaciones religiosas femeninas, han sido una gran bendición para algunas circunscripciones eclesiásticas de la Iglesia Mexicana y de alguna otra nación, y, en particular, para la ahora Diócesis de Ciudad Juárez.

Cuando la Congregación cumplió treinta años de fundación, el 24 de febrero de 1977, me invitaron, como de costumbre, a celebrar la Santa Misa en acción

de gracias a Dios, y me vino el deseo de escribir e verso la homilía respectiva. Con la ayuda del Espíri Santo redacté lo que aquí se transcribe. En realidad, e contenido de la homilía es totalmente aplicable, punt por punto, a las religiosas de todas las congregacione femeninas, porque después de pocos versos d introducción, menciono una serie de actitudes que toda las religiosas, sin distinción, deben observar para que s compromiso de imitar más estrechamente a Jesucristo, estimuladas por el ejemplo de la Virgen María, alcanc altos grados.

Por lo mismo que es larga la enumeración de la actitudes que las religiosas deben asumir, y porque cad actitud, de por sí, da pie a una amplia profundización y aplicación a la vida real, si describiera estas múltiple aplicaciones, sería demasiado largo este comentario introductorio; por tal motivo, sólo haré alguna recomendaciones para quienes van a leer esta homilía, haciendo notar que, si bien es cierto que su contenido, en su totalidad, es solamente válido para las religiosas, en muy notable parte también lo es para todo creyente, pues seglares de ambos sexos que la escucharon, espontánea y unánimemente manifestaron que se sintieron iluminados y estimulados para tomarlo en cuenta, pues también les era necesario en su vida matrimonial y familiar. Más aún, fueron seglares de ambos sexos, al escuchar varios enfoques de la vida consagrada, quienes me insistieron y me animaron a publicarlas porque a ellos también les beneficiarían. Por lo demás, el mandato categórico de nuestro Señor Jesucristo: "Sean ustedes perfectos como su Padre celestial", (Mt 5, 48), es universal, válido para todos los discípulos, cualquiera que sea la vocación que hayan elegido para seguirlo; aunque, por supuesto, con las diferencias pertinentes.

Estas son, pues, las recomendaciones para profundizar y beneficiarse más del contenido de este amplio enfoque de la vida consagrada:

1) Primero, conviene leer toda la homilía lentamente para obtener una visión global de las actitudes requeridas para imitar más de cerca al Señor Jesús, y, a la vez, tomar nota de las que le vayan interesando más al lector. Así percibirá que toda la reflexión parte del supuesto de que su contenido provocará el interés sólo de aquellas personas muy decididas a imitar estrechamente a Jesucristo, estimuladas por el ejemplo de la Virgen María, pues fue ella la que más imitó a su divino Hijo; y, además, porque María es madre de todos los creyentes cuya principal misión es enseñarnos a imitarlo a Él.

2) Tomar nota de que todas y cada una de las actitudes que se mencionan y que hay que asumir, van precedidas de la preposición "si", que significa "condicionalidad", de modo que, en su conjunto, en la persona interesada quede esta persuasión: sólo si actúo de acuerdo a todas y cada una de las maneras aquí descritas, podré cumplir mi compromiso de imitar a Jesucristo.

3) A quienes deseen tener una idea más clara del compromiso que asume cada religiosa, les será muy útil y hasta necesario ponderar detenidamente actitud tras actitud; lo que a la vez les servirá para que, si ellos viven en otra vocación eclesial, descubran las que son aplicables a su propio estilo de vida, que serán no pocas.

En efecto, ¿en cuál de las otras dos vocaciones eclesiales no es necesario tomar en cuenta actitudes como las siguientes?:

Si en afectos no te engríes

ni te oprimen aficiones
que se vuelven maldiciones
si en mal fuego tú las fríes.

Esto es necesario tanto en la vida matrimonial como en la sacerdotal, porque es tan fácil dejarse llevar de afectos desordenados, ajenos o contrapuestos al compromiso asumido para seguir a Jesucristo. E igualmente las que siguen:

Si tú nunca te rebelas
contra voluntad divina,
como aquél que va y camina
encendidas bien sus velas,
porque antorcha es a tus pies
la palabra superior,
la que cumples con ardor
porque a Dios en ella ves.

Si jamás tu mente olvida
con oración y constancia
animar y dar fragancia
de tu espíritu a la vida,
para que no desfallezca
ni muera de inanición,
antes con tal nutrición
se renueve y mucho crezca.

Si conciencia clara tienes
de que cuenta Dios contigo
y de que es muy buen amigo
que comparte muchos bienes
entre afanes y dolores,
pues no siempre son mejores
los que gozos mil producen;

son más bien los que conducen
a semejanza más fiel
de Jesús, el Cristo, su Hijo,
a quien el Padre bendijo
por el grande amor aquel
con que Él amó hasta la muerte,
que fue una muerte de cruz
que abrió camino a la luz,
y que cambió nuestra suerte.

Y así otras más. A continuación, pues, se transcribe el texto completo:

Misionera dolorosa,
que, siguiendo tú a María,
te propones, fuerte, pía,
ser su imagen muy graciosa,
deja que ella, por mi boca,
hoy te indique el modo cierto
con que en el común concierto
a tal meta te convoca.

Si tú vives y mejoras
el valioso testimonio
de aquel santo matrimonio
que con Cristo siempre añoras,
realizado en caridad,
con tu gran fidelidad.

Si convences con tus votos
que tú imitas a Jesús,
como guiada por su luz,
sin lamentos ni alborotos.

Si ser pobre, para ti
sigue siendo grave urgencia
que despierte la conciencia
de usar bien de lo de aquí.

Si en afectos no te engríes
ni te oprimen aficiones
que se vuelven maldiciones
si en mal fuego tú las fríes.

Si tú nunca te rebelas
contra voluntad divina,
como aquél que va y camina
encendidas bien sus velas,
porque antorcha es a tus pies
la palabra superior;
la que cumples con ardor
porque a Dios en ella ves.

Si jamás tu mente olvida
con oración y constancia
animar y dar fragancia
de tu espíritu a la vida,
para que no desfallezca
ni muera de inanición,
antes con tal nutrición
se renueve y mucho crezca.

Si con plácida lectura
queda el alma en gran medida
anhelante, e invadida
por propósitos de altura
de imitar a grandes santos
que brillaron en virtudes
y en valientes actitudes,

superando males tantos.

Si conciencia clara tienes
de que cuenta Dios contigo,
y de que es muy buen amigo
que comparte muchos bienes
entre afanes y dolores,
pues no siempre son mejores
los que gozos mil producen;
son más bien los que conducen
a semejanza más fiel
de Jesús, el Cristo, su Hijo,
a quien el Padre bendijo
por el grande amor aquel
con que Él amó hasta la muerte,
que fue una muerte de cruz
que abrió camino a la luz,
y que cambió nuestra suerte.

Si es profundo tu sentido
de familia en comunión,
que hace a tu Congregación
paraíso previvido.

Si das trato a tus hermanas
con servicio y mucho aprecio;
si no das un menosprecio
ni a las que ya peinan canas.

Si te llevas bien con todas
sin que tengas preferencias,
ni te apegas a querencias
porque a tiempo tú las podas.

Si no celas a ninguna;

si comprendes sus defectos
y perdonas sus efectos
con caridad oportuna.

Si decir verdad tú quieres
aunque fuere contra ti;
si cuando andas por ahí
ser sincera tú requieres.

Si ante todo, misionera,
el mensaje tú proclamas,
y a los hombres mucho inflamas
en la forma más certera
que los lleva a conversión,
revistiéndolos de Cristo
como nunca se haya visto
porque grande es su expiación.

Si te esfuerzas noche y día
en servir a los más pobres
sin que a Cristo nada cobres
más que su sabiduría.

Si nada a tu cruz rebajas,
antes bien, con gozo cargas,
y tú en Cristo te recargas
aceptando aun migajas.

Si ser grande no ambicionas
ni tampoco poderosa,
sino muy pequeña cosa;
si tú nada condicionas,
todo aceptas y bien haces
y rechazas las falaces
sugerencias del maligno;

si tu corazón, benigno,
servir quiere a otros Cristos
que se encuentran desprovistos
de su dignidad humana;
si ser quieres buena hermana
para todos cuantos penan,
prodigándoles consuelo,
levantándolos del suelo
donde todos los condenan.

Si gozosa condesciendes
y dialogas muchas veces;
si el buen trato favoreces
y un gran puente a todos tiendes.

Si practicas la autocrítica
para evaluarte mejor;
si tú aceptas con honor,
de quien venga, sana crítica.

Si desechas la tristeza
que es cultivo tan propicio
para tanto maleficio
que cosecha la flaqueza.

Si cobarde no te sientes
para enfrentar los obstáculos
con que el mundo y sus tentáculos
de ideológicas corrientes
te confunden y aprisionan
y tu vida condicionan.

Si, tentada, no te engañas
retractando tú la ofrenda
que en oblación estupenda

brotara de tus entrañas,
encarnada en tus tres votos
que rompió mezquinos cotos.

Si optimista tú te muestras;
si sonríes y no lloras;
si el amor en todo imploras;
si valiente ser demuestras.

Si para que en ti haya paz
tú te esfuerzas y trabajas,
y a tus mil pasiones bajas
las domeñas cuanto más.

Si la lengua tú gobiernas
con un juicio muy discreto,
con el que, al guardar secreto,
todo el bien, del mal disciernes.

Si prodigas amistad
altruista y benevolente,
y no la concupiscente
que busca la utilidad.

Si tu sensibilidad,
por intensa y delicada,
no la empleas, ponderada,
contra ti en vana crueldad,
recalcando enormemente
tus angustias y dolores
con fantásticos colores
que dibujas en tu mente.

Si tu intuición femenina
no se vuelve suspicacia,

mas se muestra toda gracia
en las penas que adivina
para correr al encuentro
de cuantos sufren y lloran
y sus desgracias deploran
de su espíritu muy dentro.

Si un gran celo te consume
por lo que la fe resume:
todo hacer por puro amor
y entregarte con fervor
a reconstruir el mundo
torturado con sevicia
e inundado de injusticia
por un odio que es profundo,
tú irás bien por el camino
que es Jesús, Hijo divino,
acatando su precepto
que expresó en aquel concepto:
sé perfecto como el Padre,
el Eterno y celestial;
es la forma más cabal,
con María, que es tu Madre,
de alcanzar en plenitud
tu anhelada beatitud.

Admiremos a la Religiosa

Recientemente vino a entrevistarme un grupo de jóvenes de ambos sexos, del tercer diplomado en habilidades en consultoría de una gran empresa maquiladora, porque les asignaron entrevistar a líderes de la comunidad, a fin de suplicarles que contestaran un cuestionario de catorce preguntas. Una de las preguntas fue la siguiente: "En el ejercicio de su liderazgo, ¿cuál es su mayor fuerza y su más grande debilidad?" Mi respuesta fue rápida y categórica porque surgió de una larga experiencia íntima: "Mi mayor fuerza es sentirme muy amado de Dios y muy amado del pueblo; y mi mayor debilidad, la común y corriente de los cinco mil quinientos millones de hombres que habitamos este planeta, porque estoy sujeto a limitaciones, a temores y angustias como las de todos".

En efecto, lo que dije de mí, es válido para toda otra persona, cualquiera que sea su condición y su estado de vida: para ser permanentemente fuertes, debemos sentirnos amados de Dios, porque Él nunca deja de amarnos, así seamos pecadores; y muy amados al menos de la mayoría de cuantos nos rodean, nos tratan o se benefician de nuestros servicios. Esto mismo, pues, y

aun más, es válido para religiosas.

Empecé haciendo este comentario porque deseo que todos los que lean este modesto libro, comprendan que el amor y la estimación de los miembros de la comunidad católica es elemento valioso, y añado que indispensable para que abunden y perseveren las vocaciones a la vida religiosa, como también la sacerdotal. Es cierto que no pocas veces hay que aprender a vivir respaldados sólo por el incondicional y permanente amor de Dios; pero ordinariamente hablando, el amor del pueblo es también indispensable.

Es éste el motivo por el que doy principio a este enfoque con estas palabras:

Yo te alabo, humilde hermana,
y te admiro grandemente
porque vives muy consciente
en la forma más humana,
tus tres votos religiosos
que sellaron bien tu entrega
que Jesús con sangre riega
y los vuelve esplendorosos.

¡Hay que alabar, hay que admirar constantemente lo bueno, lo digno, lo generoso, lo heroico en quienquiera que lo viva, ya sea en el matrimonio, en la vida religiosa o en la sacerdotal, y más si lo pone al servicio del prójimo, en general, y de los pobres, en particular! ¡Qué grande responsabilidad la de aquellos que, lejos de dar alientos, asesinan con su indiferencia, si no es que también con sarcasmos, los más bellos propósitos. Por eso el enfoque continúa así:

Porque el mundo ha de entender
que la vida religiosa

no envilece ni destroza
tu condición de mujer;
antes mucho la levanta,
la embellece y dignifica,
como Cristo testifica,
impulsándote a ser santa;
¡y por ello grande gloria
te promete Jesucristo,
como nunca nadie ha visto,
por lograr tan gran victoria!

Ojalá todos mereciéramos uno de estos epitafios: "nunca mató una ilusión"; "siempre alentó al pusilánime"; "encendió una luz donde había tinieblas"; "alentó todo noble empeño".

He aquí el breve enfoque:

Yo te alabo, humilde hermana,
y te admiro grandemente
porque vives muy consciente,
en la forma más humana,
tus tres votos religiosos
que sellaron bien tu entrega
que Jesús con sangre riega
y los vuelve esplendorosos.

Porque el mundo ha de entender
que la vida religiosa
no envilece ni destroza
tu condición de mujer;
antes mucho la levanta,
la embellece y dignifica,
como Cristo testifica,
impulsándote a ser santa;

¡y por ello grande gloria
te promete Jesucristo,
como nunca nadie ha visto,
por lograr tan gran victoria!

¡Un "sí" a Cristo; Muchos "no" al Mundo!

A lo largo de mi vida, como cualquiera otra persona en la suya, he comprobado la estrecha y muy necesaria relación que existe entre nuestros "sí" y nuestros "no". De la palabra "sí" dependen todas las decisiones importantes de la vida: "sí" quiero contraer matrimonio, prepararme para tal arte, oficio o profesión; como también, en mi caso, ser sacerdote. Y, por supuesto, se requiere otro grande y definitivo "sí" para ser religiosa. Pero en todos esos casos hay que estar conscientes que para cumplir un "sí" se requieren muchos "no" que muy frecuentemente no nos atrevemos a pronunciar. Esto es lo que hace que muchas personas fracasen en su "sí", porque nulifican o disminuyen en mayor o menor medida el grado de perfección con que debieron cumplirlo.

Efectivamente, uno o varios "no" que debimos decir y no fuimos suficientemente valientes para manifestarlos y cumplirlos, fragmentan nuestros "sí" reduciéndolos a mitades o a cuartos de "sí"; lo que implica, en la realidad, que muchos sean medio o un cuarto de perso-

nas humanas, medio o un cuarto de esposos, padres de familia, médicos, abogados, artistas, artesanos, gobernantes, sacerdotes o religiosas. Que cada quien discierna allá en lo íntimo de su conciencia, donde el hombre se encuentra a solas con Dios, si es íntegro o medio o un cuarto de lo que se propuso ser. Pero también lo pueden decir las personas para quienes debemos ser aquello que nos propusimos con nuestros respectivos "sí".

Pues bien, el hilo conductor del siguiente enfoque es precisamente esta interrelación entre el "sí" que la religiosa le da a Cristo Jesús y los muchos "no" que debe decirle a todo lo que representa lo negativo o lo menos bueno del mundo:

Hora grande se avecina,
hora de decir que sí
y que no, con frenesí,
a tu vocación divina.

Porque has de acatar; por cierto,
aquesta evidente cosa,
pues ser buena religiosa
es conjugar con acierto
el decir que sí y que no,
como aquél que a Cristo amó.

Y prosigue explicando cómo se vive esta interrelación en cada uno de los tres votos propios de la vida religiosa:

Por eso dijiste sí,
con Jesús, a la pobreza;
y que no, a la riqueza,
aunque fuera un potosí.

Y que sí a la castidad,
por perfecta en su entereza;
y que no, con su nobleza,
a conyugal caridad.

Nótese que aquí se aclara que el matrimonio, es decir, el amor, la caridad conyugal que liga a los esposos, es algo noble, para que nadie piense que emitir voto de castidad por el que se renuncia al matrimonio, significa que se desprecia o minusvalora ese sabio y fundamental compromiso humano mediante el cual surge la familia instituida sólida y dignamente, al que, por añadidura, Jesucristo elevó a la dignidad de sacramento, es decir, señal o signo sagrado de su grande amor que lo liga a su Iglesia y del amor de la Iglesia que la liga a Él.

Y un sí libre a la obediencia,
como Cristo, en humildad;
y que no a la libertad,
aunque es grata a la conciencia.

Nuestro Señor Jesucristo recalcó esta interrelación entre el "sí" que debemos darle a Él, y los muchos "no" que debemos darle al mundo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". (Mt 16, 24). ¿Qué mayor "sí" y más excelente puede pronunciar una persona que decir "sí" voy tras de Cristo Jesús, camino, verdad y vida? Sin embargo, de tales palabras se deduce que no podemos decir "sí" a Jesucristo, si antes no pronunciamos numerosos "no" a todo cuanto en cada uno de nosotros nos impide peregrinar por las rutas de la verdad, de la justicia y del amor.

Por otra parte, el seguimiento de Jesucristo no puede realizarse más que por los espacios que nos brinda este

mundo y sólo durante el tiempo que durará nuestra vida, de acuerdo a nuestra herencia genética, a nuestros hábitos de comer, beber, dormir, trabajar y divertirnos; así como también cuanto lo permitan las leyes naturales de este planeta, sujeto a terremotos, ciclones e inundaciones; e inmersos en la complejidad del estilo de vida a la que nos han llevado los adelantos de la ciencia y de la técnica, por las que estamos expuestos a guerras sangrientas y a una gran variedad de accidentes; a lo que todavía hay que añadir la creciente posibilidad de que seamos víctimas de homicidios.

Seguir a Jesucristo, pues, exige una especial actitud y un comportamiento congruente aptos para compaginar las normas del Evangelio con cualquier estado de vida honesto. Por consiguiente, el "sí" dado a Jesucristo implica innumerables "no" a las sugerencias y tentaciones surgidas de lo que la palabra de Dios dice que son las fuentes de todo lo que pervierte y desintegra a la persona humana, que son los bajos apetitos, los ojos insaciables que llevan al consumismo desbordado, y la arrogancia del dinero. (Cfr.: 1 Jn 2, 16). Ahora bien, el "sí" dado a Jesucristo por la religiosa es tan alta e intensamente comprometedor, que lo sella con los votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza. En el enfoque se alude a esta enseñanza del Señor Jesús:

Pues lo dijo Jesucristo
con claridad meridiana
que de su vida dimana:
tenga quienquiera previsto
decirse que no a sí mismo,
si tomar su cruz quisiera
cuando el camino emprendiera
tras de mí, con heroísmo.
Y éste es el sí más rotundo

que puedes dar en el mundo.

¿De dónde debe obtener la mujer que aspira a ser religiosa la fuerza necesaria para pronunciar tan decisivo y contundente "sí" y los consiguientes e innumerables "no"? Porque sabemos que nosotros, por naturaleza, carecemos de energía para tan bello compromiso que requiere una especial fortaleza. ¡De su fe y su amor a Cristo, en correspondencia al de Él, que la amó hasta la muerte, capacitándola para servir tal como Él, que no vino a ser servido, sino a servir!:

Y si tu luz se te opaca
porque la carne te es flaca,
como yo mismo la afronto,
que tu espíritu esté pronto
a vivir de fe y amor,
y a servir, como el Señor.

En seguida, el enfoque completo:

Hora grande se avecina,
hora de decir que sí
y que no, con frenesí,
a tu vocación divina.

Porque has de acatar, por cierto,
aquesta evidente cosa,
pues ser buena religiosa
es conjugar con acierto
el decir que sí y que no,
como aquél que a Cristo amó.

Por eso dijiste sí,

con Jesús, a la pobreza;
y que no, a la riqueza,
aunque fuera un potosí.

Y que sí a la castidad,
por perfecta en su entereza;
y que no, con su nobleza,
a conyugal caridad.

Y un sí libre a la obediencia,
como Cristo, en humildad;
y que no, a la libertad,
aunque es grata a la conciencia.

Pues lo dijo Jesucristo
con claridad meridiana
que de su vida dimana:
tenga quienquiera previsto
decirse que no a sí mismo,
si tomar su cruz quisiera
cuando el camino emprendiera
tras de mí, con heroísmo.
Y éste es el sí más rotundo
que puedes dar en el mundo.

Y si tu luz se te opaca
porque la carne te es flaca,
como yo mismo la afronto,
que tu espíritu esté pronto,
a vivir de fe y amor,
y a servir, como el Señor.

Con María, Comprometidas con Cristo

Todas las órdenes y congregaciones religiosas tienen en común vivir en comunidad, con el fin de imitar más fácil y prontamente a Jesucristo, viviendo en obediencia, castidad y pobreza. Lo que distingue unas de otras es su finalidad fundamental, algunas características de su espiritualidad, salvaguardada la esencial de tratar de ser perfectos como el Padre celestial, imitando a Jesucristo; el propósito de servir en determinado territorio y, por supuesto, el nombre que escogen. Sin embargo, no pocas coinciden aun en su finalidad fundamental, como instruir y educar en escuelas de todos los grados.

El enfoque que voy a comentar, lo escribí cuando la Congregración de Misioneras Carmelitas de Santa Teresa cumplió setenta y cinco años de fundación. Fue instituida con doble finalidad: prevalentemente la de educar a niños y jóvenes en escuelas por ellas dirigidas, y atender enfermos en hospitales propios o en otros que solicitaran sus servicios. El contenido del enfoque interesa a muchas religiosas que tienen la misma finalidad, y aun a todos los miembros de la

Iglesia, porque les permite profundizar y apreciar más esos servicios. Por tal motivo, después de aludir a lo común de todas las religiosas, resalto la importancia de esta doble finalidad:

Porque Él busca a cuantos quieren
ayudar a bien crecer;
pues así lo han menester
quienes todo lo requieren;
y vosotras bien sabéis
que estos tales son los niños
que, abrumados de cariños,
a lo grande promovéis,
mientras crecen en edad,
a que vivan siempre en gracia
y no caigan en desgracia
practicando la maldad.

Reconociendo los grandes méritos de tantos educadores laicos de ambos sexos, casados o no, es indudable que educar, siendo miembro de una congregación religiosa, añade valiosas ventajas, porque en tan importante tarea está comprometida toda la institución, la que, aparte de apoyar y supervisar más de cerca la labor de cada uno de sus miembros, también acumula mucha experiencia a medida que pasan los años enseñando en muy variadas regiones y países, a veces de los cinco continentes. Además, cuando alguien cumple una misión de cualquiera índole, motivado intensamente en su anhelo de imitar más y más a Cristo, cuenta con esta fuente adicional de mayor sentido de responsabilidad y de entusiasmo. Por eso continúa así el enfoque:

Y por eso el triple voto
que ofrecéis a Jesucristo,

con el què dejáis provisto
vuestro corazón devoto
para ser educador
que bien sabe modelar,
aspirando a madurar
con afecto y con amor,
a las almas juveniles
que por cientos y por miles
a vosotras os confían
quienes de otros no se fían.

En seguida se ponderan algunas características de tal educación:

¿Quién que oiga y por sí vea
y esta gran labor sondea,
no comprende la razón
de tan grande inmolación
que en servicio tan paciente
con entrega muy consciente
realizáis por años largos,
siendo a veces muy amargos?

¿Quién que sepa lo que os cuesta
renunciar a propios hijos,
para que con ojos fijos,
y con frente muy enhiesta
vayáis siempre tras los de otros
cuando corren como potros
inculcándoles verdad,
no verá la caridad?

Ahora se hace referencia a la atención prestada a los enfermos:

Y atendéis también enfermos
de dolores y flaquezas,
y sembráis delicadezas
en sus corazones yermos
donde, fértiles, florezcan
bellas flores de esperanza,
la que ciertamente alcanza
que sus almas no perezcan;
pues si acaso en este suelo
no recobran su salud,
lograrán su beatitud
adentrándose en el cielo.

Es un hecho frecuente y muy lamentable que ni los familiares ni quienes le prestan servicios hospitalarios se preocupen por la salud espiritual de un enfermo, ni siquiera cuando hay riesgo o certeza de muerte, a pesar de ser tan alto el porcentaje de personas que no viven en amistad con Dios, cuyo destino, en tal caso, es quedar excluidos de su salvación; por tanto, aparte de que el compromiso de imitar en alto grado al Señor Jesús capacita más para ser más pacientes, amables y comprensivos con los enfermos, la religiosa enfermera siempre está atenta a exhortar a sus enfermos a abrirse a la misericordia divina, para que se reconcilien y se santifiquen con la gracia de Jesucristo que nos comunican los sacramentos; y así, si llegara a suceder, mueran en santa paz con su conciencia y con el Padre celestial.

Finalmente, después de hacer notar otros valiosos aspectos de la vivencia de tales religiosas y manifestarles la admiración que merecen, doy fin al enfoque con palabras de aliento.

Es estimulante leer y meditar el enfoque completo:

Es grande la vocación
a la que fuistéis llamadas,
por la que sois consumadas
de Cristo en la imitación.

Y cuando Cristo os llamó,
os dejásteis atrapar;
aceptando os entregar
como Él mismo se entregó.

Porque Él busca a cuantos quieren
ayudar a bien crecer;
pues así lo han menester
quienes todo lo requieren;
y vosotras bien sabéis
que estos tales son los niños
que, abrumados de cariños,
a lo grande promovéis,
mientras crecen en edad,
a que vivan siempre en gracia
y no caigan en desgracia
practicando la maldad.

Y por eso el triple voto
que ofrecéis a Jesucristo,
con el que dejáis provisto
vuestro corazón devoto
para ser educador
que bien sabe modelar;
aspirando a madurar
con afecto y con amor;
a las almas juveniles
que por cientos y por miles
a vosotras os confían
quienes de otros no se fían.

¿Quién que oiga y por sí vea
y esta gran labor sondea,
no comprende la razón
de tan grande inmolación
que en servicio tan paciente
con entrega muy consciente
realizáis por años largos,
siendo a veces muy amargos?

¿Quién que sepa lo que os cuesta
renunciar a propios hijos,
para que con ojos fijos
y con frente muy enhiesta
vayáis siempre tras los de otros
cuando corren como potros
inculcándoles verdad,
no verá la caridad?

Y atendéis también enfermos
de dolores y flaquezas,
y sembráis delicadezas
en sus corazones yermos
donde, fértiles, florezcan
bellas flores de esperanza,
la que ciertamente alcanza
que sus almas no perezcan;
pues si acaso en este suelo
no recobran su salud,
lograrán la beatitud
adentrándose en el cielo.

Y estos hechos realizáis
en pobreza y obediencia,
acatando así la ciencia
de la fe que profesáis.

Dais así buen testimonio
de fidelidad a Cristo
con espíritu muy listo
contra insidias del demonio
que, maligno, al hombre apega
al amor de las riquezas,
y a caprichos, y a rarezas
con los que su mente ciega.

Y por esto yo os admiro,
os venero y os aprecio,
y entre más y más os miro,
mucho más os justiprecio
con dimensión evangélica
y celestiales enfoques,
con ribetes y retoques
de una vida más angélica.

Y pues bodas de diamante
estáis ya por celebrar;
éstas han de culminar
en propósito gigante
de mirar hacia el futuro,
sin temores ni desmayos,
con fulgores de mil rayos
y un amor de si seguro,
conducidas por María,
la del Monte del Carmelo,
la que con ternura y celo
al Señor; cual meta, os guía,
como guió a la gran Teresa
a Jesús, que dióle nombre,
que es doctora de renombre
y admiráis por su entereza.

Así, pues, la faz adusta
e inyectándoos más ánimo
que os arroje a lo magnánimo,
os diré con voz robusta:

¡Adelante, Carmelitas!
¡Sed valientes, visionarias,
y marchad cual legionarias
tras de Cristo, mas sin cuitas,
al fragor de la batalla
en favor de un nuevo mundo
que dé fin al odio inmundo!
¡Vuestro triunfo a mano se halla!

Vida Consagrada, Piedra Preciosa

Nuestro Señor Jesucristo comparó el Reino de los Cielos a una piedra preciosa que, andando por ahí, descubrió un comerciante en joyas, y al descubrir su valor excepcional, fue y vendió todo lo que tenía para poder adquirirla. (Cfr.: Mt 13, 45). Con esta parábola, nuestro Señor Jesucristo trata de fijar nuestra atención en la necesidad de apreciar en todo lo que vale el Reino de los Cielos; es decir, la salvación obrada por el amor excesivo de Dios, por medio de Jesucristo, su Hijo, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, para beneficio de todos y cada uno de los hombres.

Cristo Jesús también se empeñó en que la mujer samaritana, que había acudido al pozo de Jacob para sacar agua, valorara bien lo que le estaba ofreciendo: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice 'dame de beber', tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva". (Jn 4, 10). Pues bien, la enseñanza de la parábola de la piedra preciosa y de este diálogo de Jesús con la samaritana, se aplica con

mayor razón a la vida consagrada por los tres votos religiosos, porque es la mejor forma de valorar en su justo precio la salvación de Dios, por medio de un más estrecho seguimiento y más comprometida imitación de Jesucristo, que, en este caso, invita a "vender todo" aquello a lo que se renuncia por los votos de obediencia, castidad y pobreza, para decidirse a aceptarla por toda la vida. Por eso se necesita un alto grado de fe para descubrir el valor de la vida consagrada, que relativamente pocos aprecian en lo que vale y significa.

Ésta es la razón por la que le digo a la religiosa, cuando ya ha vivido fielmente su compromiso consagrado durante veinticinco años:

Porque estando muy consciente
de que Cristo te ha llamado,
Él con dones te ha colmado
de su amor, el más ferviente.

Y así como la samaritana, que se llenó de gozo cuando ya descubrió el don de Dios que le ofrecía el Señor Jesús, luego corrió a hacérselo saber a todos los habitantes de su pueblo, que en masa se apresuró a conocer al Señor, así la religiosa, exultante por el don de su consagración a Jesucristo, lo da a conocer a todos. Por eso sigo diciéndole:

Y te inunda de alegría
y de gozo muy profundo
que difundes hacia el mundo,
mientras tratas, a porfía,
de que a Cristo bien conozca
y que acate bien su ley
proclamándolo su rey,
y a Dios Padre reconozca.

Esta grandeza del amor divino la religiosa la anuncia a niños y adultos por todos los ámbitos donde se hace presente:

Y por eso vas y vienes
por innumerables rumbos,
impidiendo que den tumbos
y que desperdicien bienes
tanto niños como adultos,
a los que amas como hermanos
y les sirves con tus manos,
convirtiéndolos en cultos
en la fe, raíz de amor,
para que, jamás remisos,
cumplan bien sus compromisos
como place a su Hacedor,
transformando esta estructura
que convierte en oprimidos
a incontables desvalidos,
por lo mismo que es tan dura.

En efecto, la revelación de Jesucristo y de su Evangelio conduce a la liberación interior de quienes creen en Él, y promueve también la liberación de las estructuras injustas que oprimen a tantos y los sumen en pobreza extrema. En realidad, los servicios tan variados y valiosos que prestan las religiosas de todas las órdenes y congregaciones, de algún modo conducen a esta doble liberación por medio de la evangelización, la catequesis y la educación que imparten en muchas instituciones, y visitando barriadas populares. Por eso recalco a continuación:

Así siembras esperanza
y cosechas salvación

con tu esfuerzo que, si cansa,
es también inmolación.

¡Qué grande testimonio de amor a Dios y al prójimo da una religiosa cuando se cansa día a día muchos años, y, al final, toda ella se consume como un cirio que se apaga cuando ya no le queda cera que quemar! Doy fin al presente enfoque, con unas palabras de aliento augurándole a la religiosa todavía muchos años más de vida ejemplarmente consagrada. Éste es el enfoque completo:

Veinticinco de profesa
son los años que ya vives
con aquellas que convives,
siendo fiel a tu promesa.

Porque estando muy consciente
de que Cristo te ha llamado,
Él con dones te ha colmado
de su amor; el más ferviente.

Y te inunda de alegría
y de un gozo muy profundo
que difundes hacia el mundo,
mientras tratas, a porfía,
de que a Cristo bien conozca
y que acate bien su ley
proclamándolo su rey,
y a Dios Padre reconozca.

Y por eso vas y vienes
por innumerables rumbos,
impidiendo que den tumbos

y que desperdicien bienes
tanto niños como adultos,
a los que anias como hermanos
y les sirves con tus manos,
convirtiéndolos en cultos
en la fe, raíz de amor;
para que, jamás remisos,
cumplan bien sus compromisos
como place a su Hacedor;
transformando esta estructura
que convierte en oprimidos
a incontables desvalidos,
por lo mismo que es tan dura.

Así siembras esperanza
y cosechas salvación
con tu esfuerzo que, si cansa,
es también inmolación.

Que contemples tu pasado
sumergida en gratitud,
por tan grande prontitud
con que todo has consumado.

Y mirando hacia adelante,
que Jesús, con maestría,
te acompañe, día a día,
a tus bodas de diamante.

¡Amiga de Cristo Jesús!

Este enfoque presenta a la religiosa una sintética evaluación de su seguimiento a Jesucristo, cuando ya han pasado cincuenta años de su profesión. Es un momento muy propicio para comparar dos estados de ánimo personales y dos visiones de su vida: el primero, el que tenía cuando profesó por primera vez; el segundo, el que actualmente tiene. La visión del día de su profesión primera, fue la de su futuro en la vida consagrada, bien conocida en sus elementos esenciales para que optara por ella de manera consciente y libre, pero ignorando todo lo que nos oculta el futuro relativo a espacios, tiempos, modos y personas con los cuales, o contra los cuales, o por encima de los cuales deberemos cumplir fielmente el compromiso asumido para toda la vida. En cambio, la visión de la vida consagrada que se tiene después de haber transcurrido cincuenta o más años, es completa, integral e integrada con todo y con todos, tal como se vivieron, con la precisión de lo que momento a momento fue presente y ahora es un pasado que ni Dios puede cambiar.

La diferencia de las visiones de esos dos importantísimos momentos de la vida es grandísima: al futuro,

aun visto con optimismo, nadie puede quitarle lo inseguro, y, por decir así, lo misterioso que contiene por imprevisible. La segunda visión es clara, definida, hasta el punto de que produce, según el caso, una gran satisfacción con hacinamiento de gracias a Dios, por todo lo bueno logrado; pero quizá también tristeza y remordimiento por lo mal hecho o por haber omitido lo que sí pudimos hacer.

Personalmente, siento profunda emoción cuando comparo las dos visiones, la del día en que acepté ser sacerdote de Jesucristo, y la actual, después de más de cincuenta y dos años de ministerio: ¡qué diferencia tan enorme! Al repasar toda mi vida, después de setenta y ocho años de edad y los ya mencionados de servicio sacerdotal, he percibido una más clara y más consciente identidad de mi persona, porque me siento absolutamente el mismo que fui niño, adolescente, joven, adulto y ahora anciano, pero pasmado de lo que la luz de Cristo y su gracia obraron en mí y por mí.

En efecto, lo propio de Dios es que su perfección es infinita y simultánea desde siempre y para siempre; mientras que en nosotros la vida es sucesiva y sólo podemos crecer en perfección en la medida en que aprovechamos todo nuestro tiempo en conocer más verdad y practicar incansablemente el amor y la justicia. Por tal motivo, cuando ya hemos vivido muchos años cumpliendo un compromiso asumido en nuestra juventud, y lo hacemos en cierto modo un presente con nuestra memoria, al contemplar en su conjunto todo nuestro pasado, sentimos una profunda emoción porque en alguna forma percibimos la simultaneidad de la perfección que hemos logrado. De igual modo, cuando hemos desperdiciado nuestra vida por no habernos comprometido en nada noble, digno y grande ante Dios y en beneficio de nuestros prójimos, nos sentimos

Sus cuerpos se han agotado, pero sus espíritus se agigantaron a lo largo de sus vidas, sirviendo al Señor Jesús en tantos hermanos que lo necesitan.

frustrados porque ya es demasiado tarde para asumir grandes empeños.

En el enfoque que estoy comentando, subrayo estos aspectos tan positivos de la vida de una mujer que generosamente siguió al Señor Jesús en la vida consagrada, compartiendo con Él gozos y penas que suelen ser las madejas con las que el mismo Señor Jesús teje la vida de los que se proponen amarlo en su persona y en sus hermanos los hombres, especialmente los pobres:

Es muy justo que engrandezcas
y des gracias al Señor;
que con gracias gigantescas
te entregó su gran amor.

Hora es ésta de balance
de cuanto hiciste en tu vida
en Jesucristo embebida
y de dolor en un trance.

Y prosigue el enfoque haciendo notar algo muy importante que, por desgracia, no solemos tomar suficientemente en cuenta, que es válido para las tres vocaciones eclesiales:

Porque amar es un deseo
de parecerse al amante,
que, cual bíblico gigante,
corrió hacia ti sin rodeo.

Efectivamente, desde siempre se ha considerado la amistad como la más noble manifestación de un amor verdadero. A propósito de ella, Santo Tomás de Aquino afirma: la amistad es aquello que supone o hace iguales

a los amigos; San Agustín, por su parte, describe al amigo como la mitad de su alma; y Aristóteles, de quien el mismo Santo Tomás opinó que fue un alma naturalmente cristiana, a pesar de que vivió del año 384 al 322 antes de Cristo, sentenció: "el amigo es otro yo". Ahora bien, el objetivo de una mujer que acepta seguir a Jesucristo es corresponder a su amor inaudito del mejor modo posible, y, por lo mismo, se entrega a imitarlo perpetuamente no sólo por la observancia de los mandamientos, que es la exigencia mínima de un amor sincero, sino también de los tres consejos evangélicos de obediencia, castidad y pobreza, que por necesidad lógica la asimilarán muchísimo más a su amado:

Y así Cristo, en un instante,
sin andar con merodeos,
colmó tanto tus deseos
y tu entusiasmo flagrante
de inmolarte, como Él,
en la vida religiosa,
que en donación dolorosa
te comprobaste muy fiel.

Y ahora, después de cincuenta o más años de vida, dándole con su memoria algo de simultaneidad a lo que fue sucediendo día tras día, mes tras mes y año tras año, ella percibe cómo el Señor Jesús fue la puerta por donde pudo fugarse de lo que tanto suele estorbar para asemejarse más a Él, que es imagen viva del Padre; y, para nosotros, el prototipo del Hombre nuevo creado por Dios en justicia y en la santidad de la verdad. (Cfr.: Ef 4, 24):

Y tú ahora bien lo sabes,
—pues diez lustros son testigos—,

que da Cristo a sus amigos,
con los votos, sus tres llaves
que abren la puerta a la fuga
del apego a la riqueza,
y del mundo a la tristeza
que mil rostros siempre arruga;
Y también de tu querer;
pues con gesto muy seguro,
del buen Dios, aunque fue duro,
acataste el parecer.

Ante tan positiva valoración de toda una larga vida, ¿qué otra cosa se le puede decir a esa esforzada mujer?:

Así pues, te felicito
por tarea tan completa
y por la alforja repleta.
¡Y que Dios sea bendito!

Al trasluz de estas reflexiones, se saborea mucho mejor el enfoque completo:

Para el album de la Hna Luz del Carmen.

Es muy justo que engrandezcas
y des gracias al Señor,
que con gracias gigantescas
te entregó su grande amor.

Hora es ésta de balance
de cuanto hiciste en tu vida
en Jesucristo embebida
y de dolor en un trance.

Porque amar es un deseo

de parecerse al amante,
que, cual bíblico gigante,
corrió hacia ti sin rodeo.

Y así, Cristo, en un instante,
sin andar con merodeos,
colmó tanto tus deseos
y tu entusiasmo flagrante
de inmolarte, como Él,
en la vida religiosa,
que en donación dolorosa
te comprobaste muy fiel.

Y tú ahora bien lo sabes,
pues diez lustros son testigos,
que da Cristo a sus amigos,
con los votos, sus tres llaves
que abren la puerta a la fuga
del apego a la riqueza,
y del mundo a la tristeza
que mil rostros siempre arruga;
y también de tu querer,
pues en gesto muy seguro,
del buen Dios, aunque fue duro,
acataste el parecer.

Así pues, te felicito
por tarea tan completa
y por la alforja repleta.
¡Y que Dios sea bendito!

Bregar por Cristo

El seguimiento de Jesucristo, mediante la imitación de su vida, es, más que una mera obligación, una profunda necesidad de quien, aparte de ser por nacimiento hombre creado a imagen y semejanza de Dios, también es hijo de Él por la gracia del mismo Señor Jesús, que recibió el día en que fue bautizado. Por otra parte, todo cristiano sabe que para imitar al Hijo de Dios hecho hombre, y así merecer la vida eterna, se requiere, como mínimo, guardar todos los mandamientos; pero dado que el Divino Maestro nos hizo saber que debemos aspirar a ser perfectos como el Padre celestial, no es lógico que nos contentemos sólo con la guarda de los mandamientos, aun cuando esto ya es bastante y nada fácil para la debilidad humana. Por consiguiente, sea cual fuere la propia vocación, laical, religiosa o sacerdotal, todos debemos empeñarnos en lograr el más alto grado de perfección cristiana.

Ahora bien, las incontables órdenes y congregaciones religiosas, masculinas o femeninas, que son timbre de gloria para la Iglesia, nacieron al impulso de este nobilísimo deseo al comprobar que toda vida tiene sus condiciones, de tal modo que se puede establecer esta

proporcionalidad: a mejores condiciones, mejor vida; a menos propicias o malas condiciones, menor nivel o de plano mal nivel de vida. Ésta es la finalidad común a todos los institutos religiosos: proporcionar a sus miembros ventajosas condiciones para imitar en más alto grado a Jesucristo, nuestro modelo. Además, el seguimiento del Señor Jesús exige que sea permanente, tal como Él mismo nos lo advirtió repetidas veces: "el que persevere hasta el fin, ése se salvará". (Mt 10, 22). He aquí porqué en estas instituciones se ha de llegar al compromiso de imitar a Jesucristo viviendo en obediencia, castidad y pobreza, emitiendo votos perpetuos después de las etapas preparatorias para su cumplimiento. Así se comprende la importancia y la grande emoción de llegar a ese momento.

El siguiente enfoque de la vida consagrada se refiere al día preciso de la profesión religiosa con votos perpetuos, con plena conciencia de lo que esta entrega supone. Por eso empieza así:

En este tu grande día
en que culmina tu entrega,
te deseo, mujer pía,
que prosigas con tu brega
con el bregar de quien ama,
con el ardor de quien vive
para dar lo que recibe,
como Cristo lo reclama.

En realidad, consagrarse a Cristo, cuya única razón fue darse todo Él al hacerse por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz, también es comprometerse a darse por Él a los demás, ya sea en vida prevalentemente contemplativa, es decir, en oración, ya sea en vida activa, pero en ambos casos conscientes

de que habrá que participar ampliamente de su cruz, porque es su signo:

Y no esperes que el dolor
sea en tu vida un ausente,
pues por él está presente
quien te encamina al amor.

Este enfoque fue escrito en ocasión de que una persona iba a profesar un día quince de septiembre, cuando se celebra a la Virgen María por su grande participación en los dolores de su Hijo. Ahora bien, toda religiosa sabe que tiene que participar de los dolores de Cristo Jesús en gran medida, por lo que también en este aspecto en la Virgen encuentra un estímulo adicional:

Qué grande coincidencia
que en un quince de septiembre
se realice la esencia
de tu ofrenda para siempre;
pues de modelo escogiste
a la Virgen Dolorosa,
la que acudió presurosa
al llamado que reviste
semejanza de martirio,
que tiñó de rojo guinda
la blancura de su lirio.
que su corazón te brinda.

Sin restar en lo más mínimo el grande y singular mérito de todos los mártires, que de tantas y tan crueles maneras dieron su vida por Cristo, con frecuencia parece que seguir a Jesucristo durante toda la vida, soportando con gran paciencia y amor los incontables contratiempos y dolores que trae consigo, equivale y

hasta puede superar a un martirio. Por eso el ejemplo de María es muy válido para todos. Y si por su virginidad María es representada por un lirio blanco, por sus sufrimientos debemos reconocer que Ella lo "tiñó de rojo guinda"; por eso justamente la invocamos como reina de los mártires. Así se entiende mejor que la imitación de María conduce necesariamente a la imitación de Jesucristo:

Déjate, pues, conducir
por Ella, que es buena guía;
te será fácil cumplir
tu compromiso, a porfía.

A continuación, el enfoque completo:

En este tu grande día
en que culmina tu entrega,
te deseo, mujer pía,
que prosigas con tu brega
con el bregar de quien ama,
con el ardor de quien vive
para dar lo que recibe,
como Cristo lo reclama.

Y no esperes que el dolor
sea en tu vida un ausente,
pues por él está presente
quien te encamina al amor.

Qué grande coincidencia
que en un quince de septiembre
se realice la esencia
de tu ofrenda para siempre;

pues de modelo escogiste
a la Virgen Dolorosa,
la que acudió presurosa
al llamado que reviste
semejanza de martirio,
que tiñó de rojo guinda
la blancura de su lirio.
que su corazón te brinda.

Déjate, pues, conducir
por Ella, que es buena guía;
te será fácil cumplir
tu compromiso, a porfía.

La Vida Consagrada Dignifica

Es evidente que si somos personas humanas, hombres o mujeres, ir tras de Jesucristo en cualquiera de las tres vocaciones eclesiales, de ninguna manera significa disminuir nuestra personalidad, antes, por lo contrario, la exalta y dignifica más. Sólo el pecado, en todas sus formas, afecta negativamente nuestro ser humano hasta el punto de que nos vuelve menos hombres y hasta no hombres. Por esta razón, Dios implementó su plan de salvación no en alguien que nos vuelve menos hombres, sino pidiéndole a su Hijo que se hiciera hombre en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, para enseñarnos, no sólo a ser hombres cabales, sino también para dignificarnos más haciéndonos hijos suyos por adopción.

Por otra parte, cuando una persona sigue a Jesucristo por el camino de la vida consagrada, comprometiéndose a practicar los tres consejos evangélicos con votos de obediencia, castidad y pobreza, de los que Él nos dio tan gran ejemplo, se sitúa en mejores condiciones de ser perfecto como el Padre celestial, lo que logra sólo asemejándose en mayor grado al mismo Señor Jesús. Esto demuestra que poner en práctica esos tres votos no

es una manera menos humana de vivir, porque Jesucristo es el "Hombre nuevo creado por Dios en justicia y en santidad de la verdad." (Cfr.: Ef 4, 24). Por tanto, esta opción de vida no implica que por los votos se pierde, sino se gana; no es esclavizarse o renunciar a ser menos persona, sino liberarse de lo que, en un momento dado, puede ser y de hecho frecuentemente es un impedimento para la perfección. Así se comprende que quien opta por la vida religiosa queda en mucha disponibilidad para servir de muy variadas maneras a toda clase de prójimos, especialmente a los más necesitados, para ayudarles a ser verdaderas personas humanas y mejores hijos de Dios.

Lo que acabo de exponer, aunque sea en resumen, pone de manifiesto qué tan lejos están incontables personas de comprender lo que es y el mérito que tiene vivir una vida consagrada en seguimiento de Jesucristo. Esta incomprensión de la vida consagrada que muestra el mundo, que le impide entenderla como auténtica liberación, es el centro del siguiente enfoque sobre la vida religiosa:

Dios te asiste y te serena
hoy que toda te liberas
entregándote deveras
a servir en forma plena,
resistiendo las presiones
que pretenden impedirte
en esposa convertirte
de Jesús, sin divisiones.

Porque el mundo mal se burla
de tu santa decisión,
pues la juzga sinrazón,

y por eso grita y urla.

Por tanto, es necesario hacer notar que se requiere la luz de la fe para poder entender y apreciar en lo que vale la vida consagrada. Esta iluminación por la fe no sólo la necesita la persona que aspira a la vida consagrada, sino todos los creyentes en Cristo de las tres vocaciones, a fin de que la pidan como don de Dios para la Iglesia, para que la recomienden, para que los padres de familia y los educadores la respalden en quienes en alguna forma dependen de ellos; y, finalmente, para que descubran cuánto enriquece al pueblo de Dios y aun a los no creyentes este estilo de vida estimulado por el ejemplo del Señor Jesús.

En efecto, Jesucristo, desde que entró hasta que salió de este mundo, vivió en plena obediencia a su Padre celestial. De Él dice la Escritura, refiriéndose al momento mismo en que llegó: "Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Entonces dije: ¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad!" (Heb 10, 5). Y San Pablo añade: "...se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres... y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz." (Fil 2, 6). Y durante su vida pública, así dio testimonio de qué tan importante era para Él permanecer en perfecta obediencia a su Padre: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado a llevar a cabo su obra." (Jn 4, 34). Además, como hijo en la Sagrada Familia, Jesús vivió sujeto a María y José. (Cfr.: Lc 2, 51).

En cuanto a la castidad perpetua, el Señor Jesús la vivió personalmente; y en relación a los creyentes en Él, exaltó el motivo de abrazarla, pues cuando sus discípulos comentaron que no valía la pena casarse si el

hombre o la mujer que llegaran a divorciarse y se unían a otra mujer o a otro hombre cometían adulterio, les replicó: No todos entienden este lenguaje, sino solamente aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay quienes no pueden casarse porque nacieron con impedimento; otros tampoco pueden porque los castraron; pero hay otros que renuncian voluntariamente al matrimonio por el Reino de los Cielos. (Cfr.: Mt 19, 11). Ahora bien, los hombres y las mujeres que optan por la vida religiosa, hacen voto de castidad precisamente para dar testimonio de que hay ideales tan altos de amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo, que impulsan fuertemente a renunciar al matrimonio. En el cántico con el que al final del libro de Mi Vida en Mosaico, doy gracias a Dios por tan incontables pruebas de amor que me dio, digo así, dialogando con Jesucristo:

Te ofrendé mi celibato
por los bienes superiores,
cuales son los dos amores
que en un sublime arrebato
Tú le fijaste a mi vida
que ha sido tan consentida:
a Dios, tu Padre, ante todo,
y al pueblo a tu mismo modo.

En efecto, si la perfección evangélica se alcanza en la medida en que se viven más intensamente el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, es prueba de que estos dos amores son los más grandes valores del Reino de los Cielos, pues en función de su puesta en práctica se entra en posesión de tal Reino. Por tanto, es indudable que el amor a Dios ante todo y al pueblo al mismo modo que lo vivió Cristo Jesús, son los fundamentales motivos por

los que los religiosos de ambos sexos se ligan con voto perpetuo de castidad.

Además, nuestro Señor Jesucristo nos dio ejemplo sublime y permanente de pobreza: nació pobre en un pesebre, vivió pobre y murió despojado por los soldados romanos hasta de sus vestiduras, que ellos se repartieron, y de su túnica inconsútil, que rifaron para no desgarrarla. El mismo Señor Jesús quiso estimularnos a vivir en pobreza, pues no fue por alarde, sino por hacernos una invitación, por lo que un día, cuando un escriba le dijo: "Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas", contestó: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza." (Mt 8, 19).:

Pero tú, la iluminada
por la fe, que es luz divina,
marchas bien acompañada
de Jesús, que te encamina.

A continuación, se hace breve referencia a cada voto, para invitar a todos a que los ponderen:

Y con Él ser quieres pobre,
renunciando, en testimonio,
al mundano patrimonio
que se acuña en oro y cobre.

Y ser casta decidiste
entregando el corazón
en heroica donación
al buen Cristo que seguiste.

Además, estás consciente
que tu entrega no es cabal

si no aceptas, en total,
ser como Él tan obediente.

En seguida se enumeran las actitudes que la religiosa debe asumir para que logre mayor grado de perfección y de complacencia divina, que son la prontitud de acción y de respuesta a las mociones que seguramente le serán enviadas por el Espíritu Santo, cuyo efecto será transformarla en luz que resplandece en la oscuridad de tantos hermanos, y en sal de lo que en la tierra es fatuo e insípido:

Date, pues, con prontitud
al buen Dios, con tu virtud;
ábrete a la acción divina;
deja que ella te transforme
y que a Cristo en tu alma forme
con destreza que fascina;
que serás así del mundo
luz que brilla y resplandece
ante el hombre vagabundo
cuya mente se oscurece;
y sal serás de esta tierra
fatua, insípida y vacía,
dándole el amor que encierra
la oblación que te extasía.

Por otra parte, San Pablo nos enseña que todos los creyentes en Cristo resucitado, sin dejar de estar plenamente inmersos en el tiempo y el espacio de esta vida terrenal, debemos tener fijos los ojos en las cosas de mayor altura y perfección: "Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis

muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios." (Col 3, 1). Evidentemente, estas palabras no significan que el Apóstol nos quiere enajenar de la tierra, invitándonos a ignorar sus legítimas necesidades materiales y su urgencia de verdad, de amor y de justicia; pero sí nos exhorta a evitar ser atrapados en las redes de incontables afanes materialistas y consumistas, así como caer en tantas y tan variadas tentaciones de diversiones malsanas y degradantes. La observancia de los votos garantiza esta renuncia y libera a quienes los profesan para que mantengan el rumbo de sus vidas hacia las alturas del amor a Dios y al prójimo:

Es por ello que te insisto
con ardor; en Jesucristo:
tus pies fija en este suelo
y alza tus ojos al cielo,
para que marques los rumbos
que sin tropiezos ni tumbos
has de seguir en tu vida
por tus votos convertida
en compromiso de amor;
para educar con fervor
al hombre tan desvalido,
que corre desprevenido
en pos de cuantos le gritan
y sus pasiones incitan
por medio de mil errores
que provocan en su mente,
cuando los vive y los siente,
desequilibrios y horrores.

El enfoque culmina dando aliento a la religiosa para que compare los esfuerzos que tendrá que hacer para

vivir según sus ideales con lo que le espera al final, tal como lo hace San Pablo: "...estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros." (Rom 8, 18):

Por tanto, yo te conmino
este mandato divino:
empuja tu propio anhelo,
persigue tus ideales;
hazlos, con tu amor, reales,
cual sendero que va al cielo.

En el encuentro final
tú lograrás vida plena,
y, con alforja bien llena,
entrar al gozo eternal.

Ahora se puede comprender mejor el mensaje completo del enfoque:

Dios te asiste y te serena
hoy que toda te liberas
entregándote deveras
a servir en forma plena,
resistiendo las presiones
que pretenden impedirte
en esposa convertirte
de Jesús, sin divisiones.

Porque el mundo mal se burla
de tu santa decisión,
pues la juzga sinrazón,
y por eso grita y urla.

Pero tú, la iluminada
por la fe, que es luz divina,
marchas bien acompañada
de Jesús, que te encamina.

Y con Él ser quieres pobre,
renunciando, en testimonio,
al mundano patrimonio
que se acuña en oro y cobre.

Y ser casta decidiste
entregando el corazón
en heroica donación
al buen Cristo que seguiste.

Además, estás consciente
que tu entrega no es cabal
si no aceptas, en total,
ser como Él tan obediente.

Date, pues, con prontitud
al buen Dios, con tu virtud:
ábrete a la acción divina;
deja que ella te transforme
y que a Cristo en tu alma forme
con destreza que fascina;
pues serás así del mundo
luz que brilla y resplandece
ante el hombre vagabundo,
cuya mente se oscurece;
y sal serás de esta tierra
fatua, insípida y vacía,
dándole el sabor que encierra
la oblación que te extasía.

Es por ello que te insisto
con ardor; en Jesucristo:
tus pies fija en este suelo
y alza tus ojos al cielo,
para que marques los rumbos
que sin tropiezos ni tumbos
has de seguir en tu vida
por tus votos convertida
en compromiso de amor;
para educar con fervor
al hombre tan desvalido,
que corre desprevenido
en pos de cuantos le gritan
y sus pasiones incitan
por medio de mil errores
que provocan en su mente,
cuando los vive y los siente,
desequilibrios y horrores.

Por tanto, yo te conmino
este mandato divino:
empuja tu propio anhelo;
persigue tus ideales;
hazlos, con tu amor, reales,
cual sendero que va al cielo.

En el encuentro final
tú lograrás vida plena
y, con alforja bien llena,
entrar al gozo eternal.

Entrega con Amor Incondicional

Son muchas las emociones que una religiosa experimenta cuando ya ha cumplido veinticinco años o más de profesión. En el siguiente enfoque sugiero algunas que en la medida en que las analice, sentirá que se renueva la luz y la fuerza de Cristo en ella. Empiezo por hacer hincapié en la perpetuidad de los votos, que son la expresión de un amor que se entrega a Jesucristo de manera incondicional, venga como viniere la vida y sean cuales fueren las realidades que día a día se nos manifiestan, ya que así es este mundo de cambiante y de imprevisible:

Cinco lustros has cumplido
de tu donación total,
y tu sí fue tan cabal
que invariable lo has tenido.

En efecto, sólo la magnitud del amor a Dios y al prójimo pueden empujar a hombres y mujeres a asumir compromisos incondicionales y perpetuos como los que

requieren el verdadero matrimonio cristiano, la vida consagrada por los votos perpetuos y la vida sacerdotal. Se engañaría quien pensara que Dios nos dio la libertad para dejar permanentemente abierta la posibilidad de cambiar del sí al no y del no al sí en cualquier circunstancia de nuestra vida. ¡Absolutamente nadie puede llegar lejos si no se atreve a tomar decisiones firmes, permanentes e incondicionales cuando se trata de elegir el rumbo fundamental que hay que darle a la vida! Los indecisos, los que le temen a los grandes compromisos permanentes, terminan por actuar a semejanza de la burrita de conocida canción: "da dos pasos adelante y otros tantos para atrás."

San Pablo dice: "...el Hijo de Dios, Cristo Jesús,... no fue sí y no; en él no hubo más que sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en él...;" (2 Cor 1, 19). El Apóstol se refiere a que Jesucristo tuvo que enfrentar tantos y tan inauditos obstáculos y pruebas tan duras, que desde un punto de vista mezquinamente humano parecerían justificar que Él no hubiera cumplido con todas las promesas del Padre; es decir, con el plan de salvación, lo que hubiera implicado que la vida de Cristo Jesús fuera una sucesión interminable de sí y de no, que frustrarían totalmente la redención. Ésta es la razón por la que, cuando alguien debe escoger un rumbo para su vida en seguimiento de Cristo, en cualquiera de las tres vocaciones, debe estar dispuesto a pronunciar un solo sí, que ha de cumplir fielmente por encima de todos los obstáculos que el tiempo y el espacio de este mundo le vayan presentando. Para eso se nos ofrece a todos la fe, la esperanza y el amor a Dios y al prójimo. Y continúa el enfoque:

Fue una chispa la llamada
que el Señor te dirigió;

y en tu ser te provocó
una inmensa llamarada.

El sí dado a los votos perpetuos es la chispa con la que el Señor estimula a la religiosa en cierto momento de su vida, con el fin de que produzca en ella una inmensa llamarada, que es el compromiso de asumirlos confiando en su amor. ¡Qué fecundo y trascendente sí! Porque no sólo es para vivirlo durante toda la vida terrenal, sino también para merecer una gloria eterna. Cuando yo medito en mi sí sacerdotal, que por invitación de Dios emití y durante más de cincuenta y dos años he podido cumplir en la medida que sólo Él sabe, y al alegrarme por ello con la firme esperanza de ser glorificado eternamente con Cristo, así lo expreso: ¡mi sí sacerdotal fue una chispa en el tiempo, pero con resplandores de eternidad! Esto es muy alentador para todos aquellos que, apoyados en la gracia de Jesucristo, no han sucumbido al temor de asumir grandes compromisos de amor para toda la vida.

En seguida, después de recordar la amable invitación que Jesucristo le hizo a la religiosa, se describe su respuesta con sus propias palabras, que merecen meditarse lentamente:

Escuchaste: "ven y sígueme";
y con rápida respuesta
exclamaste, bien dispuesta:
oh, Jesús, tu amor ya ligueme
con mil lazos invisibles,
y revive mis escombros
que soportan mal mis hombros,
con ideales increíbles.

La respuesta, pues, fue pronta y generosa; pero,

consciente de su debilidad, ella le pide a Jesucristo que la ligue a Él con mil lazos invisibles, pues está persuadida, —como debemos estar todos—, de que por sí misma es tan poca cosa, que por eso se compara con un montón de escombros. Sin embargo, reconoce que Cristo los puede rehacer y revitalizar con ideales increíbles, que son precisamente los de seguirlo a Él con mucho amor imitando sus virtudes, especialmente su obediencia, su castidad y su pobreza. Y al sentirse muy honrada por el Señor, más anhela allegarse a Él:

buen Jesús, no te rehuyo
porque me honra tu largueza.

Tal largueza la comprueba repasando lo que Cristo ha obrado en ella:

Con los votos religiosos
me ligaste a ti, ferviente,
y tu amor fue tan ardiente
tanto en penas cuanto en gozos,
que acepté de ti, Jesús,
tu doctrina rica en normas,
pues así es como me formas
a tu imagen, con tu luz.

Pero ella bien sabe que para seguir a Jesucristo tuvo que realizar renuncias previas un tanto más cuanto dolorosas:

Empezaste por pedirme
que dejara a mi buen padre
y a la amable de mi madre,
para ir con paso firme
tras de ti, peregrinante;

y que en pobres mil te viera
y con gozo prosiguiera
escapándome, triunfante,
del encierro tan mezquino
en mi yo, cubil estrecho,
ensanchando así mi pecho,
con tu amor; que es tan divino.

Efectivamente, renunciando al propio yo, cubil estrecho, obtiene una amplísima y grande intimidad con Cristo; y la renuncia a los bienes materiales Él la compensa con mil bienes superiores, tal como le prometió a Pedro cuando éste le preguntó qué recibirían por haber dejado todo por seguirlo:

Y después Tú me empujaste
a dejar lo que tenía:
pocos bienes; pero haría
buen negocio, pues lograste
compensarme al cien por uno,
como a Pedro prometiste
porque presto cual ninguno
te siguió...

Y también la vida eterna:

Y además, la añadidura
más allá de los dinteles
de la muerte, con laureles
de la vida que perdura.

La profesa continúa enumerando las transformaciones que obró en ella el seguimiento del Señor Jesús, y cuando concluye, le manifiesto mi emoción personal por su generosa respuesta, en algunos rasgos parecida a la

de San Pablo:

Desde ahí es como pretendes,
cual San Pablo, tantas glorias,
con mil luchas y victorias
que como heroína emprendes:
todo juzgas que es basura
comparándolo con Cristo,
pues de todo te ha provisto
para conquistar su altura
y sondear profundidad,
juntamente con su anchura,
extasiada en su hermosura,
con amor; con humildad.

Y la anima para que persevere hasta el final:

Superando mil dolores,
encarámate al Tabor
de una perfección mayor;
inflamada en tres amores:
El amor a Dios, tu Padre;
el amor al buen Jesús;
y el amor, desde su cruz,
a María, que es tu Madre.

Esta hermosa entrega se percibe más clara y profundamente al leer con detenimiento todo el enfoque.

Cinco lustros has cumplido
de tu donación total,
y tu sí fue tan cabal
que invariable lo has tenido.

Fue una chispa la llamada
que el Señor te dirigió:
y en tu ser te provocó
una inmensa llamarada.

Escuchaste: "ven y sígueme"
y con rápida respuesta
exclamaste, bien dispuesta:
oh, Jesús, tu amor ya ligueme
con mil lazos invisibles,
y revive mis escombros
que soportan mal mis hombros,
con ideales increíbles.

Y clamaste con presteza
al luchar por lo que es tuyo:
buen Jesús, no te rehuyo
porque me honra tu largueza.

Con los votos religiosos
me ligaste a ti, ferviente,
y tu amor fue tan ardiente
tanto en penas cuanto en gozos,
que acepté de ti, Jesús,
tu doctrina rica en normas,
pues así es como me formas
a tu imagen, con tu luz.

Empezaste por pedirme
que dejara a mi buen padre
y a la amable de mi madre,
para ir con paso firme
tras de ti, peregrinante;
y que en pobres mil te viera
y con gozo prosiguiera

escapándome, triunfante,
del encierro tan mezquino
en mi yo, cubil estrecho,
ensanchando así mi pecho
con tu amor; que es tan divino.

Y después Tú me empujaste
a dejar lo que tenía:
pocos bienes; pero haría
buen negocio, pues lograste
compensarme al cien por uno,
cual a Pedro prometiste
porque presto cual ninguno
te siguió, pues lo elegiste
para socio de tu acción
de los hombres redentora,
siendo fiel a su misión
del martirio hasta la hora.

Y, además, la añadidura
más allá de los dinteles
de la muerte, con laureles
de la vida que per dura.

Crecí más en caridad
al brindarte de mi amor
con perfume bella flor;
oh, Jesús: virginidad.

Y pues yo te contemplé
obediente hasta la muerte,
al correr la misma suerte
mucho a ti me asimilé.

Es lo que me inspira ahora

a exaltar; emocionado,
lo que Dios en ti ha logrado
con su acción tan bienhechora.

Mas también a engrandecer
la actitud que tu asumiste,
porque fiel te propusiste
al buen Dios corresponder:

Generosa has sido, hermana,
y abundaste en buena gana
realizando así en tu vida
el sermón de la montaña,
que, cual admirable hazaña,
te transforma en elegida.

Desde ahí es como pretendes,
cual San Pablo, tantas glorias,
con mil luchas y victorias
que como heroína emprendes:
todo juzgas que es basura
comparándolo con Cristo,
pues de todo te ha provisto
para conquistar su altura
y sondear profundidad,
juntamente con su anchura,
extasiada en su hermosura,
con amor; con humildad.

Y mirando hacia el futuro,
yo, gozoso, te bendigo,
y augurándote te digo
lo que harás; estoy seguro:

Superando mil dolores,

encarámate al Tabor
de una perfección mayor;
inflamada en tres amores:
El amor a Dios, tu Padre;
el amor al buen Jesús;
y el amor; desde su cruz,
a María, que es tu Madre.

¿Te Sientes en Soledad?

Los hombres, en general, solemos pasar por una grande variedad de estados de ánimo que, cuando son positivos, nos alientan y nos hacen sentirnos felices; sin embargo, parecen ser más numerosos y mayores los estados de ánimo no gratos; lo que no significa que, por ingratos, todos sean negativos, desintegradores de nuestra persona, pues no pocos de ellos son indispensables para hacernos crecer en varias virtudes, especialmente en fe, esperanza, caridad, fortaleza, paciencia y humildad. En efecto, principalmente a los estados de ánimo no gratos se les aplica el aforismo que con frecuencia cito: de la actitud que alguien toma ante una dada circunstancia de su vida, depende que la convierta en pedestal o en sepulcro.

Ahora bien, uno de esos estados de ánimo ingratos es indiscutiblemente el que llamamos soledad: es duro sentirnos solos aun cuando en realidad no lo estemos, y mucho más cuando ese sentimiento de soledad es profundo y prolongado. El sentimiento de soledad puede deberse a muchas causas internas y externas a la persona que lo experimenta, porque puede originarse, por ejemplo, en el ser sicológico de alguien que es por

naturaleza melancólico. También puede tener raíz de suspicacia infundada que hace que alguien desconfíe de todo y de todos, o que interprete mal las palabras y las actitudes de los demás hacia él, ya que esto lo empuja a alejarse de ellos física o sentimentalmente.

Es muy difícil que haya personas que durante una vida de duración media no hayan sentido la soledad, aun cuando su intensidad y permanencia sea variable. Esto depende, aparte del temperamento y carácter, también de las circunstancias de tiempo, lugar y personas que las rodean. La soledad, pues, no es exclusiva de grupo humano o clase social alguna; se da en personas de cualquiera de las tres vocaciones eclesiales, así como de cualquier oficio y profesión.

Hay otro aspecto importante referente al sentimiento de soledad: se equivocaría quien llegara a pensar que el sentimiento de soledad que experimenta con alguna frecuencia, se debe sin más al hecho de haber equivocado la opción de estado de vida que hizo; lo que le traería muy graves consecuencias. ¿Qué le espera a quien falsamente se persuade de que la soledad que siente significa que cometió un grave error al elegir su opción de vida? ¡Pues que ya está derrotado de antemano! Porque ¿qué va a hacer una persona que escogió el estado matrimonial, o el de la vida religiosa o sacerdotal, si atribuye su sentimiento de soledad a un error de elección de vida? Se va a sentir sin ánimo, sin fuerzas físicas y espirituales para seguir cumpliendo con los respectivos deberes de su opción fundamental. ¡Sería el principio de su fracaso total porque quedaría infectada con ese virus sicológico que desintegra su personalidad con graves repercusiones en su familia, o en su comunidad religiosa o parroquial!

Por tal motivo, ante toda situación debemos tomar en cuenta la realidad total de nuestro ser humano, que es

grande, pero también muy limitado, sujeto a mil influencias ambientales, empezando por el mucho frío o calor, por la buena o mala digestión, o porque duerme bien o mal. Tampoco podemos exigir que todos los que nos rodean sean perfectos, sicológicamente estables, siempre comprensivos, alegres y listos para cuando los necesitemos para superar nuestros sentimientos de soledad. Más bien debemos exigirnos eso a nosotros mismos para ir en auxilio y consuelo de quienes están atormentados por ese estado de ánimo.

Pues bien, puesto que está comprobado que el sentimiento de soledad afecta a toda clase de personas, al escribir estas reflexiones para exponer los aspectos principales de la vida consagrada, elegida por personas del sexo femenino, quise incluir un breve enfoque que hace referencia a esta frecuente experiencia humana, tratando de iluminarla con la fe, relacionándola intimamente con Dios Padre y con Jesucristo, el Señor, a fin de que, lejos de que perjudique a quien la experimenta, la enriquezca humana y cristianamente. Por eso empieza así:

Llama el dolor a tu puerta
con disfraz de soledad,
mas tras él, es cosa cierta,
va también la caridad.

Efectivamente, es indispensable que nos convenzamos que es muy real y universalmente valedero lo que nos enseña San Pablo: "sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman...;" (Rom 8, 28). Y dado que el bien propio de toda persona se centra en el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, hay que concluir que, de una manera u otra, todo lo que nos acontece en la

vida está dispuesto por Dios para aumentar en nosotros ese amor a Él y al prójimo. Por tal motivo, la mejor forma de enfrentar y de superar el sentimiento de soledad que puede afectar a una religiosa, —como a cualquier otra persona—, es reconocer que tras el sentimiento de soledad nos está llegando la caridad, es decir, una oportunidad más de crecer en amor a Dios y al prójimo; lo que implica que debemos aprender a hacer de la soledad un impulso más para vivir esos dos amores de manera más perfecta. Los versos que siguen ahondan más en este aspecto:

Y aunque sientas gran fatiga
y te oprima el corazón,
deja a Dios que te bendiga
con cualquiera desazón;
pues tus propias desazones
se convierten en razones
del caminar con tu cruz
tras las huellas de Jesús.

Me atrevo a sugerir que cualquier clase de penas que nos lleguen a afectar, como, en este caso, algún desconcertante sentimiento de soledad, lo aceptemos considerándolo como una "astillita" de la cruz de Cristo. Comparadas con tantas, tan dolorosas y tan injustas penas que padeció nuestro Señor Jesucristo por nosotros los hombres, nuestras penas, aun las más grandes, no pasan de ser meras astillitas de la cruz de Cristo. Si acaso las sentimos demasiado dolorosas, no olvidemos que eso es lo propio de toda astillita que se nos entierra: causarnos intenso dolor.

Y ya entrados en este enfoque, se comprende porqué termina así:

Clávate, pues, con pasión
en tal cruz que Cristo ofrece,
y admira cuánto merece
por ella tu inmolación.

Así al triste y afligido
con tu ejemplo ayudarás,
y quizá hasta lograrás
que se sienta un elegido.

¡No hay cosa que nos identifique más con el que sufre y nos ayude a comprenderlo mejor que el sufrimiento! Lo breve de este enfoque invita a aprenderlo de memoria para recitarlo reflexivamente cada vez que nos veamos afectados por el sentimiento de soledad.

Llama el dolor a tu puerta
con disfraz de soledad,
mas tras él, es cosa cierta,
va también la caridad.

Y aunque sientas gran fatiga
y te oprima el corazón,
deja a Dios que te bendiga
con cualquiera desazón;
pues tus propias desazones
se convierten en razones
del caminar con tu cruz
tras las huellas de Jesús.

Clávate, pues, con pasión
en tal cruz que Cristo ofrece,
y admira cuánto merece

por ella tu inmolación.

Así al triste y afligido
con tu ejemplo ayudarás,
y quizá hasta lograrás
que se sienta un elegido.

Decisión Inmutable: ¡Consagrada a Cristo!

Dios es infinitamente perfecto en su ser, en su sabiduría, en su poder, en su amor, en su misericordia y en su justicia; por tal motivo, el ser de Dios es inmutable. Inmutable significa que ni está ni puede estar sujeto a algún verdadero cambio, porque cualquier cambio supone que se pasa de menor perfección a mayor, o de mayor a menor, lo que en Dios implicaría que no es permanentemente perfectísimo. Tampoco puede haber en Dios cambios de parecer ni de decisión porque proceden de quien es imperfecto en su conocimiento y en su voluntad, por ejemplo, porque no sabe lo suficiente o porque es caprichoso y voluble. Si en la Sagrada Escritura se narran actitudes divinas que parecen suponer cambios de decisiones, como la referente primero a castigar y después a perdonar a los habitantes de Nínive, no es porque realmente las tenga, sino porque nosotros, por nuestro imperfecto conocimiento de Dios, las percibimos parecidas a nuestro propio modo de ser. Así pues, todo en Dios es fascinante; por eso también su inmutabilidad lo es, y

más comparándola con nosotros que somos sumamente mudables en conocimientos, en decisiones, en estados de ánimo y en mil cosas más.

Precisamente esta gran mutabilidad nuestra, si por una parte nos hace posible crecer en lo que es positivo, como ser más sabios y más buenos, también nos facilita cambiar de lo mejor a lo peor, convirtiéndonos de buenos en malos, de bien orientados a desorientados. Ahora bien, por ser como somos, esto es, mudables, es necesario que cada uno de nosotros se conozca a sí mismo lo más objetiva y profundamente para que sepa cómo es, porque, de lo contrario, será difícil, si no es que imposible, que decida y actúe como cada circunstancia de la vida lo vaya exigiendo.

Además, porque nosotros vivimos en un mundo cambiante, dadas las características de nuestro cuerpo y de nuestra alma, también cambiamos de estados de ánimo. Algunos de estos cambios son, por ejemplo, del entusiasmo al desaliento, de la alegría a la tristeza, del valor al temor, de la constancia a la inconstancia, y viceversa. Lamentablemente, son muchísimas las personas de ambos sexos que no llegan a metas importantes en sus vidas porque son víctimas de estos cambios contrarios entre sí, pues si en un momento se sienten entusiasmadas para tender hacia una meta de gran altura, pronto se desalientan; y si en estado de ánimo alegre ven su vida con optimismo, al ser invadidas por la tristeza, la juzgan con pesimismo que las hunde en el fracaso. Por tal motivo, no es sensato dejarse llevar por sentimientos opuestos, según los vamos experimentando.

En nuestro peregrinar por las veredas del tiempo, aspirando a la perfección a la que nos exhorta nuestro Señor Jesucristo, es de suma importancia darle su propia dimensión a cada estado de ánimo por el que vayamos pasando, aprovechándonos de los que son positivos y

rechazando los negativos. Por esta razón, los maestros de la vida espiritual aconsejan que no hay que tomar decisiones importantes ni en estado de exagerado entusiasmo, ni en el de desaliento, porque es muy grande el riesgo de tomar decisiones equivocadas.

Pero no sólo al ir a tomar decisiones importantes debemos estar serenos, es decir, libres de estados de ánimo exagerados en uno u otro sentido, sino también cuando ya estamos viviendo en cualquier estado de vida asumido con conocimiento pleno y libertad, debemos interpretar correctamente los cambios de estado de ánimo. Hay que hacer notar que, con frecuencia, para invitarnos a un estrecho seguimiento de Cristo en cualquiera de las tres vocaciones, Dios nos atrae con agradables estados de ánimo, en vista de que nos encontramos en una situación parecida a la edad infantil, cuando las cosas convenientes las percibimos buenas sólo cuando saben sabroso; sin embargo, ya bien encaminados tras las huellas del Señor Jesús, cuando se supone que ya estamos preparados, no podemos escapar a su norma fundamental: "el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame." (Mt 16, 24). Por tanto, cuando ya somos suficientemente fuertes en la fe y el amor, empiezan las dosis de cruz de Cristo, tal como nos corresponde a cada uno, con el fin de que crezcamos a ejemplo de "Jesucristo, el Hombre nuevo creado por Dios en justicia y santidad verdadera." (Ef 4, 24). Quien conoce las experiencias de los grandes santos, especialmente los místicos, sabe muy bien que hay que saber traspasar lo que ellos llaman "la noche obscura," que son sentimientos profundos y persistentes de desolación que hasta nos parece que Dios nos ha abandonado, o como si hubiéramos caído en desgracia ante su presencia. Son pruebas espirituales a veces tan duras, que hasta pueden asaltarnos

tentaciones de grave desaliento que nos pueden hacer dudar del amor de Cristo y de su vivencia en nuestro corazón. Quizá hasta sintamos la tentación de retroceder y dejar de seguirlo, o la de abandonar la oración y ser irresponsables en el cumplimiento de nuestras tareas. Además, por lo mismo que podemos interpretar mal esos estados de ánimo, quizá lleguemos a perder la justa autoestima, que sicológicamente es muy importante.

En el siguiente enfoque de la vida religiosa, me propuse fijar la atención de quien ya ha profesado en estas situaciones de por sí frecuentes, según tiempos, lugares y personas, pero que es necesario enfrentar valerosamente. Empieza así:

Si en la noche de tu historia,
Jesucristo, que es el Santo,
se te oculta, y sufres tanto
por sentir que eres escoria,
tú recuerda que Él te llama
a sufrir con Él un poco,
transformándote en un foco
del amor con que te inflama.

En tales situaciones, es necesario reaccionar del modo como Jesucristo nos dio ejemplo y como las enfrentaron los santos:

Con premura, pues, sé firme
de la vida en la gran brega;
haz así total tu entrega
que tu amor a Dios confirme.

En efecto, sólo enfrentando con humildad, paciencia y fortaleza esas duras experiencias, podemos demostrar que nuestro seguimiento de Cristo es incondicional, tanto en

las buenas y en las malas, como en las dulces y en las amargas. Tendría muy poco significado y menor mérito imitar a Jesucristo sólo si tal seguimiento nos llevara a estar constantemente inmersos en estados de ánimo extasiantes. Por eso continúa así:

Porque si amar te interesa
a Jesús, que bien conoces,
tú confiesa a grandes voces
que lo harás con entereza.

Esta entereza significa cortar de raíz con los que la palabra de Dios considera los típicos enemigos del hombre en esta vida:

Rompe, pues, así tus lazos
con mundo, carne y demonio,
y deja, en gran testimonio,
huellas de amor con tus pasos.

A continuación, se hace referencia al efecto tan profundo y hermoso que tiene esa acción por la que una persona mata la concupiscencia mediante la real observancia de los tres votos:

Cuando acepta una mujer;
en su profunda conciencia,
matar la concupiscencia,
transforma en Cristo su ser;
y así, no es ella quien vive
después de haber ella muerto;
Jesús, el Cristo, —yo advierto—,
es quien en ella revive.
Y este morir y vivir
en tan divino concierto,

es el que vuelve, por cierto,
eterno aquel compartir;
pues quien comparte el dolor
con Jesucristo sufriente,
reflejará eternamente
la intensa luz del Tabor.

En realidad, hay que aprender a conjugar la vida con la muerte y la muerte con la vida, tanto en esta existencia temporal en el mundo como en la vida espiritual requerida por nuestro seguimiento a Cristo Jesús, seguros de que, así como Él, al aceptar morir en la cruz por amor a su Padre y a nosotros, mereció ser resucitado gloriosamente y ascender al cielo para sentarse a la derecha del Padre, así también nosotros, siguiendo a Jesús fielmente cargando con nuestra cruz, estaremos junto a Él participando eternamente de su gloria, de la que nos dio un anticipo sensible en su transfiguración en el Monte Tabor, teniendo como testigos a Pedro, Santiago y Juan.

He aquí íntegro este enfoque, tan propio para meditar cuantas veces enfrentemos cualquier clase de obscuridad del alma:

Si en la noche de tu historia,
Jesucristo, que es el Santo,
se te oculta, y sufres tanto
por sentir que eres escoria,
tú recuerda que Él te llama
a sufrir con Él un poco,
transformándote en un foco
del amor con que te inflama.

Con premura, pues, sé firme

de la vida en la gran brega;
haz así total tu entrega
que tu amor a Dios confirme.
Porque si amar te interesa
a Jesús, que bien conoces,
tú confiesa a grandes voces
que lo harás con entereza.
Rompe, pues, así tus lazos
con mundo, carne y demonio,
y deja en gran testimonio
huellas de amor con tus pasos.

Cuando acepta una mujer,
en su profunda conciencia,
matar la concupiscencia,
transforma en Cristo su ser.

Y así, no es ella quien vive
después de haber ella muerto;
Jesús, el Cristo, —yo advierto—,
es quien en ella revive.
Y este morir y vivir
en tan divino concierto,
es el que vuelve, por cierto,
eterno aquel compartir;
pues quien comparte el dolor
con Jesucristo sufriente,
reflejará eternamente
la intensa luz del Tabor.

Entregarse a Jesucristo, Para Servir

En todas las cosas naturales existe una esencial, íntima y completa relación entre el ser de ellas y su respectivo quehacer, porque el ser de cada cosa natural es el que determina su quehacer. En efecto, con un determinado ser sólo se puede realizar un definido quehacer. Un ejemplo ayuda mucho a entender este fundamental principio de filosofía: precisamente y sólo porque el sol es como es, puede tener como quehacer irradiar esa asombrosa cantidad de luz, de calor y de energía a todos los planetas de su sistema sideral.

Esta misma relación existe entre la estructura de cada cosa artificial y la acción o el servicio que presta: porque este aparato tiene esta estructura, su acción es enfriar los alimentos; porque este otro tiene muy diferente estructura, su servicio es recibir las imágenes y el sonido propios de la televisión.

Pues bien, esta misma relación entre ser y quehacer existe entre el ser y el quehacer de toda persona humana; pero esto no sólo es válido para lo común a todos, sino también para lo particular de grupos humanos o de

cada persona. Lógicamente, el hombre que es médico requiere algo en su ser, adquirido por sus estudios y su práctica, que le facilita cumplir con su quehacer, que es curar a los enfermos.

Por consiguiente, también se debe dar esta íntima relación común y propia de la religiosa: No sólo se requiere que sea persona humana femenina, sino también ese algo que la capacita para realizar el quehacer propio de su vocación, de acuerdo al respectivo carisma de la orden o congregación en la que profesa. Además, es de suma importancia tener presente que cuanto mayor calidad tiene alguien en su respectivo ser, de mayor calidad será también el quehacer con el que va a servir y a dar testimonio.

Ahora se comprende mejor este principio de filosofía: el ser es para el quehacer; y, correlativamente, también este otro: por el quehacer se conoce el ser, porque dada la esencial relación que entre ambos existe, por la que este definido quehacer se origina en este determinado ser, conociendo el quehacer, se conoce por necesidad el ser. Más aún, como el quehacer es acción, y las acciones son las que más resaltan ante nuestros sentidos y nuestra inteligencia, es precisamente el quehacer el que facilita mucho más conocer el ser de donde procede. Por tanto, en la realidad, primero es el ser y después el quehacer; pero para el conocimiento, primero es el quehacer y después es el ser.

¿La reflexión precedente parece muy enredada? Puede parecerlo, pero en realidad es sumamente clara por sencilla, y, además, es emocionante su aplicación a la vida, que podemos expresar así: ¿quieres realizar un mejor o más perfecto quehacer? ¡Mejora o haz más perfecto tu ser; y, en cuanto de ti dependa, perfecciónalo incansablemente para que así sea tu quehacer: cada vez más perfecto! Y esto se debe aplicar tanto a nuestra

propia persona cuanto a nuestro estilo de vida, de acuerdo a la vocación libremente elegida.

¿Cuántas veces hemos visto que al final de su larga vida unas personas se sienten frustradas y otras muy realizadas? Esto se debe a lo expuesto en la reflexión: las frustradas, como consecuencia lógica de lo poco o nada bueno, o quizá de lo mucho malo que hicieron, no pueden menos que comprobar que disminuyeron, o descuidaron, o de plano desintegraron su ser, y por eso resultó tan mínimo o condenable su quehacer; y las realizadas, porque mirando hacia atrás para hacer una evaluación de su vida, rebosa su corazón de gozo porque con los dones naturales que cultivaron en correspondencia a la gracia de Dios, han logrado que el mundo sea mejor que como lo encontraron al nacer. ¿Qué mayor y más grata y más justa satisfacción que ésta deseamos sentir al llegar la ancianidad, aun si fuera un tanto más cuanto achacosa? Porque cuando se ha vivido así, como lo exige nuestra dignidad humana y nuestra vocación cristiana, se está en el umbral de lo que todos esperamos escuchar de labios de Jesucristo juez: "Venid, benditos de mi Padre; recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo." (Mt 25, 34).

Así pues, cuando una religiosa ya ha pasado gran parte de su vida empeñándose constantemente en perfeccionar su ser y realizando un benéfico quehacer, es muy justo que tanto ella cuanto todos y cada uno de los que con ella se relacionan, recorran mentalmente su vida pasada para ponderar el grado de excelencia que alcanzó en su ser y su quehacer, para que ella y quienes la estiman, admiren, alaben y agradezcan la sabiduría, el amor y el poder de Dios que se manifestaron en ella. Lo que he expuesto hasta aquí permite ahondar en los aspectos de la vida de una

religiosa que se resaltan en el siguiente enfoque:

Yo recorro los caminos
de tus gestas religiosas,
tras tus huellas luminosas
y tus logros tan divinos.

Compromiso contrajiste
enclavada con Jesús,
y abrazándote a su cruz,
cinco lustros lo viviste.

Todos sabemos que Dios quiso asociar a la Virgen María, mediante su maternidad divina, a la obra redentora de su Hijo Jesucristo, quien, poco antes de morir, nos encomendó a ella para que fuera madre de la Iglesia y madre de todos y cada uno de los creyentes, y aun más, de todos los hombres, como Cristo Jesús es redentor universal; por ese motivo, ella nos obtiene de su divino Hijo muchas bendiciones, entre las que indudablemente se cuentan muchas vocaciones a la vida consagrada:

Fue su Madre quien te atrajo
separándote del mundo,
y acabaste con lo inmundo
con un fiero y grande tajo.

Es decir, que abrazar la vida consagrada requiere cortar de un tajo todos los lazos que nos atrapan en el mundo. Por eso mismo es muy grande la alegría espiritual que esta vocación produce en el corazón de las mujeres que generosamente optan por ella, a sabiendas de que deben enfrentar no pocas resistencias más o menos dolorosas, que brotan de la naturaleza

humana afectada por el pecado, hasta que las subyugan apoyadas en la fuerza de Cristo:

Y muy justo es este gozo
que rebasa mucho tu alma;
con el tuyo el nuestro empalma
rebosando de alborozo;
pues Jesús es tu alegría,
por tus votos imitado;
ellos te han transfiguradò
a su imagen, noche y día.

Para mejorar el ser y el quehacer propio de la vida consagrada, hay que poner en orden todos los deseos del corazón, arrancando de raíz los que son desordenados, si no es que también contradictorios; mas, ¡con qué preciosos efectos!:

Sometiste el corazón
renunciando a mil quereres;
y por Cristo virgen eres
por tu fe y tu donación.

Recorriendo vas los años
de servicio y santa entrega
a Jesús, que no te niega
superar tus desengaños.

En efecto, en las tres vocaciones eclesiales hay que superar desengaños, que no faltan por uno u otro motivo; por ejemplo, porque no siempre es comprendida la vocación religiosa, y a veces es objeto de erróneas interpretaciones y hasta de burlas y sarcasmos, como cuando alguien piensa que la mujer que elige la vida consagrada lo hace por efecto de una decepción

amorosa, o porque no tenía otra opción abierta en su vida. Otras veces los desengaños provienen de la poca o nula respuesta que dan a Cristo y a su Iglesia algunas personas que por la labor de la religiosa reciben la luz del Evangelio o los servicios de promoción humana y educación cristiana. A continuación se mencionan algunos de los variados y valiosos servicios que presta una misma religiosa, a fin de que los creyentes y los no creyentes beneficiados los sepan apreciar:

Así fuiste derramando
tus carismas y tus dones,
conquistando corazones
mientras ibas progresando.

Fuiste humilde misionera
en barriada miserable,
mientras con palabra amable
enseñabas por doquiera.

Cual maestra de novicias
las forjaste sabiamente,
saturándoles la mente
de Jesús con las delicias.

También fuiste secretaria
diligente y cuidadosa,
y una ecónoma hacendosa
ante situación precaria.

Y, cual madre general,
tú lograste con sapiencia
guiar a todas con paciencia
y un amor que fue total.

Es un hecho muy generalizado que tanto mujeres cuanto hombres, entre más vivimos, mayor número de penas, molestias y dolores debemos afrontar, efecto de nuestra herencia genética, del personal modo de vivir y de los agentes infecciosos que abundan en nuestro mundo para equilibrar la vida con la muerte. También el deterioro del cuerpo está en proporción directa con la gran pasión y la incondicionalidad de la entrega con la que alguien vive su vocación eclesial; de aquí que no sea raro que personas muy abnegadas muestren mayores estragos en su cuerpo, los que, cuando todo se hace por amor a Dios y al prójimo, le merecerá mayor recompensa en el cielo. Esto también sucede con frecuencia en las religiosas:

No te apenes si hoy afrontas
mil dolores de la vida,
si la llevas bien vivida
y a la cumbre te remontas.

Sea, pues, tu regocijo
muy profundo y valedero,
testimonio verdadero
del buen Dios que te bendijo.

Quienes han vivido de esta tan edificante manera, sienten que espontáneamente les brota un canto de alabanza a Dios, por la grandeza de su amor que los capacitó para vivir su vocación, a veces, con heroísmo:

Brote libre así tu canto
en señal de gratitud;
pues de Dios la magnitud
obró en ti heroísmo tanto.

El enfoque completo, pacientemente rumiado, iluminará y fortalecerá a quienes andan tratando de descubrir y admirar los ejemplos que nos dan cuantos han seguido a Cristo Jesús:

Yo recorro los caminos
de tus gestas religiosas,
tras tus huellas luminosas
y tus logros tan divinos.

Compromiso contrajiste
enclavada con Jesús,
y, abrazándote a su cruz,
cinco lustros lo viviste.

Fue su Madre quien te atrajo
separándote del mundo,
y acabaste con lo inmundo
con un fiero y grande tajo.

Y muy justo es este gozo
que rebasa mucho tu alma;
con el tuyo el nuestro empalma
rebosando de alborozo;
pues Jesús es tu alegría,
por tus votos imitado;
ellos te han transfigurado
a su imagen, noche y día.

Sometiste el corazón
renunciando a mil quereres;
y por Cristo virgen eres
por tu fe y tu donación.

Recorriendo vas los años
de servicio y santa entrega
a Jesús, que no te niega
superar tus desengaños.

Así fuiste derramando
tus carismas y tus dones,
conquistando corazones
mientras ibas progresando.

Fuiste humilde misionera
en barriada miserable,
mientras con palabra amable
enseñabas por doquiera.

Cual maestra de novicias
las forjaste sabiamente,
saturándoles la mente
de Jesús con las delicias.

También fuiste secretaria
diligente y cuidadosa,
y una ecónoma hacendosa
ante situación precaria.

Y, cual madre general,
tú lograste con sapiencia
guiar a todas con paciencia
y un amor que fue total.

No te apenes si hoy afrontas
mil dolores de la vida,
si la llevas bien vivida
y a la cumbre te remontas.

Sea, pues, tu regocijo
muy profundo y valedero,
testimonio verdadero
del buen Dios que te bendijo.

Brote libre así tu canto
en señal de gratitud;
pues de Dios la magnitud
obró en ti heroísmo tanto.

La Vida Consagrada... ¡las Esforzadas la Arrebatan!

Nuestro Señor Jesucristo dijo: "Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan." (Mt 11, 12). Estas palabras del Señor Jesús suelen interpretarse en varios sentidos; el primero es que el divino Maestro, poniendo de ejemplo la misión profética cumplida en una vida tan áspera como la que llevó su Precursor, del cual dijo que no había venido otro más grande entre los nacidos de mujer, quiso resaltar la violencia, es decir, el vencimiento propio y el grande esfuerzo que hacen los que conquistan el Reino de Dios, aceptando las más duras renuncias.

Este vencimiento se necesita en cualquiera de las vocaciones cristianas, pero de manera particular en los hombres y las mujeres que escogen seguir a Jesucristo ingresando a algún instituto religioso de vida comunitaria, ligados por votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza. Tal es el pensamiento inicial del siguiente enfoque, que, además, explica porqué tal vida y tan bello compromiso requieren ese gran esfuerzo:

Las mujeres esforzadas
son de Cristo las llamadas
a emitir perpetuos votos,
los que nunca han de ser rotos,
manteniendo siempre vivos
los anhelos respectivos
de vivirlos sin reservas,
sin dejar que malas yerbas
los conviertan en ambiguos.

En efecto, todo compromiso fuerte, cuando es perpetuo, requiere de manera indispensable que se mantenga siempre vivo el anhelo de vivirlo sin reservas; en otras palabras, es necesario que por la oración, la meditación y el fortalecimiento de la voluntad con la gracia de Jesucristo, se conserven y aumenten la generosidad y el entusiasmo iniciales, porque el corazón humano, como la batería que proporciona energía eléctrica para poner en movimiento el motor de un automóvil, requiere que, mientras desplaza energía para enriquecer a otras personas, simultáneamente se recargue, porque, de lo contrario, se agota en muy poco tiempo. Todas las expresiones de vida en este mundo suelen estar expuestas a plagas; por esta razón añado, refiriéndome a los votos:

sin dejar que malas yerbas
los conviertan en ambiguos.

¿Qué son esas "malas yerbas"? Una terrible que puede minar las más férreas voluntades si no se fortalecen con la gracia de Jesucristo, es la gran incomprensión que existe en muchas personas, aun creyentes, acerca de la vida consagrada por los votos perpetuos, la que se manifiesta en sentimientos de compasión o lástima; o

cuando tantas personas opinan que si tales o cuales mujeres abrazaron la vida consagrada, seguramente se debió a alguna decepción amorosa; tanto es así, que este erróneo juicio es tema frecuente de guiones cinematográficos y de novelas y telenovelas. Otras personas piensan que se debe a que ellas, las que profesan, se sentían incapaces para enfrentar la vida por otros caminos. Las religiosas no deben desalentarse por actitudes, como la de Martín Lutero y seguidores, que de plano negaron el gran valor de este estilo de vida, rechazándolo de raíz. Tuvieron que pasar cuatrocientos cincuenta años para que personas de fe protestante redescubrieran la grandeza de tan singular vocación, como son los monjes de la comunidad de Taizé, en Francia. En la actualidad, esa comunidad, con su redescubrimiento de la grandeza de la vida religiosa, está fomentando en gran medida la unidad de los cristianos.

A continuación se menciona otro aspecto sobresaliente de la vida religiosa:

Yo os alabo y os bendigo
porque sois tan generosas,
—de lo cual yo soy testigo—,
y al igual que bellas rosas
comprendéis que las espinas
forman parte de la vida,
y por eso en gran medida
las miráis cual joyas finas;
pues los hombres hoy detestan
compromisos permanentes,
y se burlan de las gentes
que a aceptarlos bien se aprestan.

Son muchísimas las personas que no comprenden, y

por eso viven en profundo desconcierto, por qué la vida humana, en general, si por un lado es tan bella como las rosas, por qué también la acompañan muchas espinas en forma de mil dolores, penas y contratiempos. En esta falta de comprensión se origina que rechacen sistemáticamente asumir compromisos permanentes de toda índole, incluyendo el que exige el verdadero matrimonio, al que la inmensa mayoría de hombres y mujeres sienten una profunda inclinación natural. Mucho menos pueden comprender que alguien asuma compromisos tan permanentes como los votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza. Esta incomprensión surge de otra: del desconocimiento y poco aprecio del más sublime ejemplo que nos dio nuestro divino Redentor:

Mas fue Cristo quien nos dijo
que el mayor amor lo tiene
quien muy firme lo mantiene
hasta el fin, cual crucifijo.

En efecto, el Señor Jesús nos enseñó: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos." (Jn 15, 13). Y Él lo llevó al extremo que hace notar San Pablo: "...sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz." (Fil 2, 6). Es oportuno recordar aquí la severa reprensión que Cristo Jesús le dio a Pedro cuando éste, en un comprensible arrebato, dado el grande aprecio que él tenía a su Maestro, trató de disuadirlo de que fuera a Jerusalén, pues acababa de informar a sus apóstoles que sería aprehendido y condenado injustamente; que sufriría mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y

los escribas, y sería condenado a muerte; "¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!" (Mt 16, 21). ¡Lamentablemente, sigue habiendo muchísimas personas que bajo apariencia de compasión, tratan de disuadir a hombres y mujeres de adoptar la vida religiosa consagrada por los votos, en seguimiento de Jesucristo! De aquí que prosiga este enfoque:

Y, en efecto, profesar
sin ningunas condiciones
y en totales oblaciones,
es a Cristo confesar
tanto en vida como en muerte,
aceptando lo que venga
como al Padre le convenga,
porque excelsa es vuestra suerte.

Y tal cosa son los votos
por vosotras emitidos,
que serán muy bien vividos
con arranques tan devotos,
ofreciendo testimonio
del divino matrimonio
que con Cristo contraéis,
aunque a veces lloraréis.

Sin embargo, ese llanto es uno de los típicos de quienes, al llorar, merecen ser calificados de bienaventurados:

Mas entonces en vosotras
será bella realidad
lo que Cristo, en caridad,
enseñó entre cosas otras:

los que en este mundo lloran
bien serán aventurados;
y, además de consolados,
lograrán la paz que imploran.

El enfoque termina con palabras de aliento para quienes decidieron seguir a Jesucristo por este estrecho camino que conduce a la vida eterna. Helo aquí completo:

Las mujeres esforzadas
son de Cristo las llamadas
a emitir perpetuos votos,
los que nunca han de ser rotos,
manteniendo siempre vivos
los anhelos respectivos
de vivirlos sin reservas,
sin dejar que malas yerbas
los conviertan en ambiguos,
cual lo hicieron los antiguos.

Yo os alabo y os bendigo
porque sois tan generosas,
—de lo cual yo soy testigo—,
y al igual que bellas rosas
comprendéis que las espinas
forman parte de la vida,
y por eso en gran medida
las miráis cual joyas finas;
pues los hombres hoy detestan
compromisos permanentes,
y se burlan de las gentes
que a aceptarlos bien se aprestan.

Mas fue Cristo quien nos dijo

que el mayor amor lo tiene
quien muy firme lo mantiene
hasta el fin, cual crucifijo.

Y, en efecto, profesar
sin ningunas condiciones
y en totales oblaciones,
es a Cristo confesar
tanto en vida como en muerte,
aceptando lo que venga
como al Padre le convenga,
porque excelsa es vuestra suerte.

Y tal cosa son los votos
por vosotras emitidos,
que serán muy bien vividos
con arranques tan devotos,
ofreciendo testimonio
del divino matrimonio
que con Cristo contraéis,
aunque a veces lloraréis.

Mas entonces en vosotras
será bella realidad
lo que Cristo, en caridad,
enseñó entre cosas otras:
los que en este mundo lloran,
bien serán aventurados;
y, además de consolados,
lograrán la paz que imploran.

Y estad ciertas que la historia
ya consigna vuestro gozo,
lo que aumenta el alborozo
por la espléndida victoria.

Testigos de la Verdad y la Caridad

Las instituciones eclesiales intermedias han surgido, a través de dos mil años, por la necesidad de enfrentar graves retos de presencia y de testimonio de salvación que debe dar la Iglesia, porque el Señor Jesús la fundó precisamente para ser señal e instrumento de su salvación. Y dado que la salvación de nuestro Señor Jesucristo empieza anunciando el Evangelio, y debe terminar promoviendo a los hombres al mayor grado de amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, especialmente a los que más lo necesitan, que son los pobres de la verdad de Dios y de los hombres y los pobres de bienes materiales, gran número de congregaciones religiosas femeninas han sido instituidas para evangelizar misionando dentro y fuera de la propia patria, así como también para satisfacer múltiples necesidades afectivas y materiales de una gran variedad de personas, pero preferencialmente pobres, huérfanos y ancianos.

Pues bien, el presente enfoque de la vida consagrada, lo escribí tomando en cuenta precisamente estos dos

fundamentales carismas que tantas congregaciones religiosas de mujeres ponen al servicio de los desvalidos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, en ocasión de las bodas de plata que cumplía un miembro de estas instituciones:

Mucha vida en este suelo,
realizada con amor;
hoy tú cumples, ¡qué consuelo!,
para gloria del Señor.

Porque son veinticinco años
de obediencia y castidad,
con pobreza, sin engaños,
tal como es tu caridad.

Porque nosotros los hombres, por haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, que es amor puro, amor total, amor operante, amor gratuito, debemos hacer todo por amor y todo para amar. Y puesto que el amor debe ser proporcionado a quien más lo merece o más lo necesita, es indispensable que amemos más a Dios, porque es Padre infinitamente bueno, así como a Jesucristo y al Espíritu Santo, tan infinitos en amor como el Padre; por lo tanto, ellos son quienes más se lo merecen. Pero también debemos amar al prójimo, con mayor razón a los pobres, porque son los que más lo necesitan. Esto nos permite comprender que hacer todo lo que más podamos por el prójimo, en general, y por los pobres, en particular, sólo por amor a Dios y a los mismos prójimos, es la más fuerte motivación para abrazar la vida consagrada ligada con votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza. Pero simultáneamente, ésta es la fuente de mayor satisfacción para quien ha optado por este estilo de vida. Por consiguiente, el

enfoque resalta aspectos fatigosos de la vivencia de este carisma misionero, que para mucha gente pasan desapercibidos:

No se asienta todavía
mucho polvo que tus pies
de misionera en la vía
levantaron, como ves;
porque a muchas partes fuiste,
pregonera de Jesús,
y el camino recorriste
de su cruz hacia la luz.

Enseguida se ponderan los aspectos conmovedores de brindar amor y consuelo a los pobres:

Además, te has prodigado
en servir a tantos pobres
que el Señor te ha encomendado,
sin que a ellos nada cobres
más que inmensa gratitud;
porque en ti encontraron madre
que con fe y solicitud,
sus corazones taladre
que el dolor petrificó;
pues son tantas las angustias
que la vida les legó,
que se hicieron almas mustias.

Finalmente, ¿qué otra cosa se le puede decir a quienes ya han cumplido muchos años de dar este bello testimonio prestando tan valiosos servicios, pero que apenas se encuentran, como dice Dante Alighieri en el primer verso de su Divina Comedia, en medio del camino de su vida?:

Sigue, pues, en este suelo,
dando amor con mucho apremio,
que a su tiempo Cristo en premio
te coronará en el cielo.

He aquí completo el enfoque:

Mucha vida en este suelo,
realizada con amor;
hoy tú cumples, ¡qué consuelo!,
para gloria del Señor.

Porque son veinticinco años
de obediencia y castidad,
con pobreza, sin engaños,
tal como es tu caridad.

No se asienta todavía
mucho polvo que tus pies
de misionera en la vía
levantaron, como ves;
porque a muchas partes fuiste,
pregonera de Jesús,
y el camino recorriste
de su cruz hacia la luz.

Además, te has prodigado
en servir a tantos pobres
que el Señor te ha encomendado,
sin que a ellos nada cobres
más que inmensa gratitud;
porque en ti encontraron madre
que con fe y solicitud,
sus corazones taladre

que el dolor petrificó;
pues son tantas las angustias
que la vida les legó,
que se hicieron almas mustias.

Sigue, pues, en este suelo,
dando amor con mucho apremio,
que a su tiempo Cristo en premio
te coronará en el cielo.

Ser Religiosa: ¡Valiente Decisión!

Dios, por ser eterno e infinito en perfección, no tiene nada que celebrar como sobresaliente en su vida; ningún momento o circunstancia en Él es más importante o decisivo que otro, porque su ser es simultáneo, no sucesivo; perfectísimo en su totalidad, porque no empezó a ser ni dejará de ser, y porque nunca es mejor después que antes ni antes que después. Simplemente Dios es siempre igual y siempre se disfruta plenamente a sí mismo. Diríase, pues, que experimenta una simultánea e infinita complacencia de ser quien es, de ser siempre perfectísimo en sabiduría, misericordia, amor, justicia, poder y belleza. Por tanto, todo Él es una infinita y eterna celebración. Yo me complazco frecuentemente y disfruto ponderando, hasta donde me es dado, esta fascinante prerrogativa divina, y encuentro en tal reflexión, o, mejor dicho, en esta rudimentaria contemplación, un profundo gozo que me reanima porque, al fin y al cabo, todas las criaturas, y especialmente nosotros los hombres, somos los beneficiarios externos de tamaña grandeza.

En cambio, en nosotros sí hay momentos muy sobresalientes que celebrar con gozo proporcionado a su magnitud, porque son de una importancia trascendental que se refleja a lo largo de nuestra existencia. Estos momentos son dos: el fundamental, que es el hecho de haber empezado a ser en el seno de nuestra madre, para después nacer; y cuando tomamos estado, es decir, cuando le marcamos un rumbo definido a nuestra vida, que nos permite aprovechar al máximo nuestras capacidades, como, por ejemplo, cuando decidimos contraer matrimonio, profesar en la vida religiosa o ser ordenado sacerdote. En efecto, qué terrible sería no existir, jamás haber saltado de la nada al ser, porque así como ser Dios es lo máximo concebible en perfección, permanecer en la nada es lo más abominable porque es la negación total y absoluta de ser. Por este motivo, lo que debemos celebrar, no cada año, sino todos los días, minuto tras minuto, es ser, existir, haber sido concebidos, haber nacido y seguir viviendo. A partir de este don, muchísimas cosas buenas y bellas están a nuestro alcance; en cambio, sin él, quedamos definitivamente excluidos de tantas cosas verdaderas, bellas, nobles y dignas.

Sin embargo, a propósito de este don fundamental, también hay que ponderar otro aspecto de suma importancia: ¿de qué nos sirve haber nacido y vivir si no aprovechamos nuestra existencia logrando todo aquello que está a nuestro alcance? Porque, desde este punto de vista, resultaría mejor no haber nacido, que nacer para desperdiciar nuestro ser porque no lo encauzamos hacia la verdad, hacia la lucha por la justicia, hacia la vivencia del amor comprometido. Para evitar posibles confusiones, es necesario dejar en claro que nadie puede deducir de este razonamiento, que es legítimo y moralmente bueno provocar abortos, porque

ningún hombre tiene derecho de interrumpir la vida de un inocente, que, como todos, está ordenado por Dios a participar de la vida temporal y, por ella, de la verdad, de la justicia y del amor en este mundo; y, finalmente, de la felicidad eterna, plenamente inmerso en Dios. Si los que están a favor del aborto provocado pretenden justificarlo por los males físicos, es decir, carencia de bienes materiales o enfermedades que quizá le esperan a algunos de los que vienen a este mundo, los invito a reflexionar que entonces ellos, los proabortistas, serían los primeros que no debieron existir, porque promoviendo y realizando el aborto, se vuelven homicidas de inocentes, con premeditación, alevosía y ventaja; es decir, en sujetos afectados no por males físicos, sino morales, que son con mucho los peores y más malignos que pueden darse; por lo que menos se justificaría que ellos hayan venido a la vida; y, en tal caso, merecerían que de ellos Jesucristo dijera lo que recalcó acerca de Judas, el discípulo traidor: ¡más les valiera no haber nacido!

Así pues, para no desperdiciar nuestro ser, es necesario que todos y cada uno de los hombres tomemos oportunamente una decisión de tal importancia que sea apta para orientar y definir nuestro estado de vida, dándonos seguridad y eficacia para aprovechar lo mejor que podamos nuestras capacidades y los carismas heredados o adquiridos. Eso es precisamente lo que significa tomar "estado de vida": algo claro, definido, estable, porque, de lo contrario, nos debatiríamos permanentemente en la indecisión, en la engañosa postura que algunos toman de mantenerse sin compromiso permanente alguno, como quien dice, para poder decir en cualquier momento de su vida lo mismo sí que no, a como les vaya conviniendo coyunturalmente, de acuerdo a sus cambiantes estados de ánimo. Esta clase de personas nunca llegan

lejos en ninguna dirección, porque después de dar algunos pasos en una cualquiera, cambian de rumbo cuantas veces les viene en gana.

Por tal motivo, la segunda grande decisión que nos corresponde celebrar en nuestra vida, después de la fundamental de haber nacido, es la de escoger tiempos, modos y lugares de aprovechar nuestras capacidades para perfeccionamiento nuestro y para enriquecimiento de cuantas más personas podamos servir, que es la única forma de que le demos gloria a Dios, ya que su gloria no puede radicar en el desperdicio de nuestro yo. Ahora bien, es indudable que una de las decisiones más importantes que se pueden tomar al respecto, es la de consagrarse perpetuamente a alcanzar un mayor grado de perfección personal, sirviendo al pueblo por amor a Dios, ingresando a un instituto religioso, ligándose con los votos de obediencia, castidad y pobreza, imitando a Jesucristo. En efecto, con esta decisión ya se tiene un ideal muy claro, muy noble, muy definido. El camino a seguir y los pasos a dar están perfectamente marcados en las constituciones y el reglamento del instituto religioso seleccionado, y se cuenta con el apoyo de toda la institución que ya está sólidamente estructurada. Ésta es la razón por la que doy principio a este enfoque, recalcando la importancia de la decisión de ser religiosa:

Hoy es día de recuerdo
y muy digno de alabanza,
porque por tu buena crianza
has tomado un gran acuerdo:
imitar a Jesucristo
de manera más estrecha,
y dejar así maltrecha,
como nadie nunca ha visto,
la tenaz concupiscencia

de la carne y de los ojos,
superando los enojos
de cualquiera hinchada ciencia.

En efecto, la concupiscencia de la carne, es decir, las ansias desmedidas del placer sexual y el de comer y beber, así como la concupiscencia de los ojos, que consiste en afanes exagerados de tener más y más cosas para usufructuarlas, son altamente destructivas de las personas atrapadas por ellas, y causantes de su falta de fortaleza para tomar la valiente decisión de optar por un estado de vida muy comprometido con la verdad, la justicia, el amor y la servicialidad. La religiosa, en cambio, que asume el compromiso de obediencia, castidad y pobreza, se inmuniza contra tales concupiscencias, quedando muy libre para darse toda a los demás, mientras enriquece su espíritu en la misma medida en que ella se da. Además, si bien es cierto que es mejor dar que recibir, igualmente cierto es que la mejor manera de recibir es dar con amor y por amor, porque, en tal caso, la persona donante crece más en perfección y se realiza de manera más amplia y profunda.

Un estado de vida debe escogerse no sólo a partir del ser natural recibido en el seno de nuestra madre, que nos constituyó personas humanas, sino también del ser hijos de Dios que adquirimos por nuestro segundo nacimiento por el agua y el Espíritu Santo, que es el bautismo; porque ningún estado de vida es legítimo ni capaz de perfeccionarnos si va contra nuestro ser humano y nuestra calidad de hijos de Dios. Por eso continúo diciéndole a la religiosa:

El fermento del bautismo
transformó tu vida entera,

convirtiendo en placentera,
dominado tu egoísmo,
la gran ruta de la cruz;
pues cargando tú con ella
tras la meta que es más bella,
te permite ir a Jesús,
el que siempre va adelante
cual pionero, hombre divino,
indicándote el camino
con su ejemplo estimulante.

Porque hay que recordar que nuestro Señor Jesucristo nos reveló que Él es nuestro camino, y que no hay otro modo de seguirlo más que cargando con nuestra cruz, puesto que Él mismo no tuvo otra manera de cumplir con la misión que le encomendó el Padre, que hacerse por nosotros obediente hasta la muerte de cruz. Indiscutiblemente, el deseo de seguir a Jesucristo bien abrazados a nuestra cruz, es el que ha llevado a tantas y tantas personas de ambos sexos a abrazar la vida religiosa mediante la observancia de los tres conocidos votos que, por lo mismo que son un modo preciso de crucificarse con Cristo y por Cristo, frecuentemente no dejan de saber tan amargos como la hiel que le dieron a nuestro divino Redentor ya clavado en la cruz. Por eso doy fin al enfoque dando un aliento a la religiosa:

Y aunque te sepan a hiel,
a veces, tus compromisos,
cúmplelos siempre con visos
de amor a Cristo muy fiel.

He aquí íntegro el enfoque:

Hoy es día de recuerdo

y muy digno de alabanza,
porque por tu buena crianza
has tomado un gran acuerdo:
imitar a Jesucristo
de manera más estrecha,
y dejar así maltrecha,
como nadie nunca ha visto,
la tenaz concupiscencia
de la carne y de los ojos,
superando los enojos
de cualquiera hinchada ciencia.

El fermento del bautismo
transformó tu vida entera,
convirtiendo en placentera,
dominado tu egoismo,
la gran ruta de la cruz;
pues cargando tú con ella
tras la meta que es más bella,
te permite ir a Jesús,
el que siempre va adelante
cual pionero, hombre divino,
indicándote el camino
con su ejemplo estimulante.

Y por eso tú profesas
cual perpetuos tus tres votos,
con los que también confiesas
tus propósitos devotos
de servir la entera vida
al más pobre y desvalido,
que de amor nunca ha sabido,
ni de techo, ni comida.

Y aunque te sepan a hiel,

a veces, tus compromisos,
cúmplelos siempre con visos
de amor a Cristo muy fiel.

Vocaciones Eclesiales Paralelas en el Sufrimiento

A lo largo de mis cincuenta y dos años de ministerio sacerdotal, y mucho más durante los treinta y ocho que llevo prestando mi servicio de obispo al pueblo de Dios, he podido constatar que es muy frecuente y a veces también admirable, que se dé una grande semejanza entre los caminos reales de seguir al Señor Jesucristo, en buen número de personas de las tres vocaciones eclesiales, que son la laical, la religiosa y la sacerdotal. Es decir que, aunque se da una gran variedad de modos de vivir la única e idéntica norma que nuestro Señor Jesucristo nos dio a todos sin distinción, que es ésta: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame," (Mt 16, 24); sin embargo, abundan los casos en los que hay semejanzas tan notables que facilitan una mayor comprensión de unos para los otros.

En efecto, al tratar con intimidad a tantos hermanos en la fe, he percibido una gran semejanza entre el modo concreto que a mí me tocó de "cargar con mi cruz," y el modo que le correspondió a algunos

sacerdotes, religiosas y laicos de cargar con la suya. En tales casos, cuando ellos han acudido a mí en demanda de luz y de aliento, les he podido hablar no tanto de lo que aprendí en libros, cuanto de lo que yo mismo experimenté tan profunda y dolorosamente.

Pues bien, el siguiente enfoque de la vida de la mujer consagrada a Cristo por los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, poniendo al servicio de Dios y del pueblo los carismas propios de su congregación, lo escribí para cuantas mujeres hayan tenido que acompañar más de cerca a Jesucristo, caminando bajo el especialísimo peso de su cruz durante años, cuando he percibido que tienen esa semejanza con la cruz que tuve que cargar en mi camino sacerdotal, yendo tras de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Por esta razón, lo recalco en los versos introductorios:

No sé si a hablar voy de ti,
o, al contrario, de mí.
Bien sé que tú te celebras
y sólo yo te acompaño;
verás que no te hago daño
ni que provoco en ti quiebras,
pues lo que voy a decir,
mas refiriéndome a ti,
vida primero fue en mí,
porque fue igual mi vivir
cual es tu vida y ha sido;
así, entendiéndome a mí,
he comprendidote a ti:
¡fuerza de Dios que ha vencido!

Es que en tan singulares circunstancias percibe uno que en el trasfondo de la propia debilidad, se ha mostrado más pujante y más amorosa la potencia de

Dios, a pesar de que, como a nuestro Divino Redentor en el Huerto de los Olivos, nos haya hecho sentir miedo y pavor. Por tal motivo, continúo diciéndole...

...que escogida fuiste víctima
en imitación honrosa
de aquel Hombre-Dios tan fiel,
para demostrar a todos
que su amor así se agranda
por penares de mil modos
que obediencia a Él le manda,...

para suplicarle en seguida que, lejos de callar, dé a conocer esos hilos que su vida entretejieron, que son dos:

...la grandeza
del pòder y del amor
del Dios noble y superior
que en ti volcó su destreza;
el otro es tu pequeñez
cual a todos delimita,...

Es que, en realidad, no hay mejor medio de comprender más profundamente a nuestros prójimos traspasados por tantas penas y dolores y para desear entregarse a su servicio, que haber sufrido y seguir sufriendo mucho:

Y fue así como viviste
llena siempre de ilusiones,
irradiando comprensiones
por doquiera que impartiste.

Juzgo que a muchas personas, aunque sean creyentes,

les falta conocer la amplitud y la importancia de los carismas que las religiosas ponen al servicio de tantas y tan variadas necesidades de nuestros prójimos. Si supieran cuánto bien les hacen las religiosas a personas de toda edad, sexo y condición, más apreciarían esa vocación, más apoyarían a quienes dan ese testimonio, y jamás se opondrían a que alguna hija o pariente cercana siguiera a Cristo Jesús, tan pronto como sintiera su amable y sutil invitación. En este enfoque se mencionan estos beneficios prestados con tanto estusiasmo por una dada religiosa, que en otras más pueden ser diferentes, pero siempre grandes.

Hay que recalcar que en las tres vocaciones eclesiales, las personas probadas por la carga de una muy pesada cruz, al amar mucho a Jesucristo, también aman mucho a sus prójimos, que pueden ser miembros de su familia, o cualesquiera otras personas, especialmente los huérfanos, los pobres, los ancianos y los enfermos; de aquí que ardan en deseos de servir más y más y se multipliquen en sus mentes los proyectos y las iniciativas de servicio, aumentando su dolor el hecho de verse muy limitadas, a veces impedidas en exceso por enfermedades u otras causas. Entonces es muy urgente que en tales casos recurran más a la fe viva en el amor y en el poder de Dios, pero, simultáneamente, manifestándole su plena disponibilidad para aceptar su voluntad, expresada a través de los acontecimientos que en el tiempo y en el espacio les vayan correspondiendo, tratando de imitar a nuestro Señor Jesucristo cuando en el Huerto de los Olivos le rogó al Padre que lo liberara de tan amargo cáliz, añadiendo: "pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." (Mt 26, 39). Y a continuación, la exhorto a consolarse:

Y recuerdas qué ocurrió:

te sentiste deprimida;
mas Él siempre recurrió
a enseñarte la salida.

Y si ansiosa de ser útil
a los pobres e ignorantes,
proponíaste cuanto antes
todo actuar y no ser fútil,
acudía Él presuroso
y enseñábate, sutil,
convenciéndote, amoroso,
que no son afanes mil
la manera indispensable
de crecer en perfección,
sino estar en sujeción
en acato responsable
a la voluntad divina,
cuando es dura e incomprensible,
y te humilla y es terrible;
pero que quien lo adivina
prontamente la descubre
cual sensato y sabio signo,
y hasta amable, —lo consigno—,
que al soberbio se le encubre,
de un amor más refinado
que no a todos Dios les brinda,
sino sólo a quien se rinda,
cual su Hijo bien amado.

¡Cuánto hay que profundizar en el contenido de esta reflexión, para poder comprender y enfrentar correctamente esta clase de situaciones que no pocas veces desorientan y producen amargura y rebeldía contra Dios en quienes reaccionan indebidamente! Lo cierto es que se requiere de muchísima fe, que hay que pedir humilde

y constantemente:

No es tu inteligencia humana
la que por sí sola ve
lo que Dios te ha hecho, hermana;
necesitas de la fe;
de esa fe que mueve montes
cuando humilde te sometes
y con Él te comprometes,
sin menguar tus horizontes,
a dejarte conducir
por sus vías luminosas,
enfrentando cuantas cosas
te pretendan disuadir.

A continuación, invito a la religiosa que pasa por estas pruebas a que imite a San Pablo,

Bien sé yo en quién he creído,
y me siento tan seguro
en su amor; —así lo juro—,
que en su cruz me he engreído;

y por este camino llega el Apóstol a una de sus más importantes convicciones, que explican su amor ardiente y su compromiso incondicional con Cristo Jesús, y, por Él, también con todos los hombres, judíos o paganos, porque su redención es universal:

...pues para mí, vivir
es tan sólo a Cristo amar
e incansable proclamar
que por Él quiero morir
y con Él resucitar...

Finalmente, este singular enfoque de la vida religiosa de tantas esforzadas mujeres, concluye con dos recomendaciones más valiosas que todo el oro del mundo, para que jamás sucumban ante el peso, al parecer excesivo, de su respectiva cruz.

Sigue, pues, preciada hermana,
con la urdimbre de tu vida,
en la forma consentida
que del buen Jesús dimana:
que siga siendo una trenza
con dos madejas tejida:
tu pequeñez elegida,
poder de Dios que la tensa.

Y si muy de cuando en vez
te sientes desmadejada,
no dejes, desalentada,
que el alma caiga a tus pies;
porque es muy grande el Señor;
y está segura que nunca
su obra en ti será trunca,
porque es sublime su amor.

Después de estas explicaciones, quien lea de corrido, pero meditando, todo el enfoque, se sentirá enriquecido por su luz y por su fuerza, y hasta cierto punto preparado para acompañar a cuantas personas estén viviendo su compromiso cristiano en situaciones semejantes. A continuación se transcribe:

No sé si a hablar voy de ti,
o, al contrario, de mí.
Bien sé que tú te celebras

y sólo yo te acompaño;
verás que no te hago daño
ni que provoco en ti quiebras,
pues lo que voy a decir;
mas refiriéndome a ti,
vida primero fue en mí,
porque fue igual mi vivir
cual es tu vida y ha sido;
así, entendiéndome a mí,
he comprendídote a ti:
fuerza de Dios que ha vencido.

Voy a pasar luego al grano;
afectos son que desgrano.

¿Quién imaginar pudiera
lo largo de tantos años
que entretejiendo te viera
con dos hilos tan extraños
tus tres votos religiosos
con anhelos generosos?

Por lo poco que yo sé
de lo que es tu vida íntima
—y no miento, bien se ve—,
que escogida fuiste víctima
en imitación honrosa
de aquel Hombre-Dios tan fiel,
que por vía dolorosa
caminó hasta beber hiel,
para demostrar a todos
que su amor así se agranda
por penares de mil modos
que obediencia a Él le manda,
que padeció hasta la muerte

cual quien todo bien invierte
en sublime adoración,
que con gozo ofreció al Padre
con carácter de expiación,
en presencia de su Madre.

Yo te ruego que esos hilos
que tu vida entretejieron
y que sólo dos lo fueron,
no los calles, sino dílos;
el primero es la grandeza
del poder y del amor
del Dios noble y superior
que en ti volcó su destreza;
el otro es tu pequeñez,
cual a todos delimita,
mas en ti como que invita,
ya pasada tu niñez,
a escogerla cual trasfondo
donde brille esplendoroso
de Dios Padre su amor hondo,
fascinante cuan hermoso.

Y fue así como viviste
llena siempre de ilusiones,
irradiando comprensiones
por doquiera que impartiste.

Y aunque no hubo en ti acepci
que a uno u otro excluyera,
resaltó tu inclinación
a quien más la mereciera,
que son jóvenes y niños,
de este mundo la esperanza
cuando Cristo los alcanza

con sus dones y cariños.

A los presos y a las presas
rescataste del olvido;
con afán les has servido
y sus vidas enderezas
allegándolas a Cristo,
que es al Padre buen camino,
nuestra meta y gran destino
que su amor nos ha provisto.

Mas llegó el momento aquel
sin ninguna compasión,
que mostró de modo cruel
una gran desproporción
entre impulsos los más briosos
de celosa misionera,
que empujábante doquiera
cual encantos misteriosos,
y tus fuerzas tan mermadas
para tanta iniciativa,
que contempla en perspectiva
de amor almas inflamadas.

Y recuerdas qué ocurrió:
te sentiste deprimida;
mas Él siempre recurrió
a enseñarte la salida.

Y si ansiosa de ser útil
a los pobres e ignorantes,
proponiaste cuanto antes
todo actuar y no ser fútil,
acudía Él presuroso
y enseñábate, sutil,

convenciéndote, amoroso,
que no son afanes mil
la manera indispensable
de crecer en perfección,
sino estar en sujeción
en acato responsable
a la voluntad divina,
cuando es dura e incomprensible,
y te humilla y es terrible;
pero que quien lo adivina
prontamente la descubre
cual sensato y sabio signo,
y hasta amable, —lo consigno—,
que al soberbio se le encubre,
de un amor más refinado
que no a todos Dios les brinda,
sino sólo a quien se rinda
cual su Hijo bien amado.

Así ves porqué proclama
el Apóstol, cuando exclama:
¡qué altitud de las riquezas
de sabiduría y ciencia
del buen Dios, por sus grandezas,
que se encubre a tu conciencia!
¡cuán inescrutables juicios,
cuán ocultos sus caminos!
Mas, ¡qué sumos beneficios,
qué grandiosos tus destinos!

No es tu inteligencia humana
la que por si sola ve
lo que Dios te ha hecho, hermana;
necesitas de la fe;
de esa fe que mueve montes

cuando humilde te sometes
y con Él te comprometes,
sin menguar tus horizontes,
a dejarte conducir
por sus vías luminosas,
enfrentando cuantas cosas
te pretenden disuadir.

Es por esto que te invito
a que con tu rostro enhiesto
y tu corazón bien puesto,
—a la Virgen te remito—,
le refrendes al Señor;
obediente hasta la muerte,
los tres votos, de tal suerte
que renueves el amor;
como para que no temas
lo que en el futuro incierto
sólo Cristo te hace cierto,
escribiendo en ti poemas,
según Pablo nos explica
y su vida testifica:
Bien sé yo en quién he creído,
y me siento tan seguro
en su amor, —así lo juro—,
que en su cruz me he engreído;
pues tan grande es su poder
que es capaz y muy cabal
de guardar hasta el final,
según diómelo a entender,
mi valioso compromiso,
estimando cual basura,
tan fugaz, que poco dura,
cuanto en este mundo hechizo
hay; pues para mí, vivir

es tan sólo a Cristo amar
e incansable proclamar
que por Él quiero morir
y con Él resucitar
a lo que ni el ojo vio,
ni el oído nunca oyó,
ni criatura imaginar
lo que Dios tan reservado
ya desde el principio tiene
a quien siempre se mantiene
amando y de Él amado.

Sigue, pues, preciada hermana,
con la urdimbre de tu vida,
en la forma consentida
que del buen Jesús dimana:
que siga siendo una trenza
con dos madejas tejida:
tu pequeñez elegida,
poder de Dios que la tensa.

Y si muy de cuando en vez
te sientes desmadejada,
no dejes, desalentada,
que el alma caiga a tus pies;
porque es muy grande el Señor,
y está segura que nunca
su obra en ti será trunca,
porque es sublime su amor.

Amor Probado en el Dolor

El presente enfoque de la vida consagrada resalta varios aspectos interesantes, a la vez que emotivos, de esta vocación eclesial, de la que Santo Tomás de Aquino dice que sitúa a quien la adopta en una ventajosa posición para alcanzar mayor grado de perfección cristiana. En efecto, todos los creyentes en Cristo estamos llamados a ser perfectos como perfecto es nuestro Padre celestial; (Cfr.: Mt 5, 48); lo que significa que en cualquiera de las tres vocaciones eclesiales, la laical, la religiosa y la sacerdotal, se pueden alcanzar grandes alturas de imitación de Jesucristo; sin embargo, en la vida real, en cualquier meta que alguien se propone alcanzar, cuentan mucho los medios de los que se echa mano.

He aquí un ejemplo: varias personas pueden proponerse llegar a una misma meta, digamos que viajar a la Ciudad de México desde Ciudad Juárez; sin embargo, la diferencia de los modos de viajar por ellas escogidos, por necesidad hará que unas lleguen más pronto y otras más tardíamente: las que viajen por avión, llegarán en sólo dos horas; las que vayan por autobús, tardarán veinticinco horas; y las que viajen por

tren, harán treinta y seis horas. Y mucho más tiempo necesitarán las que decidan ir a caballo o a pie. No está de más añadir, por si a algún lector le beneficia, que lamentablemente, quienes ni siquiera se proponen viajar a la Ciudad de México, jamás llegarán.

Eso mismo acontece en quienes sí quieren imitar a nuestro Señor Jesucristo porque es requisito indispensable para beneficiarse de su salvación: lo lograrán más pronto de acuerdo a la eficacia y a la rapidez de los medios que escogen para tal fin. Es lo que enseña Santo Tomás de Aquino: que quienes eligen consagrarse al servicio de Dios y del pueblo, imitando a Jesucristo en la vivencia de los llamados consejos evangélicos, comprometidos por los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, y los hacen realidad en su vida diaria, ya están situados en una ventajosa posición para alcanzar más rápida y más intensamente la perfección cristiana.

Ahora bien, me sentí impulsado a redactar este enfoque en ocasión de celebrar la misa de acción de gracias a Dios, por Jesucristo, cuando unas religiosas de una congregación dedicada a evangelizar a toda clase de personas, así como a acoger y educar a niños huérfanos y a atender a ancianos pobres de ambos sexos, cumplieron veinticinco años de haber profesado. Por tal motivo, comienzo exaltando la calidad y la dimensión de su entrega:

¡Vaya, hermanas, qué emoción!:
inundadas de alegría,
van con fe, sabiduría
y profunda devoción,
cinco lustros a cumplir
de su entrega generosa,
que fue heroica y muy hermosa,
porque en Cristo fue morir

de su vida en primavera,
inflamadas en su hoguera.

Nuestro Señor Jesucristo repetidamente comparó la conversión a perderse a sí mismo para salvarse, porque quienes se resisten a esta paradójica pérdida, que es en realidad ganancia, terminan por perderse ellos definitivamente. San Pablo habla de morir con Cristo al pecado para vivir en Cristo una vida nueva de amor inquebrantable a Dios, del que por necesidad brota el amor al prójimo. (Cfr.: Rom 6). Aquellos padres de familia que, al escuchar que una hija les manifiesta su deseo de seguir a Cristo Jesús en la vida religiosa, le responden: ¿qué estás loca?, demuestran que sólo perciben que tal vida es realmente morir en Cristo, pero su fe no alcanza a reconocer que es una mejor y más rápida manera de vivir para Cristo y resucitar con Cristo a una vida de amor más intenso, y, por eso, más meritorio.

Ésta es la razón por la que continúa así el enfoque:

Son ustedes las valientes
que hace veinticinco años,
desechando mil engaños,
los tres votos muy conscientes
aceptaron y han vivido,
domeñando las pasiones
que violentas han sentido,
por encima de aficiones.

Durante toda mi vida sacerdotal, he podido comprobar algo de mucha importancia, referente al amor en todas sus formas: si bien es cierto que no es de la esencia del amor que lo acompañe el dolor, porque, si así fuera, Dios, que es amor infinito y eterno, debería

también sufrir mucho eternamente; sin embargo, en este mundo, para que cualquier verdadero amor sea intenso, constante y fiel, debe ser probado por el dolor. ¡Ay de aquellos que por rehuir el dolor con el que frecuentemente deben probar su amor, retroceden y reniegan de su compromiso! ¡Quedan frustrados para toda la vida! En el fondo, más que amor, el de ellos es egoísmo. ¡Fue éste el más grande ejemplo que nos dio nuestro Señor Jesucristo! Por eso añado:

¡Qué experiencia de un amor
que descubre en esta vida
cómo y cuándo, en gran medida,
se alimenta en el dolor;
y por eso sufre y llora,
pero nunca se acobarda
mientras grande fuego arda
que el martirio aun implora,
por el ansia tan intensa
de imitar al buen Jesús,
que clavado en una cruz
expiró en angustia inmensa!

Los religiosos de ambos sexos tienen que saber pasar por alto la incomprensión que de la vida consagrada por los votos de obediencia, castidad y pobreza, muestran incontables personas. Así lo hago notar:

...y adivino
que fue rápido el andar
entre riscos y zarzales
que los juicios mundanales
no supieron apreciar;
porque el mundo no percibe
la virtud de quien anuncia

ni el valor de quien renuncia,
por amor que alienta y vive,
a mil gustos y placeres
que complacen a natura;...

Y a continuación recalco:

Nunca burlas importaron
ni tampoco menosprecios,
pues vinieron de hombres necios
que virtudes ignoraron.

Y después de resaltar la santa audacia y ejemplar atrevimiento que las religiosas mostraron al asumir ese compromiso, les dirijo un mensaje de aliento:

No cejéis en vuestro empeño
de seguir hasta la muerte
siendo fieles, de tal suerte
que Jesús, que es vuestro dueño,
no se vea defraudado
por tan pocos que lo imitan
y los muchos que se quitan
de su amor tan abnegado.

Al dar fin a este enfoque, hago mención de algo muy importante que todos debemos tomar muy en cuenta, porque el mismo Señor Jesucristo se lo hizo notar a aquellos setenta y dos discípulos que envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios por donde Él había de pasar, los cuales regresaron muy contentos diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Él les dijo: ...no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos." (Lc 10, 1

y 17). En otras palabras: tiene grande importancia cumplir con la misión encomendada, pero es muchísimo más importante que, por cumplir fielmente en todo, nuestros nombres estén inscritos en el cielo. Por tanto, siempre hay que correlacionar ambas cosas: la comprobación y la alegría consiguiente de estar cumpliendo con nuestra propia vocación, y, simultáneamente, la máxima alegría de saber que por ello el Señor Jesús nos tiene reservado un lugar en el cielo. Así se vive con mayor alegría y se cumple mejor con cuanto debemos hacer:

Y en honor a vuestros votos
que ya brillan cual mil ascuas
donde eternas son las pascuas,
mis augurios van devotos:
bodas hoy cumplís de plata;
os auguro las de oro,
pues así de Dios lo imploro
con fervor que me arrebata;
y algo más estimulante:
os esperan en el cielo,
realizado aqueste anhelo,
las gloriosas de diamante.

Enseguida se transcribe completo el enfoque:

¡Vaya, hermanas, qué emoción!:
inundadas de alegría,
van con fe, sabiduría
y profunda devoción,
cinco lustros a cumplir
de su entrega generosa,
que fue heroica y muy hermosa,

porque en Cristo fue morir
de su vida en primavera,
inflamadas en su hoguera.

Son ustedes las valientes
que hace veinticinco años,
desechando mil engaños,
los tres votos muy conscientes
aceptaron y han vivido,
domeñando las pasiones
que violentas han sentido,
por encima de aficiones.

¡Qué experiencia de un amor
que descubre en esta vida
cómo y cuándo, en gran medida,
se alimenta en el dolor;
y por eso sufre y llora,
pero nunca se acobarda
mientras grande fuego arda
que el martirio aun implora,
por el ansia tan intensa
de imitar al buen Jesús,
que, clavado en una cruz,
expiró entre angustia inmensa!

Y pues Cristo es gran camino
hacia el Padre celestial,
tras Él fuistéis con leal
seguimiento; y adivino
que fue rápido el andar
entre riscos y zarzales
que los juicios mundanales
no supieron apreciar,
porque el mundo no percibe

la virtud de quien anuncia
ni el valor de quien renuncia,
por amor que alienta y vive,
a mil gustos y placeres
que complacen a natura;
y así el voto que perdura
empujóos a quereres
que os pusieron al servicio
de los niños, que anhelantes
claman hoy, cual nunca antes,
preservados ser del vicio.

Nunca burlas importaron
ni tampoco menosprecios,
pues vinieron de hombres necios
que virtudes ignoraron.

Fue por esto que pudísteis
ser audaces y atrevidas
en lanzaros sin medidas
a las luchas que emprendísteis,
mientras dábais testimonio
por doquiera que pasábais
de heroísmo con que amábais,
confundiendo así al demonio.

Siendo Cristo la verdad
que revela al mundo al Padre,
al brillar su claridad
lo seguísteis con su Madre
por la senda de la vida
que benigno os indicó
con las huellas que os marcó
con su Sangre hecha bebida.

No cejéis en vuestro empeño
de seguir hasta la muerte
siendo fieles, de tal suerte
que Jesús, que es vuestro dueño,
no se vea defraudado
por tan pocos que lo imitan
y los muchos que se quitan
de su amor tan abnegado.

Y en honor a vuestros votos
que ya brillan cual mil ascuas
donde eternas son las pascuas,
mis augurios van devotos:
bodas hoy cumplís de plata;
os vislumbro las de oro,
pues así de Dios lo imploro
con fervor que me arrebata;
y algo más estimulante:
os esperan en el cielo,
realizado aqueste anhelo,
las gloriosas de diamante.

Atraída por el Ejemplo de Cristo

Es fácil de entender que, entre más años nos concede ios de vida, cada quien va conociéndose más a sí ıismo, conociendo mejor a los demás y, en cierto ıodo, a la humanidad entera, por encima de tiempos, ugares y culturas. Algunas personas me han nanifestado, a lo largo de mis cincuenta y dos años de ;ida sacerdotal, que les ha llamado la atención que yo les dé a conocer tantos y tan variados aspectos que hay en nosotros, las personas humanas. Es consecuencia lógica de la ayuda de Dios y de estar dedicado a tiempo completo a convivir con el pueblo en la rica variedad de sexos, edades, estados de vida, grados de cultura y multiplicidad de oficios y profesiones que lo constituyen.

Pues bien, uno de esos aspectos humanos se refiere a una de las realidades malignas que frecuentemente tene mos que afrontar en nuestra actual condición, qu teológicamente se llama de "naturaleza caída" en pec: do, desde los orígenes mismos de la humanidad; pu Dios nos creó inocentes, bien integrados anatómicamen

y equilibrados sicológicamente, con facilidad para hacer siempre el bien y nunca el mal; más aún, enriquecidos también con un don sobrenatural totalmente gratuito, que por eso mismo se llama gracia, cuyo efecto en nosotros, que somos creaturas, es hacernos participar, en cierta medida, de la misma vida divina que nos constituye también en hijos adoptivos suyos. Esta realidad perniciosa es la de los malos ejemplos que tanto han abundado y siguen abundando, que son un eficaz medio de contagio del mal moral que afecta a tantas personas, pues tienen una fuerza de atracción que supera en eficacia a la de la influencia de los buenos ejemplos, porque todos nacemos con una inclinación al pecado.

Pues bien, entre las razones que movieron a Dios a implementar su plan de salvación pidiéndole a su Hijo, Dios como Él desde toda la eternidad, que se hiciera hombre en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, es la de poner ante nosotros, por decir así, de cuerpo entero, a un hombre cabal, sin pecado, tal como debimos ser nosotros; y que, además de hombre, es también Hijo de Dios desde la eternidad, por su identidad total con su Padre que lo engendró, y que le mereció ser calificado de "imagen viva del Padre", a fin de que fuera "el prototipo del hombre nuevo"; es decir, el más sublime ejemplar de hombre y de hijo de Dios que se nos pudo dar, precisamente para que nosotros respondiéramos a esa salvación de Dios, como dice San Pablo, del único modo posible, que es "haciéndonos conformes a su imagen." (Rom 8, 28). En otras palabras: Dios nos dio a su Hijo hecho hombre para que nos proporcionara los más abundantes, sublimes y jamás bien imitados ejemplos para toda edad, en cualquier condición y coyuntura humana, a fin de que nos estimulara a una vivencia que frecuentemente es heroica anunciando la verdad, denunciando la injusticia, promo-

viendo la justicia en todo y para todos, motivados por el amor a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos.

Así, pues, en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, encontramos un impulso grande y una fuerza de atracción para practicar todas las virtudes, que supera infinitamente toda la maligna influencia de los incontables malos ejemplos que de todos y cada uno de los siete vicios capitales hemos heredado y se nos siguen dando, infectando no sólo a la humanidad, sino también a la creación entera, como atestigua San Pablo: "La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios." (Rom 8, 20).

Esta reflexión nos convence de la necesidad de estudiar a fondo cuanto nos puede servir de ejemplo en nuestro Señor Jesucristo, lo mismo para pensar que para desear, para hablar que para actuar en cualquier coyuntura de las muchas que nos presenta la vida en este tiempo y en este espacio, que a cada quien nos corresponde desde el día en que nacimos hasta el momento en que vayamos a morir. Es ésta la razón por la que recalco, al principio del siguiente enfoque, que es la fuerza increíble de atracción de nuestro Señor Jesucristo, la gran motivación de tantas mujeres para seguirlo en la vida religiosa, consagradas con el compromiso de los tres votos, ordenados a la imitación de los ejemplos grandiosos de obediencia, castidad y pobreza que nos dio el Señor Jesús, con el fin, como Él, de beneficiar a su pueblo:

Es de Cristo el gran ejemplo
que te atrae al sacrificio,

realizado en beneficio
de su pueblo, vivo templo.

Por otra parte, Jesucristo continuamente nos resaltó lo que se llama radicalismo del Evangelio, que no es otra cosa que la necesidad de comprender que el bien debe ser total. Este radicalismo del bien se expresa claramente en un antiguo aforismo latino, que a continuación traduzco: el bien debe serlo íntegramente; en cambio, para que haya mal, basta cualquier defecto. Este aforismo se aplica igualmente al bien y al mal moral y al bien y al mal físico. De aquí que, en lo esencial, toda vocación cristiana debe ser radical, es decir, íntegramente buena; sin embargo, para que sea perfecta, tiene que imitar a Jesucristo en el más alto grado posible, incluyendo, cuando la vida así se nos presenta, la disponibilidad humilde de actuar heroicamente, iluminados por la luz y apoyados en la fuerza de Cristo, quien nos advirtió que sin Él nada podemos hacer. (Jn 15, 5). Así se comprende el entusiasmo de San Pablo, cuando exclama: "Todo lo puedo en Aquel que me hace fuerte." (Fil 4, 13). Por eso le digo así a la religiosa:

A llamada radical,
radical fue tu respuesta
que es motivo de esta fiesta,
de este gozo sin igual.

Pero muchos no lo comprenden:

Mas el mundo se pregunta,
asombrado y confundido,
de los votos el sentido,
la razón que no barrunta.

Pero, por don de Dios, la respuesta de la religiosa es convincente:

Tú respondes con gran fe,
que es intensa luz divina,
que no vio mujer mezquina,
la que dijo no, y se fue.

En efecto, en cuántas personas, hombres y mujeres, encontramos la misma reacción del joven aquel del Evangelio que le preguntó a Jesucristo qué debía hacer para ganar la vida eterna; y cuando el Señor le contestó que guardara los mandamientos, él replicó que los había guardado desde su infancia; entonces el mismo Señor Jesús le hizo una explícita invitación: "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme. Al oír estas palabras, el joven se marchó apenado, porque tenía muchos bienes." (Mt 19, 20). En realidad, muchas personas no aspiran a la vida consagrada con los votos de obediencia, castidad y pobreza, porque les parece que renunciar a los bienes que ellas pueden ganar legítimamente para disponer de ellos a su voluntad, aunque no sean tan abundantes, es igualmente duro que renunciar e muchos bienes; o quizá les parece más difícil que renunciar a bienes materiales, vivir en castidad y en obediencia, que, junto con la pobreza, facilitan servir sin condiciones a cuantos necesitan ser beneficiados con los carismas propios de cada instituto religioso. Por eso se resalta en el enfoque:

La razón es la suprema
del amor con que se inmola
todo aquel que así se enrola

tras de Cristo, con su lema:

"Yo no vine a ser servido,
vine sólo a bien servir;
que es la meta del vivir
para quien en Mí ha creído."

Ahora bien, cuando alguien guarda los mandamientos, puede costarle mucho o poco esfuerzo, pero no está renunciando en ningún caso a algo que de por sí sea legítimo hacer o disfrutar, sino sólo deja de hacer algo que es moralmente malo porque va contra Dios y contra el mismo ser íntimo de todo hombre; en cambio, cuando se acepta vivir perpetuamente en obediencia, castidad y pobreza, por obsequio a Cristo, entonces sí se está renunciando a cosas en sí legítimas, muy placenteras y buenas moralmente; pero, por eso mismo, renunciar a ellas es más perfecto, como le dijo Jesucristo al joven que invitó a que renunciara a todos sus bienes y lo siguiera:

Es por esto que renuncias
a tres cosas placenteras,
pues te esfuerzas muy de veras
en amar a quien anuncias.

Efectivamente, la vida cristiana, en cualquier vocación, constituye de por sí un fehaciente y eficaz anuncio o testimonio de lo que es Cristo Jesús: nuestro redentor y nuestro ejemplo a seguir; pues quien vive a semejanza de Él, aunque sólo sea en lo esencial, está demostrando la eficacia de su salvación porque lo transforma de malo en bueno, de pecador en santo. Pero, como es comprensible, quien sigue al Señor Jesús por la vía más perfecta de la observancia no sólo de los mandamientos,

sino también de los consejos evangélicos, da un testimonio mucho más valioso y más convincente. Además, dado que el mismo Señor Jesús nos animó a ser cada vez mejores hombres e hijos de Dios, con la firme esperanza de compartir con Él la felicidad eterna, por eso el enfoque termina recordándole a la religiosa tan atractivo estimulo:

Marcha, pues, a la victoria;
ármate con fe y amor;
lucha tú con gran valor;
¡llegarás hasta la gloria!

He aquí el enfoque completo:

Es de Cristo el gran ejemplo
que te atrae al sacrificio,
realizado en beneficio
de su pueblo, vivo templo.

A llamada radical,
radical fue tu respuesta
que es motivo de esta fiesta,
de este gozo sin igual.

Mas el mundo se pregunta,
asombrado y confundido,
de los votos el sentido,
la razón que no barrunta.

Tú respondes con gran fe,
que es intensa luz divina,
que no vio mujer mezquina,
la que dijo no, y se fue.

La razón es la suprema
del amor con que se inmola
todo aquel que así se enrola
tras de Cristo, con su lema:
"Yo no vine a ser servido;
vine sólo a bien servir;
que es la meta del vivir
para quien en Mí ha creído."

Es por esto que renuncias
a tres cosas placenteras,
pues te esfuerzas muy de veras
en amar a quien anuncias.

Marcha, pues, a la victoria;
ármate con fe y amor;
lucha tú con gran valor;
¡llegarás hasta la gloria!

¡Bello Compromiso: Consagrarse a Cristo!

Precisamente porque con este libro trato de motivar a todos los creyentes a una justa apreciación de la vida consagrada de la mujer, que es esencialmente la misma en todas las órdenes y congregaciones religiosas, me he sentido estimulado a descubrir más y más diferentes enfoques de los muchísimos que contiene esta singular vocación; lo que permite resaltar la gran variedad y riqueza en ella contenida, y, por tanto, evita caer en valoraciones pobres y reduccionistas que llevan a una menor valoración de la misma a padres de familia y a quienes en alguna forma y en diverso grado se sienten atraídas. Veamos pues:

Jesucristo las desborda
y satura de alegría,
pues con gran sabiduría
y más amor, sus vidas borda.

Es decir, que así ha de apreciarse esta vocación, como algo que no limita o empequeñece a las mujeres, sino

algo tan grande que las desborda y satura de alegría; pero no la que el mundo llama así, que es tantas veces pasajera y vacía, sino algo que llena plenamente las amplias y santas ambiciones de las almas femeninas, ya que en ellas Jesucristo borda grandezas y heroísmos que los ojos de los mundanos no ven y, sin embargo, tales bordados están hechos con gran sabiduría y amor. En seguida evoco al grande y malogrado poeta mexicano Ramón López Velarde, que lamentablemente murió a los 33 años de edad, para resaltar un fascinante aspecto de la acción de consagrarse a Cristo:

La de ustedes juventud
es divino y gran tesoro,
por su ideal de excelsitud,
que supera cuanto es oro.

pero hago notar inmediatamente que la expresión del poeta, en el caso presente, se queda corta:

El poeta fue remiso;
urge, pues, complementarlo:
es tesoro... ¡y compromiso!;

precisamente porque consagrarse a Cristo de por vida es un grande compromiso; por eso es bello y, hasta cierto punto, heroico.

Y más adelante prevengo a las mujeres que son aceptadas a emitir votos temporales de obediencia, castidad y pobreza, que suelen renovarse cada año durante cinco, por término medio, para que no los vayan a ver como una llana y simple prueba, aunque en algunos casos y en ciertas circunstancias, de hecho si pueden resultar tales, porque desde postulantes y novicias, y, con mayor razón, cuando profesan por

primera vez, su intención fundamental ha de ser consagrarse incondicionalmente a Jesucristo con votos perpetuos; y, por amor a Él, a enriquecer con el ejercicio de los carismas propios de su instituto a la comunidad cristiana y a la humanidad entera. Por ello, a propósito de los primeros votos, digo

que, al principio, si son tales,
es por puro entrenamiento
que las lleve a crecimiento,
imitando al buen Jesús,
con deseo vehemente
de irradiar perpetuamente
resplandores de su luz...

Evidentemente, este estrecho seguimiento de Jesucristo no puede surgir más que de una grande fe que le revele tanto a hombres como a mujeres, cualquiera que sea su vocación, las insondables riquezas del amor de Cristo Jesús a nosotros, y, correlativamente, lo grande, digno y noble del amor de cada uno de nosotros a Cristo Jesús. Esta grande fe

enriquece y da con qué
dar valioso testimonio
del amor de Dios al mundo
que, a pesar de ser inmundo
cuando va tras del demonio,
Dios le envía a su Unigénito,
cual amigo y cual hermano,
a los hombres tan cercano
que es de todos primogénito.

El hecho de que sea Cristo el principal motivo y la aspiración fundamental de las mujeres que desean consa-

grarse a Él, no es obstáculo para que también el ejemplo de tantas mujeres, empezando por la Virgen María y siguiendo con toda la pléyade de santas mujeres consagradas a su seguimiento, las estimule más; pues para eso y para otras cosas más, la Iglesia presenta a nuestra admiración e imitación las heroicas virtudes de quienes se santificaron en cualquiera de las tres vocaciones; y para quienes aspiran a una vocación definida, la vida y las virtudes de quienes brillaron específicamente en la que a cada quien le interesa. Por eso continúo:

Sigan, pues, con paso firme
tantas huellas femeninas,
que, de santidad genuinas,
las realice y las confirme.

Que no sean del montón
de mediocres y masivas,
que a Jesús le son esquivas
cuando invita a la ascensión
hacia metas elevadas,
imitando sus virtudes
y sus nobles actitudes,
por sus votos consagradas.

En efecto, es sumamente frecuente que hombres y mujeres permanezcan en la mediocridad; lo que es muy lamentable, pues es inconcebible que razonen de este modo: "tantos son así, ¿por qué yo no?" O de esta otra manera: "¡es lo que todo el mundo hace!" Ser del montón nos disminuye, nos imposibilita para aprovechar energías que, si en sí mismas no son infinitas, ni aun viviendo muchísimos años alguien podría en realidad aprovecharlas siquiera en su mayor parte. A la vocación religiosa se le aplica con grandísima razón el lema de

las competencias olímpicas: *"citius, altius, fortius"*; (se pronuncia: cicius, alcius, forcius); que significa: "más pronto, más alto, más fuerte." Si pues para las diversas actividades atléticas, que son fundamentalmente corporales, es estimulante ese lema, cuánto más lo debe ser para quienes desean ser atletas del espíritu, en seguimiento de "Jesucristo, el Hombre nuevo creado por Dios en justicia y en la santidad de la verdad." (Ef 4, 24). Por eso doy fin a este enfoque así:

Vayan, pues, hacia las cumbres,
ya remonten altos vuelos
con arranque en sus anhelos,
tras Jesús, con sus deslumbres.

Ahora se ahondará más, al leer pausadamente todo el enfoque.

Jesucristo las desborda
y satura de alegría,
pues con gran sabiduría
y más amor, sus vidas borda.

Fue un poeta quien lo dijo
con su grande inspiración;
y muy buena es la ocasión
para que les quede fijo:

La de ustedes juventud
es divino y gran tesoro,
por su ideal de excelsitud
que supera cuanto es oro.

El poeta fue remiso;

urge, pues, complementarlo:
es tesoro... ¡y compromiso!;
y me alegro en recalcarlo
al saber su decisión
de entregarse a plenitud
a vivir su vocación
con ardor de juventud
por sus votos temporales,
que, al principio, si son tales,
es por puro entrenamiento
que las lleve a crecimiento,
imitando al buen Jesús,
con deseo vehemente
de irradiar perpetuamente
resplandores de su luz,
practicando sus consejos
evangélicos llamados,
porque son tan consumados
en amor; que llegan lejos
de los pobres en servicio
y en consuelo de afligidos,
liberando a oprimidos
de injusticia y todo vicio.

Esta acción tan generosa
es profunda y contagiosa
porque arraiga en grande fe,
y enriquece y da con qué
dar valioso testimonio
del amor de Dios al mundo,
que, a pesar de ser inmundo
cuando va tras del demonio,
Dios le envía a su Unigénito,
cual amigo y cual hermano,
a los hombres tan cercano

que es de todos primogénito.

Sigan, pues, con paso firme
tantas huellas femeninas,
que, de santidad genuinas,
las realice y las confirme.

Que no sean del montón
de mediocres y masivas,
que a Jesús le son esquivas
cuando invita a la ascensión
hacia metas elevadas,
imitando sus virtudes
y sus nobles actitudes,
por sus votos consagradas.

Vayan, pues, hacia las cumbres,
ya remonten altos vuelos
con arranque en sus anhelos,
tras Jesús, con sus deslumbres.

Consagradas a Cristo, ¡Grande Alegría!

La alegría es un estado de ánimo, un sentimiento que experimentamos al tomar conciencia de algo bueno que poseemos. Ese bien que nos alegra puede ser de orden sensible al repercutir placenteramente en nuestros sentidos, de manera que la alegría que nos produce es tanto espiritual cuanto corporal. Pero también hay bienes que son grandes y muy apreciados que nos producen solamente alegría espiritual, aun cuando estemos sufriendo intensos dolores corporales: un mártir y un héroe sin duda experimentan profunda alegría espiritual al estar ofrendando su vida por Dios y por la patria, aun en medio de tormentos. En la vida común y corriente también se dan estas alegrías exclusivas del espíritu al cumplir deberes propios de nuestro estado, así sea el matrimonial, el religioso o el sacerdotal, a costa de notables y ocasionalmente también heroicos sufrimientos. ¡Cuántas veces lo hemos comprobado y admirado en tantas madres de familia!

Pero no sólo la posesión grata de un bien nos pro-

duce alegría: también la esperanza cierta de un bien por recibir. Precisamente al mayor y más insuperable e inaudito bien prometido por Él, se refirió Jesucristo cuando les dijo a sus setenta y dos discípulos que se alegraran, sobre todo porque sus nombres estaban escritos en el libro divino de la vida eterna. (Cfr. Lc 10, 1 y 20).

De acuerdo, pues, a esta reflexión, es necesario saber de qué vale la pena que nos alegremos profundamente. Veamos: primero, de haber recibido el don de la vida temporal y espacial, pues, sin ella, no es posible disfrutar después la eterna. Segundo, de haber recibido la fe cristiana y católica, por la que nos beneficiamos de la salvación que Dios obró, por medio de su Hijo Jesucristo, en favor de todos los hombres. Aquí viene bien recordar lo que la Iglesia canta en el pregón pascual, dentro de la liturgia del sábado santo con la que celebra la resurrección de Cristo, como coronamiento de su vida, pasión y muerte redentora: "¿De qué nos hubiera servido haber nacido, si no hubiéramos sido redimidos?" Por consiguiente, a la alegría inicial de haber nacido, agreguemos la de creer en Cristo, la de haber sido bautizados en su muerte y de haber resucitado con Él a la vida por la que nos convertimos en hijos de Dios, la que después se cultiva y refuerza con los demás sacramentos, especialmente el de la Eucaristía.

Ahora bien, en congruencia con lo que San Pablo nos dice, esto es, que para salvarse es indispensable ir haciéndose conforme a la imagen de Jesucristo, (Rom 8, 28 a 30), es también muy justificado que alguien se alegre aún más cuando ha decidido abrazar la vida religiosa, comprometiéndose a imitar a Jesucristo de manera más estrecha y más perfecta, por la observancia de los tres votos. Y, una vez tomada esa decisión, es alegría muy justa la del día en que se emiten los primeros vo-

tos; y, más todavía, si la conciencia testifica que ya se han cumplido veinticinco años o más de hacer grandes y continuos esfuerzos por asemejarse a su Divino Modelo, con lo que crece la esperanza de ser glorificado con Cristo, en proporción a lo que por Él y con Él se haya alguien sacrificado: "Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo ya que sufrimos con Él, para ser también con Él glorificados." (Rom 8, 17).

Así pues, es muy razonable que en ocasión de la celebración de bodas de plata de profesión religiosa de un grupo de esforzadas mujeres, cosa que acontece frecuentemente en cualquiera de las muchas órdenes y congregaciones, empezara por recalcar la justeza de la alegría, no sólo de ellas y de sus familiares y hermanas en religión, sino de toda la Iglesia triunfante y de los que integramos la militante:

Cielo y tierra están de fiesta
por estas bodas de plata,
y mi mente bien acata
la alegría manifiesta
que brotó de aquel querer;
pues decirlo es menester
que todas, en este día
cinco lustros anterior,
emitieron con fervor,
bajo el manto de María,
sus tres votos religiosos
con que diéronse a Jesús,
caminando tras su cruz,
con arranques generosos.

Ahora bien, por la fe nos abrimos a la acción purificadora y santificadora de Jesucristo; y el mérito de

esa fundamental virtud teologal consiste en que, en obsequio a Dios que nos habla por medio de su Hijo Jesucristo, aceptamos cuanto nos enseña sin pedir más pruebas que la de la autenticidad del mensajero divino y de la acción por la que nos revela lo que por nosotros mismos no podemos conocer. Sin embargo, Dios, providencialmente, suele darnos otros signos perceptibles por los sentidos, que nos dan un mayor impulso para creer, como, por ejemplo, el coro de ángeles que se aparecieron a los pastores y, con trasfondo de cánticos celestiales, les anunciaron que les había nacido un salvador; igualmente la transfiguración de nuestro Señor Jesucristo, que tuvo la finalidad de prevenir a sus discípulos para que no se encandalizaran cuando poco tiempo después fuera a padecer y a morir, como todos sabemos, en una forma que no parecería congruente con su calidad de Hijo de Dios vivo. Pues bien, también en la vida de cada uno de los creyentes hay una frecuente sucesión de tabores y calvarios, o, a veces, de calvarios y tabores, para el mismo fin: para que no desmayemos en nuestra fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, y, consiguientemente, para que tampoco desistamos de seguirlo en esta vida abrazados a su cruz, pero no cargando con la de Él, sino con la nuestra propia, porque lo que solemos padecer no es algo que se nos imponga desde fuera, como la cruz que hicieron cargar a nuestro divino Redentor, sino que es consecuencia necesaria de nuestra herencia genética, de nuestro estilo de vida, de las leyes físicas y biológicas que regulan el mundo en que vivimos, y de la manera de ser de cuantos nos rodean y que, si resultan ser una carga para nosotros, son por circunstancias ajenas a ellos o, de plano, efecto de inconciencia o de falta de buena voluntad. Ésta es la razón por la que, después de mencionar que la vida religiosa consiste en caminar de

un modo singular tras la cruz de Cristo, aludo a las transfiguraciones que seguramente las religiosas fueron experimentando al transcurrir los años, que las hizo sentirse tan emocionadas y tan generosas como Pedro, cuando fue testigo de tal manifestación divina de Jesús en el Tabor:

Mas también en el Tabor
ellas se transfiguraron
y deslumbradas quedaron
por el brillo y resplandor
de Jesús, divino Sol,
convirtiendo noche en dia
en sus almas que fundia
de su amor en el crisol.

En efecto, para seguir fielmente a Cristo Jesús, en cualquier vocación eclesial, y más por la senda de los votos religiosos, se requiere que nos dejemos fundir en el crisol del amor de Cristo, para que se pueda separar lo que en nosotros hay de oro, de lo que también tenemos de escoria. Cuan profunda transformación se da en ellas, después de esa fundición en el crisol del amor de Cristo, se describe a continuación:

Y fundidas ya con Cristo
e invadidas por sus ansias
y con gozo ya previsto,
esparcieron sus fragancias
en las almas juveniles
que educaron con paciencia
y dotaron con gran ciencia
hasta edades juveniles,
preservándolas de ambientes
de por si contaminados

con mil vicios y pecados
de los hombres inconscientes.

Lo descrito se aplica de manera plena a las religiosas de órdenes y congregaciones dedicadas a la educación de niños, adolescentes y jóvenes, que son incontables. En efecto, como todos los servicios prestados por religiosas, el de educar tiene su respectivo valor y trascendencia, pero a costa también de un inevitable sacrificio:

¡Oh, cuán bello testimonio,
cuán fundamental servicio,
cuán fecundo sacrificio
que irritado ve el demonio!

La persona misma de Jesucristo, la Iglesia que instituyó para que fuera señal e instrumento de la salvación de Dios, obrada por su mediación, y las mil iniciativas que por inspiración del Espíritu Santo han surgido en ella para lograr mejor tan noble y digna finalidad, jamás podrán ser comprendidas y apreciadas justamente si no se contemplan con los ojos de una fe viva y profunda. Y así como el mismo Señor Jesucristo y su Iglesia son incomprendidos por muchísimas personas, así también lo es la consagración de hombres y mujeres comprometidos a imitar al Señor Jesús viviendo en obediencia, castidad y pobreza, a pesar de que son patentes los buenos y muchas veces excelentes frutos de caridad cristiana, efecto de muy valiosos servicios prestados con notoria opción preferencial por los pobres. Esta incomprensión se da a pesar de tan claro y contundente que es el criterio que para tal discernimiento nos fijó el Divino Maestro: "por sus frutos los conoceréis." Por tal motivo, después de resaltar esta incomprensión de la vida y de

los servicios de las religiosas, increpo a esas personas con el mismo lenguaje con el que el Señor se dirigió a los escribas y fariseos de su tiempo:

Y pues hay quien no comprende
tal virtud que en sí sorprende,
por justicia yo reclamo
y con propia voz proclamo:

¡Ay de aquellos con ceguera,
ésa que no quiere ver
y rehusa conocer
la alegría verdadera
de quien sigue al buen Jesús,
tras los pasos que marcara
con destellos de su luz,
por los niños que Él amara!

¡Ay de aquellos con sordera,
la del que no quiere oír
y pretende diluir
la respuesta valedera
que ellas dieron al buen Dueño
de la viña y de la mies,
de acudir sin dar traspiés,
con presteza y sin desdeño,
a la pizca de los niños,
de inocencia germen puro
y de México futuro,
con requiebros y cariños!

En cualquiera de las tres vocaciones eclesiales hay que estar alertas contra la variedad de ataques que, por maneras erróneas de pensar y por costumbres anticristianas, se les hacen a quienes siguen fielmente a Jesucristo, y

más todavía a las personas consagradas y comprometidas por los votos religiosos:

Y vosotras vigilad
vuestra vocación feliz
sin perder la directriz,
porque grande es en verdad;
pues con tretas este mundo,
con designio el más inmundo,
quiere de Jesús desviaros
y su intensa luz velaros.

Por consiguiente, no hay que rendirse ante la lucha necesaria y permanente contra todo lo que pueda desviarnos del camino que es Jesucristo, para lo que es necesario seguir esforzándose a fin de lograr un más íntimo y más fiel parecido con Él.

Proseguid en plena brega,
cual María, vuestra Madre,
y que vuestra vida encuadre
en total y fiel entrega
que os gestó en la caridad
y consuma en santidad.

¡Ésa ha sido vuestra vida,
ésa vuestra meta y gloria,
ésa vuestra gran victoria
tantas veces merecida!

Entendido así, el enfoque completo ilumina y enriquece más a quien lo medita:

Cielo y tierra están de fiesta
por estas bodas de plata,
y mi mente bien acata
la alegría manifiesta
que brotó de aquel querer;
pues decirlo es menester
que todas, en este día
cinco lustros anterior,
emitieron con fervor,
bajo el manto de María,
sus tres votos religiosos
con que diéronse a Jesús,
caminando tras su cruz,
con arranques generosos.

Mas también en el Tabor
ellas se transfiguraron
y deslumbradas quedaron
por el brillo y resplandor
de Jesús, divino Sol,
convirtiendo noche en día
en sus almas que fundía
de su amor en el crisol.

Y fundidas ya con Cristo
e invadidas por sus ansias
y su gozo ya previsto,
esparcieron sus fragancias
en las almas infantiles
que educaron con paciencia
y dotaron con gran ciencia
hasta edades juveniles,
preservándolas de ambientes
de por sí contaminados
con mil vicios y pecados

de los hombres inconscientes.

¡Oh, cuán bello testimonio,
cuán fundamental servicio,
cuán fecundo sacrificio
que irritado ve el demonio!

Y pues hay quien no comprende
tal virtud que en sí sorprende,
por justicia yo reclamo
y con propia voz proclamo:

¡Ay de aquellos con ceguera,
ésa que no quiere ver
y rehusa conocer
la alegría verdadera
de quien sigue al buen Jesús,
tras los pasos que marcara
con destellos de su luz,
por los niños que Él amara!

¡Ay de aquellos con sordera,
la del que no quiere oír
y pretende diluir
la respuesta valedera
que ellas dieron al buen Dueño
de la viña y de la mies,
de acudir sin dar traspiés,
con presteza y sin desdeño,
a la pizca de los niños,
de inocencia germen puro
y de México futuro,
con requiebros y cariños!

Y vosotras vigilad

vuestra vocación feliz
sin perder la directriz,
porque grande es en verdad;
pues con tretas este mundo,
con designio el más inmundo,
quiere de Jesús desviaros
y su intensa luz velaros.

Proseguid en plena brega,
cual María, vuestra Madre,
y que vuestra vida encuadre
en total y fiel entrega
que os gestó en la caridad
y os consuma en santidad.

¡Ésa ha sido vuestra vida,
ésa vuestra meta y gloria,
ésa vuestra gran victoria
tantas veces merecida!

Cristo, Seductor de Almas

La Iglesia nos invita a conocer la vida de tantos hombres y mujeres que alcanzaron la santidad, por varios motivos, el mayor de los cuales es admirar la grandeza de la sabiduría y del amor de Dios, que "tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna", (Jn 3, 16); y así nos convenzamos de la eficacia de su salvación, al comprobar que tan innumerables personas de toda edad, sexo y condición practicaron heroicamente las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y las cuatro morales, prudencia, justicia, templanza y fortaleza, logrando altos grados de santidad, haciéndose conformes a la imagen de Jesucristo.

Todos sabemos que por misericordioso designio de Dios Padre, Jesucristo nos fue dado como modelo de hombre y, a la vez, de Hijo de Dios, para que así todos tengamos delante modos concretos de enfrentar las más diversas circunstancias que imprevisiblemente se nos presentan durante nuestras vidas. Sin embargo, es fácil que recurramos a una tramposa manera de pensar, a modo de excusa, para no imitar a Jesucristo, que se

podría expresar así: "bueno, yo admiro mucho todas y cada una de las actitudes y de las acciones con las que nuestro Señor Jesucristo entretejió su vida mortal, pero al fin y al cabo era el Hijo de Dios, igual en su infinita perfección al Padre, por lo que, al asumir naturaleza humana en el seno de la Virgen, le resultaba sumamente fácil actuar de la manera que lo hizo, sobreponiéndose aun a su dolorosa pasión hasta morir crucificado; pero yo soy muy poco más que nada ni nadie, ya que, como dice el Rey David, 'en culpa he sido concebido y en pecado me dio a luz mi madre'; (Salmo 50, 7); por tanto, no vale la pena que me proponga hacer lo que está muy por encima de mis posibilidades". Pues bien, precisamente para demostrarnos la falsedad y, yo diría, también la malicia más o menos consciente que se esconde en ese razonamiento, la Iglesia nos exhorta constantemente a conocer la vida de esos hombres y mujeres que, siendo tan poco menos que nada como nosotros, alcanzaron tan grandes alturas de santidad imitando a Jesucristo, porque iluminados con su Evangelio y fortalecidos con sus ejemplos y su gracia, practicaron heroicamente las citadas siete virtudes.

Y es que las riquezas de verdad y de amor, de santidad y de gracia de nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, son tantas, que jamás las agotaríamos ni aun si todos los hombres que hemos existido después de Él y que existirán hasta la consumación de los siglos, las imitáramos y nos beneficiáramos con ellas al máximo de nuestra capacidad. Así ya no hay excusa que valga: al darnos nuestro Señor Jesucristo su categórico mandato: "sean ustedes perfectos como su Padre celestial es perfecto", (Mt 5, 48); actuó de acuerdo a la bellísima oración de San Agustín: "facilítame lo que mandas, y manda lo

que quieras". Porque, en realidad, Jesucristo, con su luz y con su fuerza, nos facilita cuanto es necesario para que seamos a semejanza de Él, que es "el Hombre nuevo creado por Dios en justicia y en la santidad de la verdad". (Ef 4, 24).

Por otra parte, es frecuente en la vida de personas de ambos sexos, que sus aspiraciones y sus esfuerzos heroicos por ser santas, hayan brotado de una convicción fundamental, de una experiencia singular que cada hombre o mujer percibió en su relación con las tres Divinas Personas, o especialmente con Dios Padre, o con su Hijo Jesucristo, o con el Espíritu Santo. La convicción personal en San Agustín, que nació el año 354 y murió el 430, fue ésta: "Nos creaste para Ti, Señor, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti." Este gran santo y sabio Padre de la Iglesia, mantuvo esa convicción de su relación con Dios como una permanente inquietud, que fue la que lo acicateó desde que abandonó una vida algo disipada, para que buscara la verdad plena, hasta que la encontró en la Iglesia Católica, a la que Cristo Jesús encomendó la integridad y la difusión del Evangelio a todas las gentes. La experiencia singular de San Pablo fue sentirse misericordiosamente transformado por Jesucristo, de perseguidor de su Iglesia, en el apóstol que él autocalificó de abortivo, para que fuera el que más trabajara por el Evangelio, hasta gastarse y desgastarse; motivo por el cual, en lo que más se glorió fue en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la que el mundo está crucificado para él y él está para el mundo. (Cfr.: Gál 6, 14).

Ésta es la razón por la que sugiero a todos que traten de adquirir esa convicción fundamental en relación con Cristo, así estén tan lejos de Él como San Pablo cuando fue su perseguidor, o como San Agustín cuando

vivió disipadamente, porque cuando la experimenten, Él los transformará en santos, pues todos estamos llamados a serlo. Enseguida, propongo una percepción propia de una íntima relación con Cristo, que le viene bien a cualquier mujer que aspire a la vida religiosa, que no es ficticia, sino muy real, para describir una estrecha relación de amor con Jesucristo, de cualquier alma, y más si es un alma femenina:

Te dejaste seducir
y así el Señor te sedujo,
queriéndote conducir
al grande amor que es un lujo.

Estoy seguro que cualquier persona que se sienta seducida por el amor de Dios y de Jesucristo, su Hijo, encontrará energías suficientes para corresponderles generosamente, lo que permitirá que Ellos obren cambios iguales o mayores que los que experimentó San Pablo, de perseguidor, a apóstol que más trabajó por el Evangelio; o que San Agustín, de una vida disipada, a uno de los más grandes sabios y santos Padres de la Iglesia, cuyas enseñanzas no sólo iluminan a los creyentes, sino también a los no creyentes, que lo consideran uno de los más sobresalientes genios brotados de la humanidad. Si una mujer se siente profundamente seducida por Jesucristo, para ser conducida a un amor tan alto que se le califica de lujo, se comprometerá con alegría y con entusiasmo a vivir en comunidad, observando los tres votos de obediencia, castidad y pobreza; por eso el enfoque continúa recalcando:

Pues lujo de amor devoto
es vivir en obediencia,
y de Cristo por la ciencia
reforzarla con el voto.

Y es también lujoso amor
abrazarse a la aspereza
que supone la pobreza
para seguir al Señor.

Lujo de amor es también
aceptar la castidad,
para amar en su orfandad
así a uno como a cien.

Porque cuando una persona se siente tan intensamente amada de Dios, se entrega sin condiciones al servicio del prójimo en la gran diversidad de carismas propios de cada congregación religiosa; lo que le ganará también ser muy amada por aquellos a quienes sirve, porque ve a Cristo en todos ellos. De esta manera se dispone de dos grandes fuentes de energía para alcanzar altos niveles de imitación de Cristo Jesús, que es la medida de la santidad en la propia vocación: el amor de Dios y el amor del pueblo intensamente sentidos. El siguiente enfoque, pues, aunque breve, es muy estimulante y fácil de aprenderse de memoria para recitarlo con frecuencia, a fin de mantener siempre fresca esa convicción de ser muy amado de Dios y del pueblo.

Te dejaste seducir
y así el Señor te sedujo,
queriéndote conducir

al grande amor que es un lujo.

Pues lujo de amor devoto
es vivir en obediencia,
y de Cristo por la ciencia
reforzarla con el voto.

Y es también lujoso amor
abrazarse a la aspereza
que supone la pobreza
para seguir al Señor.

Lujo de amor es también
aceptar la castidad,
para amar en su orfandad
así a uno como a cien.

Subyugada así por Cristo
para grande pregonera,
tu corazón quedó listo
para marchar por doquiera
a rescatar a los hombres
que pierden su libertad,
don de divina bondad,
invocando falsos nombres
de ídolos tan incontables
que son siempre abominables.

Así pues, con heroísmo,
lejos de cualquier abismo,
el buen Dios conserve tu alma
seducida, en santa calma.

Por sus Frutos se Conocen

El pueblo de Dios, convocado por el Padre, mediante la humanización de su Hijo, está integrado por todos los bautizados, en virtud de haber renacido por el agua y el Espíritu Santo a la nueva vida que nos constituye hijos de Dios y hermanos todos en Cristo. Ahora bien, la Iglesia fue instituida por el mismo Señor Jesucristo, de la cual Él es cabeza, (Cfr.: Col 1), para ser señal e instrumento de la salvación realizada por Él mismo, con su vida, con el anuncio de su Evangelio, su pasión, su muerte y resurrección. Por tanto, cualquiera que sea la vocación de los miembros de la Iglesia, laical, religiosa o sacerdotal, todos estamos obligados a ser señal e instrumento de esa salvación, en primer lugar, demostrando en cada uno de nosotros que es tan eficaz que nos ha cambiado de malos en buenos y de pecadores a santos, al menos en su mínima exigencia que es la observancia permanente de los diez mandamientos; y, al mismo tiempo, siendo apóstoles que anunciamos la verdad, denunciamos la injusticia y promovemos el amor.

Pero hay algo más: como miembros de la Iglesia, estamos interrelacionados todos con todos, todos con

cada uno y cada uno con todos, por ser Cristo nuestra cabeza, de modo que también hay una grande interacción entre los miembros de las tres vocaciones; porque de la vocación cristiana laical vivida, por ejemplo, en el matrimonio, proceden las personas que abrazan la vocación religiosa y la sacerdotal, mientras que de la sacerdotal y la religiosa, los laicos reciben incontables servicios y beneficios, como lo comprueba cualquiera que analiza esta admirable realidad de la Iglesia. Por eso mismo, una de las intenciones de este libro es tratar de poner a la consideración de todos los integrantes de la Iglesia, e, inclusive, de quienes aún no pertenecen a ella, si llegan a leerlo, la importancia del seguimiento de Cristo en la vida religiosa, vivido con gozo por mujeres que aspiran, como dice San Pablo, a mejores carismas.

Pues bien, el siguiente enfoque, que es el más largo de los aquí presentados, lo escribí y lo pronuncié como homilía en la Santa Misa concelebrada para dar gracias a Dios, en ocasión de los 25 años de fundación en Ciudad Juárez, de una casa de asistencia y caridad cristiana que, junto con muchas otras, fue y sigue siendo el objetivo de una congregación religiosa, denominada Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, para acoger con amor y educar humana y cristianamente a dos clases de niñas y adolescentes: las que viven en ambientes familiares donde peligra gravemente su inocencia, pero que aún están espiritualmente sanas; y las que, lamentablemente, ya han sido profundamente dañadas y están clamando por quienes les tiendan una mano para rescatarlas de esos abismos de perversión.

Las casas de esta Congregación suelen llamarse muy acertadamente Casas de Jesús, y la de Ciudad Juárez se dedica a niñas y adolescentes del primer grupo.

En tal homilía, después de invocar la luz del Espíritu

Santo, describo la generosidad y la importancia de este carisma de las Hijas del Sagrado Corazón,

que arribaron a este suelo,
cual enviadas desde el cielo,
sin temor a desengaños,
decididas a entregarse
a la educación de niñas
afectadas por morriñas,...

A continuación, pondero las virtudes de las que dan testimonio al prestar sus servicios, para después plantear una pregunta:

¿Quién sería tan capaz
de evaluar los mil afanes
que multiplicaron panes
que saciaron el voraz
apetito que es tan propio
de esa edad tan juvenil,
que no piensa en la senil
y de fuerzas hace acopio?

para luego describir los sacrificios que las religiosas hacen para allegarse recursos económicos para el mantenimiento de la Casa. En seguida pondero con cierta amplitud la trascendencia de su labor educativa. Y, dado que durante mis casi treinta y cinco años de obispo de Ciudad Juárez, incontables veces conviví con las niñas y adolescentes internas, quise dar entonces testimonio público de lo que vi en ellas y de las gratísimas impresiones que dejaron en mi alma, terminando con una anécdota que mucho recomiendo, porque me involucró a mí la inocente claridad un tanto picaresca de una niña llamada Verónica, que apenas

frisaba en los seis años, aproximadamente. También resalto los sorprendentes y benéficos cambios que las niñas experimentan por efecto de su permanencia en esa Casa.

Era de justicia, también, recordar y agradecer a la persona que con su generosidad hizo posible construir esa amplia, bella y acogedora Casa de Jesús; así como también el papel que jugaron Monseñor Baudelio Pelayo Brambila y Monseñor Jesús Alarcón para que vinieran a fundarla las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús. Finalmente, después de agradecer a los bienhechores, en general, termino exaltando la grandeza de Aquel "de quien todo bien desciende".

Leer íntegramente el enfoque, permite percibir en su conjunto lo que puede lograr un puñado de religiosas respaldadas por laicos y sacerdotes; y no sólo para el carisma propio de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, sino para todos los variadísimos carismas de tantas órdenes y congregaciones de religiosas y religiosos, con los que se enriquecen tanto la comunidad cristiana y católica, cuanto la humanidad entera.

Hace ya veinticinco años
que arribaron a este suelo,
cual enviadas desde el cielo,
sin temor a desengaños,
decididas a entregarse
a la educación de niñas
afectadas por morriñas,
y enseñándoles a amarse
con amor que es tan ardiente,
que supera todo ambiente
corruptor e incomprensivo,
que de modo decisivo

ya destroza, ya pervierte,
ya sojuzga y más amarga
en medida que aletarga
cuanto Dios en ellas vierte.

¿Quiénes son las que llegaron
y con gozo se aprestaron
a educar a adolescentes
con tan grande don de gentes?

Ellas son las esforzadas,
las mujeres tan valientes
de sí mismas tan conscientes
y a su ideal tan consagradas,
que del Corazón de Cristo
se sintieron bien nacidas,
y por ello convertidas
en sus hijas. ¡Yo lo he visto!
Y por eso soy testigo
que dar quiero testimonio,
a sabiendas que al demonio
lo incomodo y lo fustigo.

Qué ternura, qué paciencia,
qué trabajo minucioso,
responsable y acucioso,
cual lo exige la conciencia
de ser ellas instrumento
del buen Dios tres veces santo,
que se duele del quebranto
que momento tras momento
a las jóvenes abate,
por ideas y costumbres
que cual moho y cual herrumbres
las corroe y las combate.

¿Quién sería tan capaz
de evaluar los mil afanes
que multiplicaron panes
que saciaron el voraz
apetito que es tan propio
de esa edad tan juvenil,
que no piensa en la senil
y de fuerzas hace acopio?

¡Cuántas veces contemplé
a tan buenas religiosas
recorriendo presurosas,
sostenidas por su fe,
calles, puentes y avenidas,
recogiendo el donativo
invocando el gran motivo:
mantener preciosas vidas!

Sobre todo yo atestiguo
lo que tales religiosas,
por encima de otras cosas
y con celo nada ambiguo,
enfrentaron con denuedo,
como quien se lanza al ruedo,
en el campo educativo,
por amor, que es su incentivo:
fue el problema más complejo,
el llamado sicológico,
que requiere, como es lógico,
oportuno dar consejo;
mas en ese gran trasfondo
que se llama comprensión,
convivencia y comunión,
para que penetre al fondo
en la grande variedad

que se da en los corazones,
aduciendo las razones
que cimentan la verdad
que ha de ser en cada chica,
como el Rey David dijera,
una antorcha verdadera
que a sus pies la ruta indica,
por donde ha de caminar
por senderos polvorientos,
sin temor ni desalientos,
tras su ideal de siempre amar
tanto a Dios, nuestro buen Padre,
y a Jesús, que es nuestro hermano,
cuanto a todo ser humano,
y a la Virgen, nuestra Madre.

Mas me siento presionado
a avivar los mil recuerdos
que por bellos y por cuerdos
en el alma he conservado,
de mi encuentro placentero
con las jóvenes y niñas,
que en racimos, cual de viñas,
con afecto muy sincero,
a lo largo de los años
siempre tuve y disfruté,
con el que me liberé
de no pocos desengaños
que no falta quien me cause
y me deje muy herido,
aunque fuere muy servido
para entrar de Cristo al cauce.

Qué cariño me han mostrado,
qué confianza me ofrecieron

que mi corazón rindieron
y dejaron reanimado.

Cuántas veces me llené,
entre abrazos y estrujones
que me daban a montones,
de inocencia y de su fe,
con las que las más pequeñas
acudían a mi encuentro,
encerrándome en el centro,
de gran gozo dando señas.

Digna de especial mención,
pues grabada está en mi mente
y yo quiero hacer patente
atrapando la ocasión,
es la anécdota presente
que Verónica, ya ausente,
muy sencilla, mas cual pingo,
protagonizó un domingo;
pues contando entusiasmada
cierta historia acaecida,
la narró, extravertida,
un tanto de mí alejada:
"Entonces, madre, —así habló—,
llegó un viejecito ahí
cual es nuestro Obispo aquí..."
Y la historia se cortó,
pues muy grandes carcajadas
le impidieron continuar.
Otras chicas, apenadas,
me quisieron consolar:
"tonta, —varias replicaron—,
si el Señor Obispo es joven";
y que nunca nos lo roben,

—me imagino que pensaron—

Ante este juicio infantil
que tildóme de senil,
intenté que corrigiera
después que cabal me viera:
llamé junto a mí a la chica
y mostréle bien mi cara;
le rogué que la mirara
y dijera lo que indica,
si soy joven o soy viejo;
mas frunciendo el entrecejo
confirmó su juicio dado
que dejóme muy pasmado.

Aun debo resaltar
esa grande diferencia
que notaba con frecuencia
entre el momento de entrar
una —¡y todas!— a esta casa,
y al momento de salir;
diferencia nada escasa
cuando hay llanto en el partir.

¡Cuántas veces contemplé
sus semblantes tan variados
que mostraban reflejados,
según yo lo comprobé,
tantos gozos que vivieron
y que hiciéronlas felices,
junto con las cicatrices
de las penas que sufrieron
porque el mundo las golpeó
con crueldad, sin miramientos,
lastimando sentimientos

cuando amor no las rodeó!

¿Qué diré de sus miradas
que conmigo intercambiaban,
con las que me revelaban
tantas cosas conservadas
en su corazón consciente,
o quizá en el subconsciente?

¿Eran gozos y alegrías,
o eran puras fantasías?
¿O eran penas y tristezas
resultantes de bajezas?
¿O eran ambas realidades
con maneras muy extrañas
de mezclarse en sus entrañas,
produciendo ambigüedades?

Mas su estancia en esta casa,
de Jesús tan bien llamada,
de María acompañada,
poco a poco las rebasa;
y se calman y serenan,
y se instruyen y preparan
para vida que declaran
que las madres las entrenan.

Es así como maduran
y su propio yo descubren;
y el pasado lo recubren
con valores que sí duran,
aprendidos día a día
de Jesús con la palabra,
mientras que su imagen labra
con su diaria Eucaristía.

Mas llegado es el momento
en que debo hacer memento
de quien fue tan bondadosa
con tal obra tan honrosa:
me refiero a la señora
a quien tanta gente añora,
cuyo nombre es Guadalupe,
que oportunamente supe
que es Bermúdez de Montaño.
Generosa cual antaño,
desprendióse de sus bienes,
—según Cristo lo aconseja—,
y en favor de pobres deja,
mereciendo parabienes,
porque en ellos vio a Jesús
que irradiaba con su luz.

Ella goza ya en el cielo
por su amor tan depurado;
y, además, se ha levantado
monumento en este suelo,
que recuerda a su persona
y mil méritos le abona,
más que mármoles y piedras
que muy pronto cubren hiedras.

Aun debo recordar
a quien supo dar aliento
a este noble sentimiento
de por Cristo todo dar:
me refiero a Monseñor
que apelábase Pelayo,
para quien yo nunca hallo
justas laudes a su amor
preferente hacia los pobres.

¡Ojalá que así tú obres!

Y también va mi recuerdo
a quien hoy es Monseñor;
que con todo buen humor
de esta Casa tomó acuerdo:
él, Jesús por nombre lleva
y apellídase Alarcón,
que inició con gran tesón
cuanto tal acción conlleva.

Muy profunda gratitud
vaya a cuantos integraron
patronatos que ayudaron
con su gran solicitud,
a la vida de esta Casa,
de Jesús tan bienamada,
tantas veces encontrada
de recursos tan escasa.

Y, además, les agradezco
a incontables bienhechores,
generosos donadores
de obra tal muy buen refresco,
pues difícil es la hora
y requiere de su apoyo
que dé empuje y desarrollo.
¡El amor se los implora!

Y presta, llegado ha la hora
de entonar nuestra alabanza,
que jamás alguna alcanza
a ser justa; y más ahora,
a quien merece el honor
por tan especial amor

de haber puesto en movimiento
esta obra de servicio
que tan grande beneficio
ya aportó, según recuento,
a mil más quinientas niñas
de ciudades y campiñas.

Gracias, pues, a Ti, oh, Padre,
de quien todo bien desciende,
porque tu bondad atiende
cuanto en el amor encuadre.

Y si Cristo proclamó
que del árbol ni una hoja
ni se mueve ni se arroja
si su Padre no aprobó;
con mayor razón creemos
y con gusto confesamos,
que cuantos cooperamos
a lo que hoy crecido vemos,
es por gracia singular
y por luces recibidas
y mociones repetidas
para al desvalido amar
con un gran desinterés,
pues de Cristo imagen es.

Y porque eres Tú la fuente,
oh, gran Padre generoso,
de este nuestro grande gozo,
quiero convertirme en puente
de la inmensa gratitud
que toda esta multitud
quiere hacer llegar a Ti;
mas confórtame Tú a mí.

¡Sea para Ti la gloria
que de esta Casa brota;
y que nunca quede rota
de tu amor tan gran memoria!

Urge Redescubrir la Grandeza de la Vida Consagrada

Si alguien me preguntara porqué tantas personas se sienten insatisfechas del estado de vida que a su tiempo escogieron, le respondería que, en algunos casos, se debe a que tomaron esa decisión apresuradamente, sin haberse enterado a profundidad de todos los aspectos contenidos en el estilo de vida que eligieron; les faltó, pues, información y ponderación. Sin embargo, en muchísimos otros casos, tal insatisfacción se debe a que caen en rutina y aburrimiento, ignorando que una de las más notables deficiencias de la persona humana es ésa: derivar hacia la rutina y el aburrimiento, aun cuando se trate de acciones u ocupaciones en sí mismas muy valiosas.

Para evitar esos negativos estados de ánimo que incapacitan a quien cae en ellos para vivir alegre y entusiastamente su vocación, se requiere una continua evaluación, o, mejor dicho, un constante redescubrimiento de la nobleza, la grandeza y la importancia, para la propia persona y para las demás que nos rodean, de lo que implica el ejercicio de lo que escogimos para realizar y

para darle sentido a nuestra vida. Es tan grande esta deficiencia humana que estoy recalcando, que el mismo bien supremo que es Dios, también se le vuelve a muchos rutina y aburrimiento tan pronto como descuidan ponderar la grandeza de su sabiduría, de su amor, de su misericordia y de su poder.

Por tal motivo, todos y cada uno debemos reexaminar y ponderar constantemente lo grande y hermosa que es la misión del estado de vida escogido, así se trate del matrimonio, de la vida religiosa o de la sacerdotal. Cualquier persona podría pensar que los múltiples enfoques versificados sobre la vida religiosa femenina que en este libro presento, por referirse a una misma realidad, produce rutina y aburrimiento en quienes los leen, y no es así, a menos que se lean superficial y aceleradamente. Todos estos enfoques, si bien es cierto que se refieren a la misma realidad de la vida consagrada de la mujer, son una amable invitación a todos los creyentes en Cristo, para que conozcan y aprecien esta generosa vocación y, por consiguiente, la respeten, la admiren, la pidan a Dios y la fomenten en familiares y amigos. Descritos así, con el metro, ritmo y rima propios de este modo de expresión, los enfoques sirven de guía práctica para mantenerse ponderando y redescubriendo la grandeza y belleza de esa vocación.

En el enfoque al que estoy introduciendo con este comentario, trato de fijar cuanto más se pueda la atención de todos, pero particularmente de quien aspira a ser religiosa o de quien ya lo es, en algo que es la esencia de la misma vida consagrada, y que seguramente se les inculca desde el postulantado y más durante el noviciado:

Es de Cristo el testimonio
lo que cuenta de tu entrega

por tus votos, y tu brega
contra el mundo y el demonio.

Efectivamente, no se puede vivir de manera constante y con entusiasmo el compromiso religioso, sin esta persuasión: yo deseo optar o yo elegí hace tantos más cuantos años la vida religiosa, fundamentalmente porque siento el compromiso de dar vivo testimonio del infinito amor de Jesucristo, mi Señor, por todos y cada uno de los hombres. En realidad, dar testimonio de Cristo es exigencia de todo cristiano, pero quienes quieren darlo con mayor intensidad, descubren que nada mejor que imitarlo comprometiéndose a vivir en obediencia, castidad y pobreza, de las que Él nos dio ejemplos eximios. Recordemos las palabras del señor Jesús: "Por todo el que se pronuncie por mí ante los hombres, me pronunciaré también yo ante mi Padre del cielo;..." (Mt 10, 32). ¿Qué mejor y más impactante manera de pronunciarse por Cristo que vivir más estrechamente a su ejemplo? Y, como consecuencia lógica de dar tan convincente testimonio de Cristo, se tiene que dar testimonio contra el mundo y el demonio, que son enemigos declarados de Cristo Jesús y de los hombres, en general. ¡Con qué insistencia Cristo nos previno contra todo lo negativo del mundo y contra todas las tretas del Maligno! Y si ya desde el tiempo de su vida mortal Jesucristo nos previno contra los criterios y los modos de vivir del mundo en lo que tiene de vano y perverso, ¡cuánta mayor urgencia tienen sus palabras para el mundo, tal como es hoy! Como se ve, ésta es otra razón muy importante para que se viva con entusiasmo y alegría la vida religiosa.

Y puesto que dar testimonio de Cristo no es posible más que aceptando seguirlo por el camino que Él nos marcó: "niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame,"

(Mt 16, 24); hago la siguiente recomendación:

No te quejes de tu cruz,
más bien clávate tú en ella,
cual María, la doncella,
que en dolor siguió a Jesús.

Por otra parte, si en todas las vocaciones cristianas es necesario tomar en cuenta este único camino de seguir a Cristo, lo es mucho más en la vocación religiosa, porque la vivencia de los tres votos es una manera singular de abrazarse más a la cruz que Él escogió como altar para ofrendar su vida.

Pero no se trata de crucificarse por crucificarse, de sufrir por sufrir, como si el dolor fuera un fin en sí mismo, sino para capacitarse más para lo que se hace notar en este enfoque:

Y así alegre has de vivir
sin goteo de querellas,
prodigando cosas bellas
hasta el día del morir.

Nunca el dolor de Cristo fue por el dolor mismo, sino por el amor al Padre y a nosotros. Así ha de entenderse la crucifixión de la religiosa: por amor a Dios y al prójimo, con opción preferencial por los pobres y desvalidos, para que pueda vivir

dando muestras de un amor
bien probado en el servicio,
que desecha todo vicio
de egoísmo destructor;

porque hay que tomar en cuenta, ahora más que nunca, que

...no cree nuestro mundo
lo que dicen las palabras;
sólo cree si tú labras,
de tu ser en lo profundo,
de Jesús su fiel figura
que a los pobres lo revele
y por ellos siempre vele
endulzando su amargura.

Después de esta reflexión, leer íntegro el enfoque enriquecerá más a la persona que lo medite:

Aquí estamos a tu lado,
junto a Cristo, nuestro amigo:
el que siempre está contigo,
el que eliges como amado.

Es de Cristo el testimonio
lo que cuenta de tu entrega
por tus votos, y tu brega
contra el mundo y el demonio.

No te quejes de tu cruz,
más bien clávate tú en ella,
cual María, la doncella,
que en dolor siguió a Jesús.

Y así alegre has de vivir
sin goteo de querellas,
prodigando cosas bellas
hasta el día del morir.

Bien pondera, sin desidia,
de Jesús la hermosa gracia
que te brinda la eficacia
de vencer cualquier perfidia,
dando muestras de un amor
bien probado en el servicio,
que desecha todo vicio
de egoismo destructor;
pues no cree nuestro mundo
lo que dicen las palabras;
sólo cree si tú labras,
de tu ser en lo profundo,
de Jesús su fiel figura
que a los pobres lo revele
y por ellos siempre vele
endulzando su amargura.

Sea, pues, tu amor más firme,
muy constante y generoso,
y ante el mundo quejumbroso,
que el buen Cristo te confirme.

Comprender a Cristo y a los Pobres

En la prestación de mis servicios sacerdotales he experimentado la absoluta necesidad de que, cuantos por un motivo o por otro debemos ser consejeros o guías de otras personas, tratemos de lograr el mayor grado de comprensión de las mismas. Ahora bien, no hay mejor manera de comprender a otra persona que identificarse con ella. Cuando invito a reflexionar en esto, por ejemplo, a los novios, les hago saber que, si en realidad quieren comprenderse, Juan, sin dejar de ser Juan, es decir, el hombre, el esposo, debe transformarse también en María para que pueda comprenderla; lo cual exige que trate de compenetrarse de lo que significa ser mujer, de cómo actúan las mujeres, cómo sienten y cómo reaccionan ante todo lo que enfrentan, y, por supuesto, lo mismo tiene que hacer María con respecto a Juan, sin dejar de ser mujer y esposa. Al no tomar en cuenta esta acotación, surge la clásica queja mutua: ¡yo no comprendo a las mujeres!; ¡yo no comprendo a los hombres!; de donde se derivan tantas oposiciones que desintegran personas, matrimonios y familias.

Este modo de comprensión nos hace falta a todos, en todas las vocaciones y en todas las interrelaciones humanas. Pero, hay que recalcarlo, más nos hace falta en las relaciones de cada uno de nosotros con Dios, es decir, con cada una de las tres Divinas Personas, el Padre, Jesucristo, —el Hijo de Dios hecho hombre—, y el Espíritu Santo. De parte de la Santísima Trinidad, la comprensión hacia cada uno de nosotros es total, pues nos proyectó, nos trajo a la vida, en Ella vivimos, nos movemos y somos. Los problemas en nuestras relaciones con Dios se originan en que nosotros no tratamos de penetrar, hasta donde más nos permite el conocimiento natural de nuestra inteligencia y lo mucho que nos reveló el Señor Jesús de la vida íntima y de la acción de Dios uno y trino. En efecto, nadie puede alcanzar la perfección a la que nos llamó Jesucristo, sin que llegue a la más alta comprensión que nos es posible del ser y del modo de actuar en cada uno de nosotros de las Tres Personas. A esto hace alusión San Pablo, cuando les dice a los efesios: "Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios." (3, 14).

Por lo que acabo de explicar, se ve que mi servicio de obispo siempre me exigió hacer el mayor esfuerzo de comprender a todos los hermanos en la fe, y más a los que viven su compromiso cristiano en la vocación laical y en la religiosa, porque la experiencia que

comparto con todos los hermanos que estamos ungidos por el sacramento del orden sacerdotal, facilita mucho la mutua comprensión. Por lo que a mí toca, daba gracias a Dios cuando personas de la vocación laical me expresaban espontáneamente su complacencia y, por qué no decirlo, también algún grado de admiración, porque en ocasión, por ejemplo, de mi acompañamiento a los novios en el momento de contraer matrimonio, parejas de esposos que ya habían convivido muchos años llegaron a preguntarme: ¿cómo le hace usted para comprender tanto la vida matrimonial con sus ventajas y sus dificultades, pues nos las describe como si también las hubiera vivido muchos años, como nosotros? Esto mismo lo oí de labios de alguna persona más bien alejada de la fe, pero que varias veces había escuchado mis homilías dirigidas a los novios, llegando inclusive a exhortarme a que las escribiera todas porque las juzgaba muy iluminadoras.

Por supuesto que es Dios quien nos ayuda en todo lo qué nos capacita más para prestar el ministerio sacerdotal. Para expresar el origen de mi identificación por comprensión de las realidades de la vida conyugal, que manifesté lo mismo a parejas de novios que de personas casadas, les decía que se debía a que yo ya había vivido muchos noviazgos, muchos matrimonios, muchos divorcios y muchos adulterios. Y cuando soltaban la carcajada por mi afirmación, les explicaba: esos muchos noviazgos, y matrimonios, y divorcios, y adulterios que he vivido son los que ustedes han volcado en mi corazón, los que ustedes me han confiado, los que ustedes me han hecho comprender conviviendo con ustedes y ustedes conmigo.

Como es fácil de entender, también el Señor Jesús me capacitó hasta cierto punto para comprender a las personas que viven en la vocación religiosa, y más a las

mujeres, porque las diferencias son mayores, ya que provienen tanto de su sexo contrario al mío, como de lo propio de esa vocación, que es común a hombres y mujeres. También de ellas escuché repetidamente cuánto apreciaban ese grado de comprensión de su vocación en su sexo, que me permitía servirlas y acompañarlas en variadas situaciones y poder sugerirles modos de mejorar su vida y de enfrentar dificultades que nunca faltan.

Sería digno de reproche si yo manifestara esto por autocomplacencia, por vanidad o, peor tantito, por presunción; pero juzgué que era importante hacer resaltar estas gracias divinas gratuitamente concedidas, por la gran importancia que tiene para todos sin distinción, pedirle a Dios que nos conceda comprender a cuanto hermano o hermana podamos o debamos acompañar en su peregrinar por este mundo, en tantas y a veces tan dolorosas situaciones. El contenido de este libro es sólo un signo de lo que, con la ayuda de Dios, pude comprender la vocación femenina a la vida consagrada, en diversos contextos de personas, tiempos, lugares e instituciones religiosas.

Por esta razón, empiezo así el siguiente enfoque, que, por lo demás, en una forma implícita está contenido en todos los enfoques:

Hoy contigo yo recorro
tus caminos de oblación,
y te ofrezco reflexión
cual tu guía y tu socorro.

Porque tú has de conjugar
esos múltiples conceptos
que te intiman los preceptos
de Quien mucho quiere amar.

A continuación hago notar que precisamente porque la mujer religiosa ha profundizado, de acuerdo al deseo de San Pablo que antes cité, en la ciencia de Cristo, ha encontrado fuerza para su compromiso de vivir observando los tres votos religiosos. Pero esta decisión, en última instancia, ¿por qué la ha tomado?:

No ambicionas sólo ser;
sino ser en plenitud,
cual requiere la virtud
de quien huye del placer.

plenitud de ser que sólo logra la religiosa en la medida en que se va "llenando hasta la total plenitud de Dios." Por eso le insisto:

Ni tampoco conocer
con superficialidad
a Jesús, suma Verdad,
sino un hondo comprender.

así es como

descubres tu poder
y lo mucho que tú vales;

porque de ese descubrimiento procede, por gracia divina, la magnitud del quehacer de ella:

Y es tan grande tu quehacer
y tan lleno de alborozo,
que a los pobres, con gran gozo,
buscas siempre complacer.

Por eso mismo

...desprecias tú el tener
y el confiar en las riquezas;
hallas paz en tus pobrezas
porque a Cristo es entender.

Por tal motivo, al final la aliento para que alcance tal plenitud:

Sube, pues, y ve hacia arriba,
vuela en pos de la victoria;
labra a Cristo en tu memoria,
cual imagen de Dios viva.

Va en tu apoyo mi oración,
y en tu aliento, mi pregón.

A continuación, el enfoque completo para profundizar en él.

Hoy contigo yo recorro
tus caminos de oblación,
y te ofrezco reflexión
cual tu guía y tu socorro.

Porque tú has de conjugar
esos múltiples conceptos
que te intiman los preceptos
de Quien mucho quiere amar.

Así, bella es la razón
de los votos que hoy emites,
mientras toda te remites

al buen Cristo, tu blasón.

Y por eso en tu conciencia
hace tiempo profundizas
de Jesús la grande ciencia
que con votos realizas.

No ambicionas sólo ser;
sino ser en plenitud,
cual requiere la virtud
de quien huye del placer.

Ni tampoco conocer
con superficialidad
a Jesús, suma verdad,
sino un hondo comprender.

Y descubres tu poder
y lo mucho que tú vales;
no das gusto a tus rivales
que te envidian tu querer;
pues la carne, como el mundo,
con su príncipe, el demonio,
ven muy mal tu testimonio,
porque tú lo das rotundo.

Y es tan grande tu quehacer
y tan lleno de alborozo,
que a los pobres, con gran gozo,
buscas siempre complacer.

Mas desprecias tú el tener
y el confiar en las riquezas;
hallas paz en tus pobrezas
porque a Cristo es entender.

Así adquieres en tu vida
resplandor de eternidad,
pues con Cristo en caridad
tú la vives escondida.

Y tus votos, cosa hermosa,
esto exigen con rigor;
porque en esto está el vigor
de la vida religiosa.

Sube, pues, y ve hacia arriba,
vuela en pos de la victoria;
labra a Cristo en tu memoria,
cual imagen de Dios viva.

Va en tu apoyo mi oración,
y en tu aliento, mi pregón.

Esposa Espiritual de Jesús

Este enfoque de la consagración de una mujer al seguimiento de Cristo, siendo miembro de una congregación religiosa, comprometiéndose a vivir en obediencia, castidad y pobreza, me lo inspiró el nombre de bautismo de una mujer que iba a emitir sus votos: María de Jesús. Fue sólo una ocasión más de ahondar en tantos y tan inagotables contenidos de tal decisión, que es absolutamente válida para toda mujer que escoge ir tras de Cristo por esas veredas que conducen a muy altas cimas de perfección cristiana. A fin de cuentas, ¿qué mujer que decide profesar los votos de obediencia, castidad y pobreza, no lo hace por un intenso deseo de convertirse en esposa mística, es decir, espiritual, de nuestro Señor Jesucristo, puesto que acepta el compromiso de imitarlo en la vivencia de estos tres consejos evangélicos que el verbo de Dios, después de encarnarse, puso en práctica desde que nació hasta que expiró en la cruz, al ofrendar su vida por nosotros? En otras palabras, ¿qué mujer que se compromete a vivir su vida en la vocación religiosa no se convierte, por este mismo hecho, en propiedad de Jesús, así se llame María, Teresa, Bertha o Sandra? Ahora bien, son tan

pocas las personas convencidas de que cuando una mujer, y, por supuesto, también cuando un hombre, escoge ésta que se llama "vida consagrada", lo hace por amor a Dios Padre, a Jesucristo, el Señor, y al prójimo, y no como tantos piensan, debido a una desilusión amorosa o a falta de otras opciones de estilo de vida, que, por eso mismo, es lo primero que recalco en este enfoque:

Es una urgencia de amor
la que te empuja a los votos,
rompiendo lazos y cotos
para seguir al Señor.

Es que quienes no valoran debidamente esta vocación, sin razón alguna la interpretan como si fuera una disminución o una mutilación de la propia persona y porque la entienden como un acortamiento del horizonte vital; por este motivo, insisto en que una religiosa, al emitir votos, lo hace

rompiendo lazos y cotos
para seguir al Señor.

Y, lejos de que sea un acortamiento personal, es un grande ensanchamiento.

Después, trato de describir seis facetas de ese amor que motiva a entrar a la vida consagrada, explicando brevemente el porqué. Las enumero por su orden, invitando a la amable persona que las lea, —mujer u hombre— a meditar en cada una, porque a todos nos beneficia darle esas características a nuestro respectivo compromiso de amor, porque vivir sin amor, es haber errado el camino de nuestra vida.

Amor que a mucho renuncia...
Amor en sí compasivo...
Amor que sufre paciente...
Amor que surge benigno...
Amor que acepta ser casto...
Amor también comprensivo...

La vida religiosa, pues, se desea y se escoge por un motivo fundamental, que es tomar muy en serio el mandato categórico que nos dio el Señor Jesucristo: "Sean, pues, ustedes perfectos como su Padre celestial es perfecto." (Mt 5, 48):

Es por eso que este día,
aspirando a ser perfecta,
por la senda más directa
ir al Padre tu alma ansía.

Jesucristo nos llama a todos a ser perfectos, cualquiera que sea la vocación cristiana que hayamos escogido, como la laical, dentro o fuera del matrimonio; sin embargo, no habría mucha razón en optar por la vida religiosa si no fuera ésta un modo que facilita más y en forma más intensa y directa alcanzar tan elevada cima; lo que, por supuesto, no se logra por el simple hecho de emitir los consabidos tres votos de obediencia, castidad y pobreza, sino sólo en la medida en que tales votos son puestos más perfectamente en práctica durante toda la vida. Pero precisamente para tal fin se emiten los votos como miembro de una dada orden o congregación religiosa, pues mediante sus constituciones, sus reglamentos, sus tiempos y sus modos de hacer oración, así como con sus carismas de servicio al prójimo, anima, estimula, facilita y acompaña la observancia de los mismos.

Después de lo que acabo de explicar, se comprende por qué termino este enfoque diciéndole a la religiosa:

Por tus votos haz verdad
lo que te dará renombre;
date toda en propiedad
a Jesús, Hijo del Hombre.

Vivirás con alegría
e inundada de gran luz,
y si imitas a María,
serás siempre de Jesús.

Tomando en cuenta lo dicho, leyéndolo completo y sin prisa alguna, se capta mucho mejor la luz y la emoción contenidas en el mensaje:

Es una urgencia de amor
la que te empuja a los votos,
rompiendo lazos y cotos
para seguir al Señor.

Amor que a mucho renuncia
porque es dura su tarea,
mientras en ti señorea
el ansia de quien lo anuncia.

Amor en sí compasivo,
amor que bien te sitúa,
amor que crece y actúa
porque imita al de Dios vivo.

Amor que sufre paciente
dolores mil de esta vida,

porque no busca salida
por donde huir, inconsciente.

Amor que surge benigno,
que se vuelve mansedumbre,
que vive con reciedumbre
la obediencia como signo.

Amor que acepta ser casto
para abrirse a los demás,
sirviéndoles cuanto más,
sin que nunca se dé abasto.

Amor también comprensivo
porque soporta miserias;
amor que en formas muy serias
renuncia a ser posesivo.

Es por esto que este día,
aspirando a ser perfecta,
por la senda más directa
ir al Padre tu alma ansía.

Mide, amante, bien tus pasos
y acrecienta tus esfuerzos,
implorando los refuerzos
que prevengan los fracasos.

Por tus votos haz verdad
lo que te dará renombre;
date toda en propiedad
a Jesús, Hijo del hombre.

Vivirás con alegría
e inundada de gran luz,

y si imitas a María,
serás siempre de Jesús.

Facetas de la Vocación a la Vida Consagrada

Es evidente que quien desea con seriedad conocer la magnitud de la vocación al seguimiento de nuestro Señor Jesucristo en la vida consagrada, así se trate de hombres o de mujeres, debe percibir con suficiente claridad todas las facetas que contiene; lo que, a su vez, le permitirá definir su postura personal ante tan importante vocación eclesial; de modo que si es una persona joven que está en edad de escoger en cuál vocación o en qué estado de vida va a darle una buena respuesta a la salvación de Dios, obrada por Jesucristo, deberá apreciarla como una opción entre otras más que puede escoger; si, en cambio, se trata de alguien que ya vive en un estado de vida bien definido, como es el matrimonio, le servirá grandemente para que mida el valor y la grandeza de esa vocación en cuantas personas ya la están viviendo, para que las aprecie en toda su dimensión; pero también le servirá para que, si acaso una hija o un hijo u otra persona de su amistad la está considerando, lejos de desanimarla con exclamaciones tan insensatas y frecuentes como ésta: ¿estás loca, o

estás loco?, la aliente para que le dé al Señor una respuesta generosa.

Pues bien, aunque bastante breve, el siguiente enfoque de la vida consagrada es mínimamente suficiente para valorarla y, consiguientemente, para apreciarla y promoverla en cuantas personas sea razonable.

Ante todo, hay que entender esta singular vocación como un don que pone de manifiesto un especial amor del Señor Jesús a la persona que Él invita, porque el estado de vida religioso facilita mucho más que otras vocaciones la práctica de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, así como de las virtudes morales, que son prudencia, justicia, templanza y fortaleza. Es cierto que aquel imperativo del Señor Jesucristo: "Sean ustedes perfectos como su Padre celestial es perfecto", (Mt 5, 48), fue dirigido absolutamente a todos los creyentes en Él, cualquiera que sea su vocación y estado de vida, sin embargo, la vida consagrada por los votos religiosos de obediencia, castidad y pobreza, vividos en comunidad, facilitan mucho lograr mayores grados de altura aspirando siempre hacia esta meta, de por sí inalcanzable, que nos fijó el Señor Jesucristo, precisamente para que nadie jamás piense que ya es perfecto a suficiencia como para que deje de esforzarse por escalar cimas más altas. Por este motivo, este enfoque, como todos, también hay que analizarlo detenidamente en sus diferentes facetas. Aquí está:

Religiosa, ¿quién te llama
a tamaña inmolación,
que hoy aceptas con pasión,
comprobando cuánto te ama?

Es Jesús; y tú bien sabes

que escogiéndote entre tantas,
de virtudes que hacen santas
hoy te dota y da las llaves.

Así abrazas la pobreza
de Jesús en seguimiento,
con ardor, sin fingimiento,
demostrando fortaleza.

Y, gozosa, en castidad
dejas libre el corazón,
para amar con gran fruición
a quien vive en soledad.

Y mediante la obediencia
sacrificas tus deseos
sin andarte con rodeos,
cual te exige tu conciencia.

Ama Cristo a quien da pronto
cuanto es él y cuanto tiene,
y que para sí retiene
el dolor hasta el tramonto;
pues así lo amó su Madre
que tú invocas filialmente,
pues lo acompañó consciente
en su sacrificio al Padre.

Rompe entonces las cadenas
de tus miedos y temores;
deja fuera resquemores
mientras tú de amor te llenas.

Haz tu entrega radical
mientras todo a Cristo ofreces,

y verás que te enriqueces
con su donación total;
pues cual Pablo tú dirás
que ya no eres tú quien vives,
sino Cristo, en quien revives
el ideal que alcanzarás.

Vida Religiosa
Siempre en Ascensión

La práctica diaria del examen de conciencia es absolutamente indispensable en quien sinceramente desea ser perfecto como perfecto es el Padre celestial, tal como el Señor Jesucristo nos lo hizo saber de manera categórica. (Cfr.: Mt 5, 48). Es que el seguimiento de Cristo exige que todos nuestros pensamientos y deseos y palabras y miradas y acciones sean tales, que paulatinamente nos vayan haciendo conformes a su imagen, porque es la única manera de beneficiarnos de su salvación. Esta norma fundamental del plan de salvación de Dios hay que tenerla presente sin interrupción alguna. Por tal motivo, la recuerdo y la menciono con tanta frecuencia.

En efecto, el examen de conciencia nos permite descubrir y clasificar lo bueno y lo malo que vamos haciendo, con el fin, lógicamente, de que sigamos empeñados en erradicar de nosotros todo lo malo y aumentar cuanto más se pueda todo lo bueno. Si el examen de conciencia es necesario en las tres vocaciones eclesiales, en la religiosa y la sacerdotal lo es muchísimo más, porque

el compromiso asumido por los votos de obediencia, castidad y pobreza, o por la ordenación sacerdotal, urgen en mayor medida la semejanza con Cristo.

Además, al examinarnos día a día, podemos percibir mejor la magnitud del don natural de la vida, del don divino de la fe y de la gracia que recibimos a través de los sacramentos y de la participación en el Santo Sacrificio de la Misa, así como también lo grande y digno de la vida consagrada o sacerdotal; y si nuestra conciencia nos da testimonio de que hemos sido notablemente fieles, nos llenamos de grande gozo que, a su vez, se vuelve fuente de mayor energía para seguir progresando incesantemente, a sabiendas de que ni en mil años podríamos llegar a ser perfectos como el Padre celestial.

Pues bien, este enfoque de la vida consagrada supone que la religiosa se examina la conciencia constantemente, poniéndose frente a Cristo, su Divino Modelo; y cuando comprueba que con la gracia divina y su personal esfuerzo ha progresado notablemente, debe persuadirse de que cada uno de los días y los meses y los años que lleva en tal observancia han sido peldaños que le han permitido ascender más y más en el amor, aspirando a las alturas de la perfección del Padre, mediante la imitación más estrecha de su Hijo, Jesucristo:

¡Qué grandiosos estos años
de heroica entrega al Señor;
porque fueron tus peldaños
de ascensión en el amor

Pero bien sabido es que para seguir fielmente a Jesús se tiene que pasar por mieles y por hieles, porque el camino de Cristo fue camino hacia la cruz, pero nunca como meta última como si debiéramos permanecer cru-

cificados eternamente, pues nuestra única meta definitiva es la felicidad eterna, como lo fue para Cristo desde su resurrección gloriosa:

Te inmolaste y eres fiel
al Amado que admiraste,
y si a veces lo gustaste
como leche y dulce miel,
otras tantas comprobaste
que Él te daba de su hiel.

Sin embargo, por más abundantes que sean los logros de los años ya vividos en la vida consagrada, siempre son mínimos en comparación de lo que aún falta por adelantar, dada la inalcanzable distancia infinita en perfección que a todos nos separa de Cristo y de Dios, su Padre. De aquí que la religiosa ha de tener mucho cuidado de no caer en rutina y aburrimiento de su vida consagrada tan propios de nosotros los humanos, porque, aunque parezca incomprensible, nuestras flaquezas llegan frecuentemente hasta hacer de Dios rutina y aburrimiento, lo que puede acontecer en cualquiera de las tres vocaciones eclesiales. Por tanto, por muchos que sean los años ya vividos y los logros alcanzados, la religiosa debe empeñarse con todas sus fuerzas en seguir ascendiendo más y más:

Mas aun has de ascender
a niveles los más altos,
superando sobresaltos
que te harían descender;
y por ello no desistas
de seguir al buen Jesús,
abrazándote a su cruz
que te da con qué resistas

tentaciones mil que surgen
saturadas de rencor;
porque van contra el amor
que los votos siempre te urgen.

En efecto, los votos son exigencia de un amor a Cristo más intenso.

Para finalizar el enfoque, todavía se le advierte a la religiosa el riesgo que corre de perder la autenticidad de su vida consagrada, si no se previene contra conscientes o quizá un tanto inconscientes simulaciones, que es otra forma con la que se manifiesta la flaqueza humana, y sólo si logra evitarlas, quedará totalmente despejada la ruta para que llegue a la vida eterna a compartir la gloria con Cristo Jesús:

Y si excluyes toda farsa,
remontar podrás el vuelo
que culmina allá en el cielo,
que es tan suave cual de garza.

Enseguida se transcribe el enfoque íntegro:

¡Qué grandiosos estos años
de heroica entrega al Señor,
porque fueron tus peldaños
de ascensión en el amor!

Te inmolaste y eres fiel
al Amado que admiraste,
y si a veces lo gustaste
como leche y dulce miel,
otras tantas comprobaste
que Él te daba de su hiel.

Mas aún has de ascender
a niveles los más altos,
superando sobresaltos
que te harían descender;
y por ello no desistas
de seguir al buen Jesús,
abrazándote a su cruz
que te da con qué resistas
tentaciones mil que surgen
saturadas de rencor,
porque van contra el amor
que los votos siempre te urgen.

Y si excluyes toda farsa,
remontar podrás el vuelo
que culmina allá en el cielo,
que es tan suave cual de garza.

Orar es Esencial Para el Seguimiento de Cristo

Es absolutamente indispensable hacer oración en el seguimiento de Cristo, nuestro camino al Padre, en las tres vocaciones eclesiales, y, con mayor razón, en la vocación religiosa que, por su propia finalidad, aspira a alcanzar un grado de perfección más alto. Por tal motivo, en las normas de vida de cada instituto religioso se determinan las horas del día o de la noche en las que sus miembros deben orar personal o comunitariamente. Ya mencionamos porqué San Benito puso la oración como primer pilar de la vida monacal. Por eso es necesario que las mismas órdenes y congregaciones religiosas, además de infundir en quienes se preparan para ser sus miembros la convicción de esta necesidad de orar, deben enseñarles la doctrina y la práctica para que cada quien vaya aprendiendo a hacer oración cada vez más perfecta.

La oración es necesaria tanto en los institutos de vida activa cuanto en los de vida contemplativa; sin embargo, precisamente porque las órdenes y congregaciones religiosas de vida contemplativa han sido fundadas, a través

de los siglos, como una respuesta especialmente generosa de la Iglesia de Cristo a la gran necesidad de oración que tiene la humanidad entera, a fin de que se arrepienta de sus pecados y permanezca en comunión con Dios, en ellas la oración se practica en una proporción mayor, y muy frecuentemente en posturas y horarios que suponen también penitencia, en desagravio a Dios por todos los pecados de la humanidad, y más por los de los cristianos. Por tal motivo, al ejercitarse más en la oración, están en mejores condiciones de lograr los más altos grados, que son las diversas formas de la oración contemplativa.

Dentro de una gran variedad, los modos genéricos de orar suelen clasificarse en dos: oración oral y oración mental. La oral es la que se hace pronunciando palabras; y si bien es cierto que estas palabras pueden ser las que espontáneamente van surgiendo en la mente y en la boca de quien así ora, es muy frecuente que consista en recitar oraciones redactadas por la Iglesia o por autores de espiritualidad.

La oración mental, en cambio, es aquella con la que dialogamos con Dios sin pronunciar palabras, sino sólo reflexionando mentalmente. Reflexionar significa pensar con detenimiento, vueltos hacia nuestra interioridad, tratando de ahondar en el contenido de una verdad o en las enseñanzas que surgen de un hecho salvífico, por ejemplo, de cada uno de los pasajes de la vida de nuestro Señor Jesucristo.

La oración mental principia discurriendo. Discurrir significa raciocinar a partir de la verdad o del hecho que hemos seleccionado como objeto de nuestra oración mental. Raciocinar, a su vez, significa pensar dando pasos mentales; es decir, deduciendo de la verdad o del hecho sobre el que se medita, primero un aspecto, y de éste, otro más, y así hasta que agotemos todos los pa-

sos que en ese rumbo mental podamos dar.

La oración mental nunca debe reducirse sólo a raciocinar, sino que, a medida que vayamos discurriendo, tratar que de nuestro corazón broten los afectos correspondientes a todos los aspectos de la verdad o del hecho que es objeto de nuestra oración.

Es muy importante comprender porqué son necesarios los afectos correspondientes a la verdad o al hecho meditado: porque las verdades son ciertamente necesarias, ya que son la luz para guiarnos; pero los afectos son la fuerza que nos mueve a actuar de acuerdo a la verdad o al hecho meditado. Por tal motivo, es muy apropiado decir que un afecto es el dinamismo, la fuerza que brota de una idea. ¿Qué fruto habría en discurrir sobre el nacimiento o la muerte de Cristo, sin sentir en nuestro corazón los afectos correspondientes de ternura y admiración por el hecho y el modo como nació, o, en su caso, el de arrepentimiento y el de amar, como Él, hasta la muerte, cumpliendo a cabalidad con la misión que nos exige nuestra condición de hombres y de hijos de Dios?

Cuando una persona ha adquirido el hábito de hacer oración mental discursiva, va adquiriendo convicciones profundas de muchas verdades de fe y del inmenso amor que Jesucristo nos mostró con su vida, su pasión, su muerte y resurrección; por tal motivo, espontáneamente pasará a hacer oración mental más perfecta, que es la prevalentemente afectiva. Se dice prevalentemente afectiva, porque aun en ese estadio de oración hace falta partir de verdades; pero como la persona ya ha meditado mucho en ellas discursivamente, bastará, en cada caso, que dedique unos momentos a refrescar en su mente la verdad o el hecho de la vida de Cristo sobre los que ya antes meditó, para que la mayor parte del tiempo la dedique a suscitar en su corazón la variedad

de afectos que brotan de lo que ya ha actualizado en su mente. En tal caso, la persona que medita siente más gusto porque, en general, los afectos son, por decir así, más sabrosos por su misma emotividad; y no sólo los de admiración, ternura y amor, sino también los de vergüenza, pues nos impulsan al arrepentimiento y a la conversión, por haber correspondido mal ofendiendo con nuestros pecados a quien nos amó hasta la muerte y muerte de cruz.

Tanto en la oración mental discursiva como en la afectiva tiene parte importante nuestra imaginación, porque nos representa en imágenes la verdad y, sobre todo, los hechos de la vida de Cristo que se meditan, concentrando más nuestra atención.

Progresando aún más en la práctica de la oración mental, se llega, después de la prevalentemente afectiva, a ese modo de meditar que se llama contemplación. Contemplar, en general, significa mirar un objeto con admiración; pero la oración mental contemplativa es una visión simple y afectuosa de Dios o de las cosas divinas. Santo Tomás de Aquino la describe como "una simple intuición de la verdad". Por tanto, excluye los largos razonamientos de la oración discursiva, así como también la multiplicidad de afectos propios de la oración afectiva. Es que en la contemplación todo se incluye en esa simple y afectuosa mirada de Dios o de las cosas divinas: la verdad y los afectos unificados; con lo que, quien medita así, se compenetra más de la verdad y se siente envuelto en una síntesis de los afectos que la verdad suscita, empujándolo más vigorosamente a asumir en la propia vida las actitudes exigidas por la verdad y el amor divinos que nos dio a conocer con tan múltiples hechos.

La oración contemplativa tiene grandes ventajas que, según el Padre Tanquerey, son las siguientes: 1) Dios

recibe mayor gloria porque en ella se experimenta la infinita trascendencia de Dios; es decir, cuán infinitamente más grande que todas las cosas y todas las demás personas es la grandeza de Dios; de donde se pasa a admirarlo, a alabarlo y a bendecirlo más ampliamente, hasta el punto de que el alma se siente empujada a convidar a todas las criaturas a bendecir y a dar gracias a Dios a su modo. Además, estos actos de adoración y alabanza a Dios le son muy gratos porque son inspirados por la acción del Espíritu Santo.

2) Se santifica más la persona, porque la contemplación trae tanta luz, amor y demás virtudes, que con razón se la llama camino de atajo para llegar a la perfección; pues así como por la contemplación se conoce mucho mejor a Dios, así también mucho más se le ama. Y la perfección en eso consiste: en alcanzar el más alto grado de amor a Dios, ya no por el mucho bien que significa para nosotros, sino por el infinito e inmenso bien que es Él en sí mismo. Y, por supuesto, este alto grado de amor a Dios favorece y facilita grandemente la práctica de las virtudes morales, que son prudencia, justicia, templanza y fortaleza, junto con sus subordinadas, como la humildad, la conformidad con la voluntad divina, una total entrega de sí mismo a Dios, acompañada de gozo y paz espiritual, aun en medio de las pruebas tan terribles, como son las que suelen experimentar los grandes místicos. Dios suele conceder el don de contemplación a quienes se han preparado para ella con el desasimiento de todas las cosas y de sí mismos, y con la práctica de la oración mental, principalmente la afectiva.

Ahora bien, a lo largo de los siglos, Dios ha enriquecido a su Iglesia con un gran número de hombres y mujeres que han llegado a los más altos grados de oración contemplativa, por lo que son excelentes maes-

tros de la misma. Muchas de esas personas privilegiadas han alcanzado la santidad, de manera que, mediante sus vidas y sus enseñanzas, Cristo nos exhorta y nos anima a seguirlo con voluntad seria de imitarlo lo más que se nos conceda, aspirando a la perfección del Padre celestial. Entre tantos, sobresalen San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, que son maestros obligados para quien desee aprender a orar con perfección.

Así pues, dado que este libro se centra en la vocación de la mujer a la vida consagrada, en el breve enfoque que estoy·introduciendo, hago alusión a la conveniencia, por no decir a la necesidad, de aprender de Santa Teresa de Jesús los secretos de la oración, incluyendo obstáculos por vencer y riesgos por evitar para no caer en actitudes erróneas o, peor tantito, en engañosas alucinaciones:

Qué sublime llamamiento
de Jesús al seguimiento
el de las contemplativas
y, además, un tanto activas,
que, aspirando a teresianas,
al entrar en oración
bajan todas las persianas
de su dócil corazón;
pues pretenden, justamente,
ser muy fieles a la mente
de Teresa de Jesús,
que, irradiándoles su luz,
las conduce a concentrarse
en la gran contemplación,
donde pueden encontrarse,
encendidas en pasión,
en morada tan suprema
donde todo es unidad

y gran fuego que las quema
por el Dios que en caridad
es empuje innovador,
que con fuerza las impulsa
a la entrega superior,
que de sí la escoria expulsa.

Bajar las persianas del corazón significa cerrar toda fuente de distracción que es grave impedimento para toda oración bien hecha, y, mayormente, para la contemplación. Todo lo demás se entiende a la luz de lo que expliqué en la introducción. Y luego continúa:

En Teresa, pues, aprenden
a escuchar la creación,
do mil cosas nos reprenden
por la gran obcecación
de no ver reverberante
la explosión del grande amor
que nos ponen tan delante,
desterrando así el temor.

En efecto, todas las cosas del mundo universo manifiestan en diferentes modos y grados las perfecciones divinas, de tal manera que, por decir así, más que darnos a conocer a su sapientísimo, y amorosísimo, y omnipotente Creador, nos lo están proclamando con más vigor que un conjunto de sonoras trompetas. ¿Quién no puede admirar la inmensidad de Dios al contemplar el océano, y más todavía el inconmensurable espacio sideral? ¿O su infinita majestad al encontrarse en las faldas de las altas montañas de tantas cordilleras que se asientan en varios continentes? ¿O su multiforme hermosura ante las plantas, y las flores, y los árboles, y los frutos; y ante tantas bellas aves y hermosos peces y cuadrúpe-

dos?

Todos podemos iniciarnos en la contemplación situándonos con detenimiento y sosiego interior ante todas las creaturas. San Agustín, contemplándolas, no pudo menos que exclamar: "¡Oh, Dios, Tú te has mostrado grande en las cosas grandes, pero máximo en las mínimas!" En efecto, cuando sabemos lo que es el átomo y su estructura y su gran capacidad de liberar energía, no podemos menos que quedar pasmados. ¿Y qué decir de los incontables y minúsculos animalitos que vuelan o caminan, y, aun más, de los vivientes microscópicos? San Ignacio de Loyola, al introducirnos a una meditación apropiada para alcanzar intenso amor a Dios, nos invita a contemplar a Dios "vegetando" en las plantas y árboles, y "sensando" en toda clase de animales; y esto por nosotros y para nosotros. Porque, en realidad, el agua nos refresca a nombre de Dios; la brisa acaricia nuestras mejillas como si fuera la mano de Dios; las variadísimas frutas nos deleitan como si fueran una simple y sencilla prueba de la sabrosura de Dios.

Por eso se dice en el enfoque que todas las creaturas nos reprenden por nuestra obcecación al resistirnos a ver a Dios, a descubrir muchos de sus atributos y, sobre todo, su reverberante explosión de amor, para que le correspondamos como debemos. A esto alienta el final:

Pronto al buen Dios encontrad,
pues juega a las escondidas,
estando siempre embebidas
en buscarlo en caridad,
donde quiera que Él se esconde:
en la entera creación
y en la total donación
con que Jesús nos responde.

A continuación, el enfoque íntegro:

Qué sublime llamamiento
de Jesús al seguimiento
el de las contemplativas
y, además, un tanto activas,
que, aspirando a teresianas,
al entrar en oración,
bajan todas las persianas
de su dócil corazón;
pues pretenden, justamente,
ser muy fieles a la mente
de Teresa de Jesús,
que, irradiándoles su luz,
las conduce a concentrarse
en la gran contemplación,
donde pueden encontrarse,
encendidas en pasión,
en morada tan suprema
donde todo es unidad
y gran fuego que las quema
por el Dios que en caridad
es empuje innovador,
que con fuerza las impulsa
a la entrega superior
que de sí la escoria expulsa.

En Teresa, pues, aprenden
a escuchar la creación,
do mil cosas nos reprenden
por la gran obcecación
de no ver reverberante
la explosión del grande amor
que nos ponen tan delante,

desterrando así el temor:

Pronto al buen Dios encontrad,
pues juega a las escondidas,
estando siempre embebidas
en buscarlo en caridad,
donde quiera que Él se esconde:
en la eterna creación
y en la total donación
con que Jesús nos responde.

Esta obra se terminó de imprimir el día 11 del mes de agosto de 1996, día en que la Iglesia recuerda a Santa Clara de Asís, (1194-1253), y fue impresa en los talleres gráficos de Promotora Comercial de las Artes Gráficas, S.A. de C.V. La edición constó de 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición.